

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 1 - 7 mayo 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 335

## LA VIDA EMPIEZA MAS TEMPRANO

SE ADELANTA  
EL HORARIO  
DEL TRABAJO Y  
LA DIVERSION  
EN ESPAÑA



24 HORAS MEJOR DISTRIBUIDAS

Vea la  
página

## PEQUEÑA HISTORIA DE 260 DISCUSIONES SOBRE AUSTRIA

Molotov concedió en cuatro días lo que no quiso conceder en diez años. Comentario, por M. Blanco Tobio (pág. 9)

Carta del director a don Martín Ruedas (pág. 7) ● Entrevista con el obispo de Córdoba, fray Albino González Menéndez-Reigada, por nuestro enviado especial Diego Jalón (página 13) ● Una riqueza española, por Genera Riestra (página 17) ● El partido comunista británico, por Jesús Pardo, desde Londres (pág. 19) ● Rueda de preguntas con Javier Martín Artajo, autor de «No me cuente usted su caso» (página 24) ● Un caso más en la verdad de España, por G. R. de Montoya, Jr. (pág. 29) ● Barcelona tendrá el mayor acuario de Europa, por E. García-Corredera (pág. 32) ● Cartas desde el sur de Francia, por Jaime Pol (pág. 44) ● La vida cotidiana de los aztecas, por Jacques Soustelle (pág. 48) ● Entrevista con Juan Antonio de Laiglesia (pág. 52) ● Cieza, por nuestro enviado especial José María Deleyto (pág. 57)

EL MUNDO SE SALVARA CONMIGO, novela, por Jesús Frago (pág. 38)



# TODAS VUELVEN LA CARA CUANDO EL DICTA

¿Por qué?

Sólo hay una causa:  
la halitosis  
(fetidez de aliento),  
el defecto que usted  
puede notar  
en los demás  
pero no en sí mismo.  
Y que nadie  
le descubrirá.

**Pero usted puede evitarla**

Enjuáguese frecuentemente la boca,  
con ANTISEPTICO LISTERINE,  
el más poderoso remedio  
y la más segura protección  
contra la halitosis.

**ANTISEPTICO**

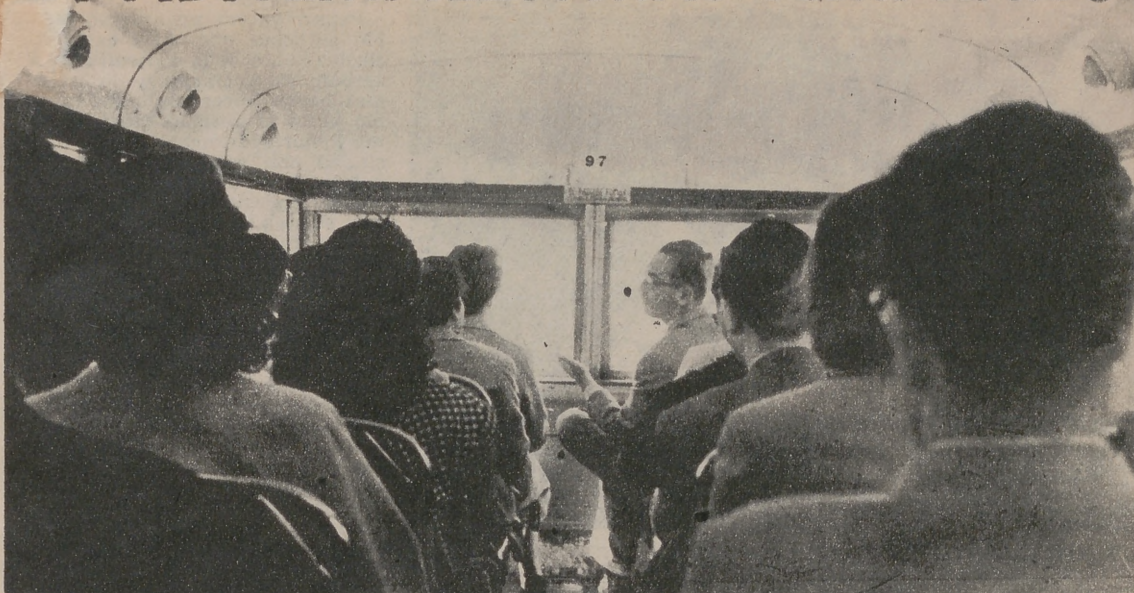
**LISTERINE**  
**SUPRIME EL MAL ALIENTO**



Complete la higiene de su boca usando  
Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM,  
la penetrante espuma activa antienzimi-  
ca que limpia profunda y completamente.

Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

# LA VIDA EMPIEZA MAS TEMPRANO



SE ADELANTA EL HORARIO DEL TRABAJO Y LA DIVERSION

## 24 HORAS MEJOR DISTRIBUIDAS

SON las siete de la tarde de un día de una semana de un mes cualquiera. Por la puerta del cine Aliatar en Granada, o del Jovellanos en Gijón, o del Fantasio en Barcelona, o del Palacio de la Música en Madrid, la gente penetra despacio, se fija en los carteles, habla, ríe, se sienta en las butacas y llena el local. Dentro se proyecta un estreno en pantalla panorámica, o en tercera dimensión, o en cinemascoppe. Si a la calidad del salón se une el prestigio de la película, en la taquilla puede colocarse el preciado cartelito de «No hay billetes».

Sean ahora el teatro Cervantes de Málaga, o el San Fernando de Sevilla, o el Principal, en Alicante, o el Ruzafa, en Valencia. La escena puede ser idéntica. La gente ocupa sus localidades. Tan sólo en la edad de los espectadores puede apreciarse una diferencia un poco acusada. Porque en los usuarios cinematográficos hay de todo: niños—si la cinta es permitida—, jóvenes, adultos y ancianos. Pero en los teatrales, los espectadores se clasifican preferentemente en las dos últimas divisiones cronológicas.

Sean ahora las once de una noche de un día de una semana cualquiera. Descartemos el sábado. En el cine Campoamor, en Oviedo, o en el Coliséum, de Santander, o en el Cervantes, de Segovia, los espectadores han disminuido grandemente en número. Apenas si son unos cuantos matrimonios jóvenes—hay en muchos aspectos de recién casados—, algún viajante que terminó su tarea, algún aficionado integral que no quiere perderse el título...

Lo mismo para el teatro. Da

igual el nombre del edificio o el de la localidad.

De esto se saca una gran enseñanza; mejor dicho, el aspecto nocturno de una gran enseñanza: en España hoy la gente se acuesta mucho más temprano que hace veinte años, por ejemplo.

Y si en las mañanas—a las seis de la mañana, a las siete o a las ocho—se presenta un observador cualquiera en una esquina de las calles que conducen a las afueras de las grandes capitales o se coloca en las plazas de los pueblos grandes, por donde pasan necesariamente todos los vecinos, o incluso contempla la casi amanecida en indeterminado pueblo de indeterminada región de España, podrá certificar el paso de autobuses llenos de trabajadores que marchan a las instalaciones de potentes empresas, o el paso de operarios que inician su turno bien temprano, o la marcha hacia el campo de hombres montados en mecánicos artefactos, que sustituyeron a las mulas, por nombre conocido aquéllos de tractores.

He aquí, pues, una enseñanza. El horario de trabajo se ha desplazado en el tiempo. El español, en general, se levanta hoy para ir a trabajar mucho antes que hace dos décadas. Y, como consecuencia, se acuesta antes.

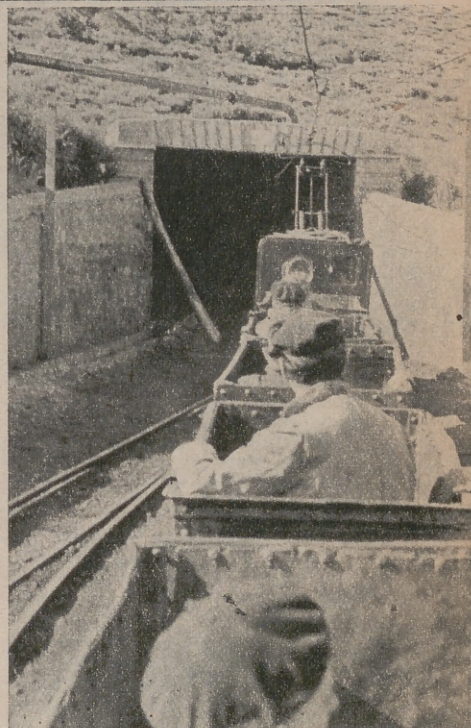
De lo que se deduce también que las horas de diversión son, principalmente, por la tarde.

La noche, definitivamente, se ha quedado para dormir. Y el día, por tanto, para trabajar.

El tiempo está, pues, justa y buenamente aprovechado.

EN EL CAMPO HAY LUGAR PARA EL REGRESO

Un elemento tradicional sigue



En la ciudad, en la mina, en el campo se madruga para comenzar pronto la jornada de trabajo

conservando la primacía: el campo.

La tierra exige del hombre un cuidado especial, un mimo constante. El campesino, el agricultor cuenta los días, las horas y casi los minutos en el pedazo recién removido por el arado o por el tractor, o el tiempo que la semilla madura en el surco, o las épocas en que la tierra misma pide el abono. Los días que faltan para la recolección impacientan al labrador con la misma



Muy de madrugada salieron de los pueblos serranos hacia la capital los camiones con las cántaras de leche. En las primeras horas de la mañana las bocinas han sustituido a los cencerros de las cabras lecheras

impaciencia que al jugador de lotería el día del sorteo. El hombre del campo empieza su jornada con el alba. No se le pegan las sábanas si sabe que es día de siembra, de arado o de escardillo.

Las ocho horas de trabajo se hacen demasiado cortas para las tareas de la labranza. Por otra parte, ya va dejando de ser menos exacta para los campesinos españoles aquello de la jornada de sol a sol. También ellos comprenden que el descanso, la tertulia, la charla con el amigo y la vida del hogar son auténticos artículos de necesidad primera. Y a las siete de la tarde, nadie queda ya en el labrantío.

Por los campos de Atienza, de Fuentesauco, de Benavente y de Toro, de Montilla, de Palma del Río, de Bollullos del Condado, de Calahorra o de Monforte de Lemos—por cerrar la lista—, conduciendo el tractor o caballeros en su yunta, el alba reconoce la estampa. Pero el crepúsculo no. Porque ya todos volvieron para la casa.

#### TARANTAS SOBRE LA MINA

Todavía sin salir de la tierra.

más aún, dentro de la tierra misma, están las minas. Es indudable que el minero, hoy, obtiene una remuneración, moral y material, por su trabajo incomparablemente mayor que en época cualquiera. Y el minero, si la salud es buena, es buena la alegría también.

A las minas, igual se marcha temprano. En todas partes. Estemos ahora en Andalucía.

Linares es uno de los pueblos más ricos de la provincia de Jaén. Un pueblo que encuentra en el trabajo, en el trabajo duro y fuerte de la mina, su mayor riqueza, su fuente inagotable de prosperidad. Cinco mil familias viven sustentadas por las minas de plomo de Linares. En la profesión de minero hay una cualidad que no puede faltar. Una cualidad esencial: buen madrugador. Por el paseo de Linarejos adelante, entre dos luces, camino de San Roque, de La Cruz, de Arrayanes o de Pozo Ancho, y pasando por la puerta de la Ermita, donde ya ha sonado el toque de la campana que llama a los frailes a la oración, un enjambre de mineros, de hombres hechos a vivir unas horas en las entrañas de la tierra se encamina a dar pronto comienzo a su jornada. Son apenas las cinco de la mañana.

Linares es el pueblo de España donde más madrugan los tranvías. Esos tranvías que a las primeras horas de la mañana, todavía con sus luces encendidas, van dejando a los hombres a la misma puerta del trabajo. Las paradas aquí tienen apellidos de minas, nombres de plomo. Al tranvía muchas veces le sustituye la bicicleta. La «bici» se acomoda mejor a la vida del minero. No hay que coger billete de ida y vuelta ni esperar en las largas filas de los impacientes.

El mismo camino de las minas llevan los obreros de la gran fábrica de aluminio que está frente al estadio de Linarejos.

La vida de trabajo de estos hombres es bien parecida en todas las regiones españolas. En

Bilbao, como en Asturias, como en Puertollano o en Riotinto, o en Ponferrada.

Peñarroya era un antiguo pueblo cordobés que vivía casi exclusivamente de la agricultura. El carbón, la antracita y la huilla han hecho nacer un nuevo pueblo junto al antiguo. Hoy se llama Peñarroya-Pueblo Nuevo. Una ciudad con más de quince mil habitantes. Pueblo Nuevo es un barrio típicamente minero. Por eso sus calles quedan casi desiertas durante el día. Los hombres están en la mina; la jornada comienza bien temprano: a las seis de la mañana.

Los mineros de Riotinto o los de Ojos Negros de Teruel, o los asturianos, al entrar en la mina o mientras caminan hacia ella, se despiden del aire puro y de la luz del sol con una buena copla que les alegra el alma. En Linares, la copla es un rito. Al menos eso dice la letra del cante más bonito y más difícil del flamenco:

*Las tarantas de Linares  
nadie las sabes cantar,  
solamente los mineros  
cuando van a trabajar  
a las minas del Romero.*

A las diez de la noche Linares, y Puertollano, y Peñarroya, y Riotinto, y todos los pueblos mineros se quedan dormidos. El trabajo del día espera.

#### POR LOS PUEBLOS. ANTES QUE LAS CAM- PANAS

España se industrializa. No es necesario repetirlo, porque la demostración está en los obreros, que cada vez en número mayor se dirigen desde sus casas temprano y muy de mañana a sus lugares de trabajo. Dos millones de operarios, en números redondos, tiene la industria nacional, según la clasificación de la población española por actividades económicas realizadas por el Instituto Nacional de Estadística. 1.488.202 hombres y 415.814 mujeres empleados en las industrias fabriles, para ser más exactos.

De este gran número de individuos—casi el 20 por 100 de la población activa económicamente—, dos terceras partes están enclavados en zonas urbanas, y la restante, en zona intermedia o rural. Porque hoy la industrialización, afortunadamente, ha alcanzado lo mismo a las grandes capitales que a los pueblos pequeños. He aquí si no los ejemplos.

Villasana de Mena es un Municipio enclavado en el centro del valle de Mena, en la provincia de Burgos, casi limitando con la vascongada provincia vizcaína. Rodeando al Municipio hay, como satélites, una serie de pequeño poblado, pintorescos, limpios, hermosos y trabajadores. Allí está Siones. Y cerca de él, una fábrica de material fotográfico, inaugurada no hace más de diez años.

Por la mañana, a las siete o siete y media, si un visitante se subiera a una de las cimas de los montes que rodean la comarca podría ver una serie de bicicletas que, montadas principalmente por mujeres, se van acer-



Las bocas del Metro tienen una animación extraordinaria de ocho a nueve de la mañana

cando por los caminos en busca de la fábrica, que hace de objetivo.

Para que puede ser instalada adecuadamente una nave de este tipo hace falta clima frío y agua clara; en el valle de Mena, en Siones mejor, el agua clara y el clima frío no faltan: sobran. Y también sobra la calidad óptima del fino y especializado trabajo de estos hombres y de estas mujeres ciclistas, que, madrugando, trabajan luego en el día completamente a oscuras por necesidades técnicas del producto que fabrican.

Bajemos por Castilla la Nueva. Talavera de la Reina.

Talavera de la Reina tiene un nombre internacional: su cerámica. Pues bien, su cerámica se ha vuelto tremendamente madrugadora.

En la ribera del Tajo está la fábrica Ruiz de Luna. Por el Puente Nuevo, de la plaza del Pan, cuando tocan a misa mañanera las campanas de La Colegial, bajan los hombres—no han dado las ocho—camino de la fábrica.

Vayamos un poco hacia la derecha, según miramos.

Yecla, un pueblo que nace a la industria: el alcohol. A las siete de la tarde, todo el mundo ha terminado su faena.

Y así, si continuamos el recorrido por la industria española enclavada en la zona rural, ocurre lo mismo. Igual da que sean las fábricas de mantas de Villarramiel, en Palencia; que los muebles de Villacañas, en Toledo; que las fábricas de conservas, en Fuenterrabía, que los mismos calzados acabados, en Torrejón de Ardoz.

El signo es el mismo: un horario nuevo para un tiempo nuevo también. Relojes y técnicas en armonía perfecta.

#### AUTOBUSES Y CAMIONES EN LAS ESQUINAS DE LAS CALLES

Las otras dos terceras partes de este gran conjunto de hombres y mujeres que trabajan en las fábricas residen en la zona urbana.

Las capitales, los pueblos grandes, los municipios que crecieron su término han visto—en cantidad cada vez mayor durante los últimos tiempos—marchar desde las esquinas de sus calles a caravanas de camiones o de autobuses repletos de hombres. Caravanas que con cronometrización exacta a las siete de la tarde ya habrán estado de regreso y disueltos su humano y conocido cargamento.

Son la representación más moderna, más cercana en la creación del tiempo, de la fluidez del trabajo en los núcleos urbanos hacia los perímetros inmediatos.

De la calle de Diego de León a Madrid parten, por ejemplo, camiones para el I. N. T. A.; en Barcelona marchan autobuses para la E. N. A. S. A.; en Valladolid, de los puntos más estratégicos salen vehículos para la fábrica de automóviles Renault.

Las modernas industrias de antibióticos dan comienzo sus jornadas laborales a las primeras horas de la mañana. El trabajo



Con los primeros rayos del sol el pastor saca el ganado al monte. Esta es una estampa serrana que ha cambiado poco en el tiempo

no se puede interrumpir. Son estas industrias de las primeras en España que han instalado en su mismo edificio extensos comedores donde el operario, el trabajador, por sólo una peseta hace su comida del mediodía, sin necesidad de realizar un nuevo traslado a su domicilio. La Compañía Española de Penicilina, por ejemplo, tiene su horario de ocho de la mañana a cinco de la tarde. En Madrid en la calle de Méndez Alvaro, 57, los trabajadores viven cómodamente su jornada completa sin necesidad de salir de la fábrica.

Pasemos ahora a un poblado extenso, industrial, con gran número de habitantes: Sabadell.

En la calle de Onésimo Redondo, de Sabadell, existe una de las fábricas de tejidos más modernas de España. De España y de Europa. Es la industria que lleva un clásico nombre catalán: Marçet. Marçet, el presidente del Aeroclub Barcelona-Sabadell, tiene también su apellido en Pañerías Reunidas, de Madrid.

En esta fábrica de la calle de Onésimo Redondo, de Sabadell, hay tres tipos de horario. El primero comienza a las cinco de la mañana. Dura de las cinco hasta una de la tarde. Otro seguirá hasta las nueve de la noche. El último dará entrada al primero. El trabajo es constante. Más de mil obreros acuden a esta fábrica. De ellos, un número crecido

corresponde a mujeres, que tienen aquí una labor especializada.

Junto a la fábrica a solo unos pasos, existe una guardería infantil, para los hijos de los trabajadores. Cuando los niños tienen la edad suficiente para comenzar sus estudios, no serán los padres quienes tengan que sustraer de su sueldo el coste de matriculas y libros; el señor Marçet pagará los estudios de estos niños. Esto, a la hora de calificarlo, tiene un nombre: obra cristiana.

Santander es una ciudad que se levanta y madruga con el día. Los hombres de la Montaña son amigos del alba y aventajan al sol.

Y esto lo mismo se dice de los pescadores de Laredo—los hombres que no conocen la noche—como de los labriegos de Torrelavega, como de los carpinteros y proyectistas de la fábrica Margá, en la dársena de Maliaño, de Santander.

Al comenzar el día, todavía encendidos los faroles y las bombillas del paseo de Pereda, por la carretera de Bilbao o del Astillero, hasta desembocar en la zona llana de «El Cuadro», un enjambre de bicicletas baja hasta Maliaño, la famosa dársena santanderina. Allí queda la gran industria de tableros y puertas que apenas cumple hoy doce años de



Acaban de abrirse las puertas de la tienda. A las nueve de la mañana las dependientas ya esperan a los clientes. Los madrugadores pueden ser mejor atendidos



Camino del tajo, estos pobres ganan horas al día

su nacimiento y cuenta entre las mayores y más modernas fábricas de la madera de Europa.

Mil puertas diarias pueden dar idea de cómo se abastece el mercado mundial de este artículo. Quinientos obreros especializados trabajan en la Marga. De ellos, ciento cincuenta son mujeres.

Los astilleros españoles emplean hoy, en gran cantidad, los paneles alistados de esta fábrica de Santander, junto a la dársena de Mallaño.

Por todas las industrias españolas—Norte, Sur, Este y Oeste—, la vida trabajadora comienza más temprano.

#### HORARIO NUEVO, HORARIO VIEJO...

De los 28.000.000 de habitantes que tiene España, 10.793.057 son económicamente activos. Y de estos últimos, 697.679 están dedicados al comercio.

En este medio millón largo, la mujer presenta parte acusada. Su número se eleva al 20 por 100; 103.310 empleadas femeninas. Con lo que el específico ramo del cc-

comercio adquiere una caracterización singular y óptima.

El comercio también tiene su horario. Sin embargo, el horario del comercio es el mismo en todas partes. Parece como si de un mismo despertador sonasen las campanillas en los oídos de todos los dependientes de España.

El dependiente de comercio también madruga. También para él la vida empieza pronto. Muchas veces, antes de situarse estratégicamente tras el mostrador, tendrá que dedicar media hora al escaparate. A la tarea de exposición, de colocar en el lugar más visible el zapato femenino más bonito y más barato, o situar en un ángulo de contraluz el corte de traje de caballero más atractivo.

Hay calles comerciales, como la calle Nueva de Málaga, o la de Reyes Católicos en Granada, o la calle Príncipe de Vigo, o la de Platerías en Murcia, que son unas de las más bellas de estas ciudades. Su belleza no se debe estrictamente a su arquitectónica o a su armonía urbanística; se debe en mucha parte a esa nueva estética de los escaparatistas, de los dependientes de comercio, de estos hombres y de estas mu-



Muchas mujeres empleadas hacen la compra antes de irse al trabajo

jerer cuya vida se resume en tres virtudes: ser madrugador, poseer una enorme intuición de la estética y tener un sentido especial y profundo de la amabilidad, de la cortesía.

Es proverbial la cortesía y la gentileza del dependiente español. El francés dicen que atosiga, que cansa, que agobia al posible cliente. En España es la gracia y el desparpajo del dependiente andaluz, la seriedad agradable y comprometedora para el comprador, del catalán y la finura y exquisitez del comerciante madrileño. lo que prende y encanta a quien traspasa el umbral de una tienda de ultramarinos, de un almacén de tejidos o de una librería, que pueden estar en la plaza del Gran Capitán de Córdoba, en la calle Muntaner de Barcelona o en la calle del Arenal de la capital de España.

En esta visión del madrugador español, del buen madrugador para el trabajo, el comercio tiene un puesto especial, sobre todo cuando se habla de los nuevos horarios.

La cuestión de los horarios nuevos de trabajo ha tenido sus partidarios y sus detractores, los defensores de sus ventajas y los alabadores de sus inconvenientes.

¿Horario nuevo? ¿Horario viejo? Lo cierto es que la nueva técnica exige nuevas normas. Y que en todas las grandes innovaciones los beneficios superan a las pérdidas. Históricamente—una historia armónica—, el aserto está demostrado.

#### A LAS DIEZ, EN LA CAMA ESTES

Un personaje —femenino— se ha visto también influido por este adelantar en el horario de las personas que trabajan fuera del domicilio: es el ama de casa.

Sea, por ejemplo, Bilbao. Trabaja el marido en los Altos Hornos. Son las ocho de la mañana. Hace tiempo que el cabeza de familia montó en el tren que lleva a Baracaldo o a Sestao junto a la ría.

La esposa preparó el desayuno y, juntos, tomaron el café con leche, el pan frito y la tortilla con patatas que, desde siempre, come el esposo antes de salir por la mañana hacia su puesto, que está en un tren de laminación.

La mujer se ha quedado sola. Prepara a los hijos pequeños para ir al colegio. A las ocho y media ya no hay nadie en el hogar. Entonces limpia la casa. Y a las nueve y media ha terminado. Luego, se dirige al mercado.

Con cerca de dos horas de adelanto sobre un horario de hace cincuenta años, la vida de esta familia metalúrgica transcurre feliz.

A las seis de la tarde, todos en casa. Y luego—padre, madre e hijos—, al cine. A las diez el refrán está cumplido.

Se completa, así, el ciclo del labrador diario. Un ciclo que va distribuyendo más racionalmente el tiempo: tiempo de trabajar, tiempo de divertirse, tiempo de descansar. Todos juntos, bien puestos, hacen la buena unidad.

(Fotografías de Cortina.)

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON MARTIN RUEDAS

**L**E envío esta carta a Suiza; aunque, afortunadamente, usted no guarda reposo alpino en ninguno de los sanatorios helvéticos como un tuberculoso de postín; aunque no cursa disciplinas culturales en cualquiera de las renombradas Universidades suizas; aunque no pertenece, cual un funcionario casi apátrida, internacional, a los opulentos organismos, cuyas mecanógrafas parecen archiduquesas; aunque no practica el deporte de invierno; aunque no es coleccionista de francos del país; aunque no compra ni vende relojes, sino que es usted un obrero especializado español que trabaja en la fábrica Brown Bóveri. En 1951 le escribí otra carta descubriendo un pedazo de su biografía, cuando en el Campeonato para soldadores oxiacetilénicos en La Felguera habíase presentado y resultado campeón, suerte que repitió, obteniendo análogo éxito, otras dos veces. Era usted por generación espontánea, gracias a su voluntad y a su talento raciales, lo que nuestra Revolución Nacional prepara y consigue metódicamente. El niño huérfano, el «botones» del café y del casino, el aprendiz, el que destaca en el taller de barrio, el que entra en la factoría, el que oposita a una plaza de maestro en su oficio, el que llega a ser contramaestre de soldadura autógena en la Institución Sindical «Virgen de la Paloma», mezclando estas etapas de su existencia con libros, con flores, con una esposa sutil y delicadísima, con un hijo que nació el 18 de julio: este es el caso de usted, pero es el caso que no quiere don Antonio Almagro que se produzca fortuitamente, esporádicamente, por azar y sin continuidad, como antes crecía el esparto.

Usted, que debe conocer al doctor Almagro (cuando un médico deja su profesión por un ideal más ascético proporciona rendimientos óptimos), está enterado de que este nacional-sindicalista de prosapia ha mantenido en el Frente de Juventudes el cuño y la impronta de nuestro tiempo, o sea lo que se cantaba en el vetérrimo himno de las J. O. N. S.: «El trabajo ha de ser para todos — un derecho, más bien que un deber...». La filosofía del trabajo se encuentra desde el Génesis en las vidas y dichos de los Santos y en la doctrina de los grandes teólogos; porque es una doctrina salvadora, superadora de las concupiscencias del capitalismo y del marxismo. La Falange y el Movimiento Nacional introdujeron a sus hombres y a sus teorías en esta mística del trabajo, a la manera de un recauchutado, que impregna a la Organización Sindical, a la Sección Femenina, a los muchachos y adolescentes del hermoso y férreo Frente de la Juventud, que se libró así de imitar a cuantos han conducido a la infancia al modo de un desfile de soldados o de una excursión al campo para comer sardinas en lata. El Frente de Juventudes lleva en el tópeto un resorte operativo, laborioso, que fué madurando en campamentos y competiciones, que se ha fortalecido al compás de la grandeza de España. Por alguna razón consciente se organizaron estos concursos de formación profesional obrera bajo el slogan de «Voluntad de resurgimiento», ya que los dirigentes juveniles habían intuído que en nuestra Patria no tenían que galvanizarse las yertas dinastías, ni tan siquiera había que vivir del pol-

vo de los legajos de Simancas o del Archivo de Indias sevillano, sino que teníamos que renacer trabajosamente renovando la casta por la aplicación de la técnica a la sangre del pueblo.

Nuestro barrio era un barrio proletario que ha subido de nivel, entreverándose las chabolas con los medios rascacielos (tal es el paisaje en esta fase de un Madrid en progresión creciente), un barrio donde todavía están los pinos de la Dehesa de la Villa frente al conglomerado de edificios amplísimos de la Institución Sindical «Virgen de la Paloma», un barrio con herramientas de precisión y merenderos de viejo tronfo, un barrio invadido los domingos por las familias menestrales y cada mañana por los centenares de aprendices que vienen a aprender junto a los tornos, a las fresadoras, a los destornilladores y los martillos; un barrio que atraviesa, fecunda e invalida el Canal, un barrio que limitaba con los ranchos de los traperos, antes de lindar con la tan linda ciudad residencial Puerta de Hierro, donde los más recientes millonarios han construído sus moradas. Me he detenido en describir a nuestro barrio (usted vive en Valdeconejos, camino de Peñagrande, y su domicilio consta en la guía telefónica), puesto que es el escenario principal de esta olimpiada juvenil que comenzó en 1947, alrededor de los talleres que ofrece la Organización Sindical y en torno al espíritu y la obra del Frente de Juventudes. Desde 1950 esta olimpiada es ibérica y desde 1953 acuden, como en estos días, jóvenes obreros de Portugal, de Marruecos, de Bélgica, de Francia, de Alemania, de Suiza. Cuando usted está allí, los concursantes juveniles suizos han llegado hasta acá. Traen unos «monos» de corte elegante y de color diverso según su especialidad, colores azules, celestes, grises, blancos... (los enuadernadores semejan confiteros). Hay un morito taciturno que se cubre con un gorro varipopinto de punto de lana, cuyas manos son agilísimas al componer con las letras tipográficas de las cajas, a pesar de que no tiene delante un fragmento de literatura coránica en caracteres arábigos, lo que demuestra, al lado de otros moritos duchos en otras ramas de la técnica, que nuestro Protectorado es tan generoso y educador como el Frente de Juventudes. Hay un rapaz de Portugal con fama de genio de la soldadura. Esto es lo suyo, Martín, y se alegrará al enterarse de estas noticias. La Península asciende para arriba, cuando los tratados tradicionales y los pactos de familia nos mantenían en el fondo. Con este sabor de antigua decadencia en el momento cenital en que aquélla no existe se opone el patético dilema de industrialización o emigración, esparcido por alguna gente de Galicia que busca un pretexto melodramático para alejarse de su hórreo y de su parroquia. Usted volverá pronto de Suiza para incrementar otro pedazo de su biografía precursora. Los muchachos suizos, alemanes, belgas, franceses, marroquíes y lusos se marcharán sorprendidos de este pugilato español, donde descuellan aprendices que no han salido de las regiones fabriles, sino de las provincias agrarias. Los españoles se quedarán en el resurgimiento de España, y cuando se vaya al mundo en pos de la aventura un participante en la olimpiada, será un obrero especializado y no un bracero con los brazos cruzados y la ignorancia a cuestas.

EUGENIO DE NORA publica en el número 39 de

## POESIA ESPAÑOLA

una de sus más recientes composiciones, titulada «CORAZON MACHACADO»

# CULTURA Y ECONOMIA

EN unas recientes declaraciones del señor Ministro de Educación Nacional se ha puesto de manifiesto, en sus aspectos técnicos más salientes, el alto nivel cultural logrado en el país a través de unas realizaciones concretas llevadas a cabo a lo largo de estos últimos veinte años.

Es indudable que se ha ido ofreciendo a un número cada vez más amplio de españoles la posibilidad de acceso a los más altos centros de la enseñanza pública. Y, en efecto, puede y debe considerarse como indicio cierto de un más alto nivel cultural de España el hecho de que hoy día sigan carreras universitarias estudiantiles procedentes de capas sociales mucho más amplias que antes de estas dos décadas.

Podemos hoy señalar a todo español la circunstancia histórica de que la Universidad ha dejado de ser en nuestro país un privilegio de clases más o menos acomodadas. Y esto no es, en modo alguno, un simple resultado del tiempo. Es, por el contrario, el éxito fundamental de todo un sistema de reconstrucción y edificación nacionales con las que se ha conseguido previamente liberar a los españoles de los antiguos espectros del abandono por parte de la autoridad y de la indigencia espiritual y material por parte de los ciudadanos.

He aquí lo que hace falta reconocer para valorar en la justa medida ese gigantesco panorama de realizaciones en el cual se encuentra inmerso el problema de la enseñanza nacional. Problema que no es limitado en sí mismo, sino que está íntimamente enlazado con un conjunto de necesidades aparentemente ajenas a la cultura y con las que, en cambio, la cultura misma forma una unidad esencial y armónica, tal como el libro sería inconcebible sin la imprenta, asimismo el nivel cultural de un pueblo se encuentra profundamente relacionado con las soluciones técnicas de los problemas «profanos» de la industrialización, de las providencias sociales y del mismo poder de adquisición de los sueldos laborales en una escuela nacional.

El nivel de vida ha tenido que ser elevado para la totalidad de los trabajadores españoles a fin de que en la práctica la Enseñanza Superior dejase de ser un objetivo privilegiado. Al mismo tiempo, un Régimen ansioso de tutelar los derechos intelectuales y materiales de nuestro pueblo tuvo que planificar un programa de acercamiento, de facilidades hacia esos núcleos familiares que por el número de elementos o por la falta de la necesaria tutela paterna se encontraban privados de los medios materiales. Para que ninguna inteligencia se frustrase por indigencia, han sido necesarias innumerables providencias.

Pero un Estado que realiza tan vasto edificio de asistencias puede existir y obrar tan sólo en un país cuyo nivel económico es sincronizado con la industrialización contemporánea. He aquí por qué la ingente obra de nuestro Régimen para descubrir y desarrollar todas las posibilidades técnicas de España es para nosotros el punto de partida para el análisis de la actual situación cultural española.

La constante preocupación del Estado español ha sido y sigue siendo la elevación máxima de los valores espirituales de la nación a través de un paralelo resurgimiento de los valores económicos y sociales, ya que es cierto que no pueden surgir efectos culturalmente sanos de un organismo social y económicamente enfermo.

No es fuera de lugar recordar aquí el origen de cierta «cultura» decimonónica, de tipo romántico y desesperante, que pretendiendo servir de fondo a las políticas liberalistas llegó a ser la negación de sí misma y de toda auténtica cultura. Génesis que fué posible por encontrarse los pueblos desamparados y descuidados por los Gobiernos, cuya presencia se había reducido a un simple fetiche enemigo e inoperante.

Se ha dicho que es la economía el único motor de los acontecimientos históricos. Nosotros sabemos bien que esto es un error, como toda media verdad. Es cierto, en cambio, que la economía es no el único, sino uno de los elementos motores de la Historia. Es la cultura de un país creyente en su destino la que condiciona en un principio sus mecanismos económicos. Estos, a su vez, según la correspondencia de las realizaciones con el ideal previo, influirán positiva o negativamente sobre la cultura de las etapas sucesivas.

Llevado a nuestra etalidad española, es evidente la constatación de que hoy, en un nivel cultural elevado y generalizado por sistema ideal del Estado, la Universidad misma se halla en condiciones de facilitar a las exigencias de la economía nacional nuevos equipos técnicos y dirigentes adecuadamente preparados y culturalmente sanos, hecho que condiciona de antemano la autenticidad del conjunto espiritual y material de España en las tareas todavía por realizar.

Es por esto que las realizaciones conseguidas en España en el campo de la cultura española y de la Enseñanza Superior y pública en sus aspectos peculiares no son tan sólo un espléndido resultado, de una vigilante política social y económica para el presente, sino que representa la más firme garantía de nuestro porvenir.

**EL ESPAÑOL**

## OPINION

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

PUBLICACION MENSUAL

36 PAGINAS

Suscripción semestral: 30 pesetas

Pedidos: al INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

Monte Esquinza, 2

MADRID



# MOLOTOV CONCEDIO EN CUATRO DIAS LO QUE NO QUISO CONCEDER EN DIEZ AÑOS



## PEQUEÑA HISTORIA DE 260 DISCUSIONES SOBRE AUSTRIA

El canciller austriaco Herr Raab fué recibido en el aeropuerto de Moscú por Molotov

## ALEMANIA EN EL PUNTO DE MIRA DE MOSCÚ

LA última conferencia internacional en la que se trató del asunto de dar a Austria un Tratado de Paz, demorado a lo largo de casi diez años de tan laboriosas como infructuosas gestiones diplomáticas, fué la Conferencia de Berlín (25 de enero a 18 de febrero de 1954). Entonces se reunieron en la ex capital del Reich los ministros de Asuntos Exteriores de los «grandes», tras largos meses de «guerra fría» progresivamente calentada.

Como de costumbre, Austria se quedó sin su Tratado. El viejo Molotov, milagroso superviviente de todos los naufragios colectivos de la política rusa repitió exactamente las mismas palabras que había pronunciado nueve años antes en París: Era preciso que después de firmarse el Tratado en cuestión, permaneciesen en Austria las tropas de ocupación aliadas, para impedir la repetición del «Anschluss»; es decir, de la anexión de Austria por Alemania.

¿Se imaginan ustedes una Ale-



Esta fué la primera fotografía que conoció el mundo de la llegada de las tropas soviéticas a Viena

mania vencida, ocupada, desmilitarizada, democratizada, repitiendo el «Anschluss» de 1938, inundando las calles de Viena con sus «Panzer»?

Molotov, sí. Molotov, es capaz de imaginarse todo.

Pasó más de un año desde entonces, y del asunto de Austria prácticamente no se volvió a hablar. Era éste uno de esos temas que se atraviesan desde el primer momento, y que no hay forma de arreglarlos. Un tema indigesto para las cancillerías, que estaban hartas del Tratado de Paz austriaco, hartas de la diplomacia de Moscú, hartas de darle vueltas y más vueltas, como a una noria, a

este desdichado asunto, sin sacar jamás una gota de agua.

Y de repente, se produce uno de esos inesperados «éclats» de Moscú, que desconciertan y sorprenden a todo el mundo. El propio Molotov, para quien decididamente no reza el principio de contradicción—cosa, típica en toda mentalidad oriental—, salió diciendo el 8 de febrero de este año que podría firmarse un Tratado de Paz con Austria, siempre y cuando se diesen a Moscú garantías: 1) de que dicho país no se uniría a ningún bloque militar; 2) de que, no se produciría un nuevo «Anschluss».

Esta declaración del canciller

soviético, cayó como en un mar de escepticismo. La gente se dijo: «He aquí a la U. R. S. S. dándole otro toquecito al dichoso asunto de Austria». Pero días más tarde, el 28 del mismo mes, Molotov llamó a Moscú a su embajador en Viena, Norbert Bischoff. Comenzaron las cábalas. ¿Qué se proponía esta vez nuestros hombre? En Viena, se despierta, por fin, cierta curiosidad y el Gobierno envía a Moscú una nota pidiendo aclaraciones a la oferta de Molotov. La respuesta de éste es una invitación oficial enviada al canciller austriaco Julius Raab para que se traslade a la capital soviética. El 29 de marzo, Raab accede a hacer este viaje inesperado y en medio de una universal expectación sale volando para Moscú. En el aeropuerto de esta ciudad, sale a recibirle la plana mayor del ministerio de Asuntos Exteriores, con Molotov al frente. Es una buena señal, porque los rusos, ya se sabe, están más entrenados en las despedidas—definitivas—que en las recepciones de bienvenida.

Comenzan las conversaciones Raab-Molotov y el 15 de abril se ha llegado a un acuerdo sobre los términos del Tratado de Paz. El canciller, proclama a los cuatro vientos que Austria tendrá su Tratado, que volverá a ser una nación soberana e independiente, que se verá libre de las pesadas cargas de la ocupación y que incluso, obtendrá fuertes compensaciones económicas.

Todo ello, a cambio de una cosa: De que Austria no se inscriba en ninguna alianza militar (se entiende, con los occidentales); de que no ceda parte de su territorio nacional para bases militares extranjeras (esto, dedicado especialmente a los Estados Unidos). En una palabra: A cambio de que Austria se convierta en un vasto «no man's land»—tierra de nadie—en el mismísimo centro de Europa.

Fué así como se llegó, en sólo cuatro días, a la solución de un problema estérilmente abordado a lo largo de diez años. Raab, podría decir como César: «Llegué, vi, vencí».

#### ¡260 REUNIONES!

¿Qué han sido esos diez años

de posguerra en busca de un Tratado de Paz con Austria? Pues han sido, estimado lector, los diez años más enloquecedores que ha conocido la diplomacia occidental desde hace—probablemente—varios siglos. Una sola cifra basta para hacerse una idea de este agotador forcejeo, mantenido en vilo, permanentemente, por esos diplomáticos rusos que tienen la paciencia de un relojero suizo y la tozudez de una mula vieja. Desde el 3 de enero de 1947, fecha en que se reunieron en Londres los ministros de Asuntos Exteriores de los «grandes», hasta hace unos días, el famoso Tratado de Paz con Austria exigió la celebración de—¡nada menos!—260 reuniones diplomáticas. Docientas sesenta, una cifra que ha debido batir, necesariamente, todos los récords; una cifra sin paralelo en la Historia.

A lo largo de esas 260 reuniones, coronadas inexorablemente por el fracaso, el problema austriaco ha conocido los más fantásticos y extraños avatares. Se encogió, se estiró—literalmente, como hemos de ver—llegó a ser un formidable volumen de varios kilos de peso para después adelgazar hasta reducirse a unas cuartillas. Un verdadero infierno, señores.

La cosa comenzó así el 1.º de noviembre de 1943, todavía en plena guerra, con una declaración conjunta de los ministerios de Asuntos Exteriores de los aliados de entonces: Rusia, Inglaterra y los Estados Unidos. En ella se decía que Austria, «primera víctima» de la dominación alemana, debía ser liberada; que el «Anschluss» del 15 de marzo (e 1938, quedaría sin efecto; y que Austria recuperaría su libertad y su independencia. Más adelante, Moscú añadió otra declaración, según la cual los derechos de los ciudadanos austriacos serían garantizados, respetándose igualmente «la inviolabilidad de la propiedad, la libertad de religión y el restablecimiento de los derechos cívicos fundamentales».

Todos contentos. Y en abril de 1945, hace ahora exactamente diez años, el Ejército rojo entró en Viena, antes que los anglo-americanos. Y entró con tal prisa, que pocos días después Moscú encargaba de formar Gobierno provisional al ex canciller Karl Renner, socialista, bien visto, de momento, por los comunistas, y mal visto por los occidentales los cuales recordaban perfectamente que Renner había dicho una vez en 1919, que la Austria alemana se incorporaría a la República alemana. Además, era preciso desconfiar de la rapidez con que Rusia se había adelantado a constituir un Gobierno provisional, sin consultar para nada a sus aliados. Había los precedentes de Polonia y de Rumania. De forma que al principio el Gobierno Renner no fué reconocido por Londres-Washington. Toda la autoridad, descansaba en manos del mariscal Alexander, jefe de las fuerzas de ocupación angloamericanas.

Pero en Potsdam, los «tres grandes» llegaron a un acuerdo: La autoridad del Gobierno Renner se extendería a todas las zonas de ocupación. Poco después de terminarse la guerra, todos estaban listos para que Austria tuviese su Tratado. Pero cuando el 25 de abril de 1946 comenzó la Conferencia de París, un año después de la entrada en Viena del Ejército rojo, y como las cosas estuviesen donde estaban entonces, el ministro de Asuntos Exteriores austriaco, doctor Karl Gruber con una visión profética verdaderamente asombrosa, dijo:

«Es preciso tener un sano optimismo para creer en un papel independiente de Austria en el seno de la familia de los otros pueblos...»

Se necesitaba, en efecto, un sano, sanísimo optimismo. Porque a partir de aquel momento, Molotov se sacó de la manga el disco que había de sonar ininterrumpidamente a lo largo de 260 sesiones, con la monotonía enervante de aquella música que Antón Karas puso a la película «El tercer hombre», biografía en gris de la imperial Viena ocupada, empobrecida, hambrienta, a la sombra de cuatro banderas «amigas» (1).

El disco de Molotov decía: Que las tropas de ocupación no se podían retirar de Austria porque persistía el peligro de que Alemania se la anexionase de nuevo; porque podía temerse un resurgimiento del nazismo; porque el pueblo austriaco no estaba lo suficientemente democratizado (?)

No se necesita ser un lince para ver detrás de tanto repulgo simples pretextos para no marcharse de Austria, por dos razones. La primera porque la presencia de tropas rojas en Viena era una vecindad «estimulante» para los comunistas de la Europa occidental y una baza manejable a discreción por la diplomacia soviética; la segunda, porque al fin y al cabo Austria constituía para Rusia, como pronto veremos, un magnífico negocio. Estaba en lo cierto el doctor Gruber: Era preciso un sano optimismo para soñar con un Tratado de Paz...

#### CARRERA DE OBSTACULOS

Queda dicho que fué ya en la Conferencia de París cuando comenzó esta obsesante carrera de obstáculos de Austria tras su Tratado. Los obstáculos los fué eligiendo Moscú cuidadosamente; lo suficientemente infranqueables para que no pudiesen ser remontados por los hábiles, pacientes y resignados expertos occidentales. Las etapas de la carrera fueron: Viena, Londres, París, Washington, Nueva York...

El obstáculo que eligieron los rusos en Moscú fué el de que Austria hiciese cesiones territoriales a Yugoslavia. En Londres (1947), fueron las exigencias económicas soviéticas. En Berlín, ya hemos visto que fué la pretensión rusa de mantener en Austria las fuerzas de ocupación, por temor a una repetición del «Anschluss». En cada lugar y en cada fecha, la imaginación de Molotov o de Vichinsky sobrepasaba a todas las previsiones occidentales.

En cuanto al Tratado en sí mismo, éste se estiró y se enco-



Raab acompañado de su ministro Gruber, en una de las numerosas visitas efectuadas a los estadistas de quien depende el Tra-

gió como un acordeón. El proyecto de Tratado que se había elaborado durante la Conferencia de Moscú (marzo-abril de 1947), comprendía 54 artículos. Era un buen mamotreto. Pero en vista de que no había forma de ponerse de acuerdo sobre esa inmensidad de materias contenidas en tan caudaloso articulado, el 13 de marzo de 1952 los occidentales enviaron a Moscú un proyecto de Tratado abreviado, que comprendía solamente ocho artículos, con un total aproximado de unas 600 palabras.

Rusia lo rechazó. De los ocho artículos del Tratado abreviado, siete emanaban de acuerdos concertados ya en anteriores conferencias y suscritos por los rusos. Pero quedaba, como una barrera infranqueable, el artículo número 6. Aquí encontró sepultura el Tratado abreviado. El artículo-torpedo en cuestión obligaba a Rusia a renunciar a los bienes alemanes situados en Austria. Moscú no renunciaba. Estamos en febrero de 1953 y los adjuntos de los cancilleres occidentales llevan celebradas 260 reuniones, como queda dicho. Algunos han enflaquecido, a otros se les puso el pelo blanco. Y nada. Los rusos siguen imperturbables, tercios hasta la desesperación. La Asamblea de las Naciones Unidas invita a «los cuatro grandes» a que pongan fin a aquel momento. Todo el mundo está harta. Pero el Tratado abreviado fenecese. Se vuelve al de 54 artículos...

### EL BONITO NEGOCIO DE LOS BIENES ALEMANES

El lector se habrá preguntado más de una vez por qué los rusos se han mostrado tan obstinados en esto de torpedear una y otra vez—concretamente 260 veces—el Tratado de Paz con Austria.

Pues hay varias explicaciones. Una de ellas ya la dijimos más arriba: Austria ha venido siendo para la Unión Soviética un excelente negocio. Este excelente negocio tiene una «tapadera»: bienes alemanes en el extranjero; en este caso, en Austria. La cuestión de los bienes alemanes ha sido uno de los escollos en los que se registraron varios de los sucesivos naufragios de las negociaciones. Su incautación formaba parte del programa ruso de indemnizaciones alemanas. Los negociadores nunca se pusieron de acuerdo sobre una cifra. Los rusos calcularon en principio 200 millones de dólares. Los aliados rebajaron esta cifra a la mitad: 100 millones. Moscú se avino a los 150 millones, y aquí se estancó la cosa.

Pero no es esto todo. El caso es que en la Conferencia de Potsdam se acordó que en concepto de reparaciones la U. R. S. S. se incautaría de los bienes alemanes situados en Austria oriental. No se especificaban los límites geográficos de esta «Austria oriental»; pero Rusia entendió que se trataba pura y simplemente de la zona de ocupación soviética. Y como en esta zona mandaba ella, hizo mangas y capirotes en el «cobro» de sus reparaciones, retrotrayendo las incauciones a fechas incluso anteriores al «Anschluss».



Manifestación en Viena pidiendo el regreso de los prisioneros de guerra austriacos retenidos por Rusia



Otra manifestación en Viena como protesta por el fracaso de la Conferencia de Berlín

Fué así como la Unión Soviética montó en Austria uno de sus más florecientes negocios. Para su explotación creó la U. S. I. A. o Administración de los Bienes Soviéticos en Austria, y saltándose cínicamente todas las disposiciones de la Comisión Interallada de Control y del propio Gobierno austriaco, colocó a las empresas de la U. S. I. A. fuera de las leyes austriacas, concediéndoles el derecho de extraterritorialidad.

Esto quería decir, entre otras cosas, que dichas empresas quedaban exentas de pagar impuestos al Gobierno austriaco. Sólo

en el año 1948 la suma que la U. S. I. A. defraudó al fisco austriaco por este bonito procedimiento de la extraterritorialidad fué de 51 millones de schillings.

Las empresas controladas por la U. S. I. A. comprendían la fabricación de turbinas, aparatos eléctricos, cristal, hierro laminado, la extracción de carbón y de petróleo y, finalmente, la Sociedad de Navegación Danubiana D. D. S. G. (Donau Dampfschiffahrt-Gesellschaft).

Austria, desposeída de la riqueza que supone esta producción, ha tenido en todos estos años una lánguida economía. El año pasa-



Un desfile de tropas rusas en la capital austriaca

do, por ejemplo, era el país más inflacionista de Europa. Las cifras hablan elocuentemente: las empresas administradas por la U. S. I. A. ocupaban al diez por ciento de la mano de obra total austriaca, y sus productos significaban para Austria nada menos que el cuarenta o cincuenta por ciento de sus exportaciones totales. Sólo la ayuda americana pudo enjugar parte de estas tremendas pérdidas en beneficio de la Unión Soviética.

Con ser esto bastante, el cinismo ruso ha ido bastante más lejos. El lector puede imaginarse, por ejemplo, que los productos administrados por la U. S. I. A. eran enviados a Rusia para cubrir las necesidades de esta nación, devastada en gran parte por la guerra. Si fuese éste el caso, tal vez con mucha tolerancia podríamos hablar de un «estado de necesidad», que obligaba a los rusos a sacar las cosas de donde pudieran.

Pero no era ésta la cuestión. Por inaudito que pueda parecer, Rusia vendía una gran parte de la producción de las empresas U. S. I. A. a la propia Austria. Este desgraciado país se ha visto obligado, en efecto, a comprar y pagar a los rusos productos salidos de sus propias fábricas, exentos de impuestos para los rusos, como queda dicho, pero no para los austriacos que, además de comprar lo que era suyo, tenían que gravarlo con impuestos.

Hay más. Una parte de dichos productos los exportaba Rusia a otros países, sin que Austria percibiese un céntimo como contrapartida de las divisas ingresadas graciosamente por la U. S. I. A.

O sea: que sin quererlo, Austria se hacía a sí misma la competencia en los mercados extranjeros.

No creemos necesario dar más explicaciones para que el lector comprenda la resistencia soviética a perder este espléndido negocio, al que amenazaba poner fin un «intempestivo» Tratado de Paz. Y fué así como Austria, a lo largo de diez años, desempeñó con respecto a Rusia el mismo papel que representaba la India para Inglaterra: una colonia ricamente explotada.

### UN TRUCO DE MOLOTOV

Aparte estas claras razones económicas, hay, naturalmente, otras políticas y militares. Una de ellas constituye un habilísimo truco que invocó más de una vez Molotov. Es muy sencillo: desde que terminó la guerra—y ahora hace diez años, señores—, la Unión Soviética mantiene importantes contingentes militares en Rumania. ¿Por qué? Es fácil imaginárselo: por temor a un levantamiento popular contra el régimen comunista, por vigilar de cerca al Gobierno y al Ejército rumanos, etc., etc.

Pero Molotov ha encontrado una respuesta mucho menos comprometida: Rusia tiene acantonadas tropas del Ejército rojo en Rumania simplemente para «asegurar el enlace entre las bases militares soviéticas y nuestras fuerzas de ocupación en Austria».

El argumento no deja de ser razonable; pero de paso, mientras no se firmase el Tratado de Paz con Austria, Rusia podría mantener fuerzas de ocupación en Rumania, ejerciendo de esta manera un tranquilizador control sobre un satélite cuyo pueblo tiene fama de levantisco. Una vez firmado el Tratado en cuestión, las tropas ocupantes rusas tendrían que marcharse de Austria, y al hacerlo no habría necesidad de mantener el «enlace» a través de Rumania, de la que también tendría que irse, o justificar de una manera harto embarazosa su decisión de no marcharse.

### OTRA EXPLICACION LLAMADA ALEMANIA

Finalmente, hay una importante razón política que se llama Alemania. La diplomacia rusa siempre ha relacionado íntimamente la solución del problema austriaco a la solución del problema alemán. En la conferencia de «los cuatro» en Berlín (25 de enero a 18 de febrero de 1954), las conversaciones de los cancilleres—que una vez más fracasaron—trataron conjuntamente de ambos problemas. La tesis sostenida en aquella ocasión por Molotov expresó una vez más el punto de vista ruso de que no se podían arreglar separadamente la cuestión alemana y la cuestión austriaca. Así, según él, aun después de firmarse el Tratado de Paz con Austria, las tropas rusas deberían permanecer «sur place» para impedir un nuevo «Anschluss» a cargo de la República Federal de Bonn, sobreentendiéndose que esta prolongación de la ocupación rusa perduraría hasta que Alemania tuviese también su Tratado de Paz. Naturalmente, los occidentales no podían secundar semejante anomalía diplomática.

¿Por qué ahora Moscú parece dispuesto, y a ello se ha comprometido formalmente, a resolver el problema austriaco separadamente del problema alemán? La respuesta hay que buscarla en los famosos Acuerdos de París.

Desde que éstos fueron abocados en Lancaster House (Londres) y redondeados en el Quai d'Orsay, Rusia, que teme tanto al rearme alemán como Francia, sólo pensó en impedir la ratificación de dichos Acuerdos, lanzando una ofensiva diplomática de gran estilo, en la que alternaron las promesas y las amenazas. Molotov realizó el «trabajo» más brillante de su ya larga carrera diplomática, pero fracasó: En una dramática madrugada, la Asamblea Nacional francesa ratificó, y todo lo demás vino por añadidura. El precio fué la desaparición, en otra madrugada borrascosa, de Mendes-France.

Rusia perdió, pero no se resignó, y sabe que una cosa son los acuerdos sobre el papel y otra su realización práctica. En la recámara de Molotov quedaba todavía algún cartucho con el que hacer fuego contra el rearme de Alemania. Pensó, y con razón, que por grande que sea la seducción que pueda ejercer sobre el pueblo alemán la idea de Europa unida y la de la reconciliación con Francia, en el seno de una alianza militar como la

O. T. A. N., mayor es la seducción que ejerce el anhelo profundo de ver unido a su país, hoy dividido. Molotov, sin duda alguna, se propuso reavivar la sensibilidad alemana frente a la división de su tierra; sensibilidad un poco cloroformizada por la convicción de que la cosa no tendría remedio en mucho tiempo, y metió los dedos en la llaga llamando a Julius Raab a Moscú y ofreciéndole en bandeja un Tratado de Paz.

El problema austriaco tenía un prestigio—por así decirlo—a los ojos del mundo occidental: el prestigio de lo insoluble, de lo irremediable. Se tenía el convencimiento de que Rusia no cedería jamás. Y de repente este nudo gordiano se deshace solo, cuando menos se esperaba. Se derrumbó ese prestigio y renació una esperanza: si Rusia ha cambiado de actitud con respecto a la cuestión austriaca, ¿por qué no esperar otro tanto con relación a Alemania? Así, para los alemanes, la reunificación ya no se presenta como una quimera, sino como algo posible e infinitamente deseable. El mero hecho de que Rusia haya accedido a resolver separadamente la cuestión de Austria viene a simplificar las cosas.

Y bien. El golpe ya está dado. La sensibilidad alemana ante el asunto de la reunificación ha vuelto a revivir. Ahora no hay más que esperar a que los alemanes se «cuezan» en esta propia salsa de excitación y de esperanza. Después vendrá la conferencia de «los grandes», tras una buena preparación artillera soviética, que a estas horas ya se estará fraguando, y, finalmente, Rusia expondrá su repertorio de soluciones para el problema de Alemania. Será entonces cuando el pueblo alemán tendrá que elegir dramáticamente entre una neutralidad peligrosa y la división permanente, sin esperanzas, de su patria; entre Alemania y Europa, entre una realidad inquietante y un anhelo largamente acariciado.

La iniciativa soviética de concertar, por fin, el Tratado de Paz con Austria ha sido interpretada en algunos sectores de la Prensa extranjera como un éxito diplomático más de Rusia, logrado por sorpresa.

Sin embargo, pensamos que dicha iniciativa expresa no un éxito, sino un fracaso de la diplomacia rusa, ya que por cuanto queda dicho a lo largo de este reportaje, el propósito de Moscú era impedir la firma de este Tratado, y no procurarla. Siendo así, parece más lógico pensar que lo que ahora ha hecho Moscú ha sido capitular más que imponer una política.

La tesis americana de que Rusia sólo reconoce el lenguaje de la fuerza ha sido confirmada por los hechos. Ha sido después de la ratificación de los Acuerdos de París, y no antes, cuando Rusia se ha declarado dispuesta a favorecer el Tratado de Austria y bien podemos pensar que sin los Acuerdos de París, que suponen una política de fuerza frente a Moscú, no habría tratado con Austria y el canceller Raab nunca habría sido llamado a Moscú.

M. BLANCO TOBIO

# UN HOMBRE DE ACCION



## IMPORTANTE OBRA SOCIAL DEL OBISPO DE CORDOBA FRAY ALBINO GONZALEZ

**E**NTRA despacio el Taf en la estación de Córdoba. Los viajeros se apretujan impacientes en las ventanillas para localizar a los parientes, a los amigos, que han acudido a recibirles, en el compacto y alargado grupo que llena el andén. Y en este grupo, con la teja ornada por un moño de borlas blanqui verdes y un corto bastón en una mano, descubro a fray Albino González Menéndez - Reigada, obispo de Córdoba.

**EN EL CAMPO DE LA VERDAD SE ESTA ALZANDO OTRA POPULOSA CIUDAD**

Bajan del tren, delante de mí, dos monjas extranjeras. El señor, obispo avanza hacia ellas. Las monjas le saludan en francés. El contesta en el mismo idioma, cambian unas frases de bienvenida y el corto bastón, sin perder tiempo, señala la puerta de salida.

Si yo no conociera ya, por la

fama de su obra, el temperamento de hombre de acción a fray Albino, hubiera empezado a sospecharlo al verle moverse sin embarazo alguno, sin titubeos ni tropiezos por el barullo del andén.

Y pronto, a la mañana siguiente, cuando en su despacho del palacio episcopal me habla de su

vida al comenzar esta entrevista, me habrían confirmado en la certeza de mi sospecha la rapidez con que traza el cuadro y las pocas y precisas pinceladas con las que resume su pasado.

**DE ASTURIAS A SALAMANCA, DE TENERIFE A CORDOBA, SIN PERDER UN DIA**

—Nací en Asturias, en Cangas del Narcea. Mis padres eran labradores. Sencillos y muy religiosos. Crecí ante el convento de Corias, al que llaman por allí El Escorial de Asturias. En él cursé mis primeros estudios y tomé, a los quince años, el hábito de la Orden.

No cabe, seguramente, mayor concisión para describir el paso de los quince años, que median desde el 18 de enero de 1881, fecha en la que nace fray Albino, hasta el 26 de septiembre de 1897, fecha en la que ingresa en la Orden de Predicadores. Sólo



Fray Albino presidiendo una reunión de Asesores Eclesiásticos Sindicales.—Arriba: El obispo de Córdoba durante una conferencia celebrada en la Escuela Social

los espíritus enfocados hacia la actividad, hacia el hacer continuo, evocan tan escuetamente, tan sin recrearse en su contemplación, el pasado. Porque el pasado es lo ya hecho. Lo que ya no requiere atención ni esfuerzo.

—De Cortas pasé al convento de San Esteban en Salamanca. Estudié Filosofía y Teología. Y dos carreras, DefeCHO y Filosofía y Letras, en la Universidad. En mi formación religiosa influyeron notablemente el padre Luis Alonso Getino y el padre Arintero, un santo de cuyo talento indiscutible se debe la restauración de la mística en buena parte de Europa. A él debió su conversión Maeztu... En la Universidad conocí a Unamuno: en EL ESPAÑOL publiqué unas notas sobre él, sobre mis recuerdos de aquellos años... Me doctoré en Filosofía en la Universidad de Madrid y en 1911 salí, con una beca, al extranjero, a Italia y Alemania, para completar estudios.

La voz ancha y sonriente de fray Albino avanza, sin detenerse, frase tras frase. Esquematisa la narración.

—A mi regreso a España, al cabo de dos años de viaje, fui nombrado director de «Ciencia Tomista», revista de ciencias filosóficas y teológicas que publica nuestra Orden, en Salamanca, sucediendo en tal puesto al padre Getino, destinado a Oviedo. Luego me enviaron, como prior al convento de Santo Domingo de Madrid. Y me nombraron profesor de la Academia Católica Universitaria. La Orden me otorgó el título de maestro en Sagrada Teología y de predicador general. El 18 de diciembre de 1924 fui preconizado obispo de Tenerife. El 19 de julio de 1925 recibí la consagración episcopal en la catedral de Madrid. En 1946 me promovieron a la diócesis de Córdoba, y el 9 de junio del mismo año hice mi entrada solemne en la capital de la sede.

De Asturias a Salamanca, de Tenerife a Córdoba se empalman las etapas de esta vida, en la que no hay día perdido ni hora estéril. Que si nunca pierden sus horas y sus días los hombres que viven sumisos a los Mandamientos, más henchidos de fruto aún, más provechosos habrá que considerar los días y las horas de aquellos que viven además dedicados al servicio de Dios. De aquellos que añaden al estado de gracia la actividad apostólica.

Y la de este obispo, hijo de unos labradores asturianos, cuya descendencia entera, tres varones y dos hembras, viste el hábito blanco y negro de la Orden dominicana, alcanza una extensión y un ritmo nada vulgares.

#### ORACION Y TRABAJO. «SI NO VOY EN AVION, ANDO MAL DE CUARTOS»

La jornada diaria de fray Albino es amplia.

—Me levanto a las seis y cuarto de la mañana. Y poco después de las seis y media paso al oratorio. Digo misa a las siete y luego permanezco en el oratorio hasta las ocho. Después, salvo que algún asunto requiera despacho inmediato, desayuno, generalmente un vaso de leche y una

magdalena. Doy un paseo por el jardín y paso al despacho a trabajar. De diez a dos recibo visitas, atiendo al correo, veo los periódicos. Y sobre las dos, casi siempre ya pasadas, como. Doy otra vuelta por el jardín y hago un breve reposo. A las cuatro, los martes y los viernes, recibo visitas; los demás días las hago yo: voy a los conventos, a los asilos y hospitales, a las parroquias a echar una mirada a las obras de la Sagrada Familia. ¿No ha estado usted allí? Pues venga aquí esta tarde, a las tres y media. Voy a ir a enseñárselas a unas monjitas belgas y usted puede acompañarnos.

Le digo que le vi recibirlas en la estación, que venía en el mismo tren. El me explica:

—Son Siervas de Maria. He organizado unos turnos de intercambio con ellas y nuestras, Servitas de los Dolores.

Y bromea:

—Ahora ya ve, me dedico a exportar monjas a Bélgica...

Volvemos a la distribución de la jornada:

—A las seis de la tarde vuelvo a mi despacho. En él trabajo hasta las diez de la noche. Durante este tiempo, solo por excepción, recibo alguna vez a gentes de mucha confianza. A las diez tomo una cena escueta: leche y unos bizcochos. Rezo después en el oratorio, y sobre las once y media me acuesto.

La oración, la comunicación con el Señor, abre y cierra, como un broche perfecto, cada día de la vida del obispo.

El dinamismo de fray Albino no se cohibe ante las molestias que supone todo viaje corto o largo.

—Me muevo mucho. Salgo con mucha frecuencia en visitas pastorales por la diócesis. La conozco bien. Palmo a palmo. Y me desplazo a Madrid a resolver problemas de aquí cada vez que resulta necesario hacerlo. Voy también algunas veces a Sevilla, donde tengo una hermana monja...

A Cádiz a Málaga, a Almería, a pronunciar conferencias y pláticas. Ahora me han invitado a dar unas en Tenerife, en mi antigua sede. Y allí tré... En el verano acudo a las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián, doy una pasada por Asturias a ver a mi familia y salgo cuando puedo al extranjero. Este año pasado estuve en Bélgica, en Holanda y en Alemania. Y cuatro veces en Roma.

El año 1946 fray Albino visitó Argentina. Y el 49 acudió al Congreso Eucarístico de Méjico.

—Señor obispo, ¿le gusta viajar en avión?

—Tanto que, si no voy en avión habiendo línea aérea en mi ruta, es señal de que ando mal de cuartos.

#### LA ESCASEZ DE IGLESIAS, EL ANALFABETISMO Y LA DISPERSION DE LOS FIELES. PROBLEMAS PRINCIPALES DE LA DIOCESIS. «LOS PASTORES NO VIENEN A HACER RELIGION: VIENEN A DESHACERLA»

Cuando habla de los problemas de su diócesis noto en fray

Albino otro sintoma claro de hombre de acción. Lo hace con una absoluta serenidad. Sin apenas apoyar las palabras con ademanes. Sin cargar los acentos. Reservando su energía para el momento de actuar. Y descubriendo por tal que otra cifra o dato exactos que cita que conoce muy de cerca cada asunto. Que los ha estudiado todos sobre el terreno. Que los vive.

Empieza por la escasez de iglesias:

—Anda escasa de iglesias la diócesis. Hemos construido en estos años bastantes, pero no las suficientes para compensar las destrucciones y la inactividad constructora de los últimos siglos. Antiguamente, con menos población, había más templos. Hoy el campo y las ciudades necesitan iglesias. Porque éstas, en especial, han crecido muchísimo. En Puente Genil, por ejemplo, viven unas 30.000 personas y sólo existe una iglesia mal situada y donde apenas caben 1.000 fieles. Y una solamente hay en Palma del Río, con una población de 18.000 almas; en Castro del Río, con 17.000. Y dos en Baena, con 24.000 habitantes, donde la iglesia grande y bien emplazada, la de Santa María, está aún sin restaurar. Incluso hay lugares, como Belalcázar, con 9.000 almas y sin iglesia. Y aquí mismo, en la capital, en Córdoba, hay doce parroquias antiguas que, sumadas a las quince nuevas que se han hecho, no arrojan una cifra excesiva para una población de 200.000 habitantes.

Córdoba ha duplicado en lo que va de siglo la población de la provincia y ha triplicado la de la capital. El problema es difícil de resolver a corto plazo, porque exige una inversión fuerte. Pero no está, ni mucho menos, abandonado. Lo tiene muy presente fray Albino.

De la peculiar estructura agrícola de la provincia nace otro: el del analfabetismo y la dispersión de los fieles.

—Córdoba es provincia de pueblos muy grandes y grandes extensiones, donde viven, dispersos en el campo, aislados en «cortijadas», muchos miles de personas. En estas circunstancias es difícil no sólo la labor del apostolado religioso, sino también la simple enseñanza primaria. Aquí en estas zonas como, por ejemplo, en la de Lucena, andamos empujados en la construcción de escuelas y de iglesias. Escuelas tenemos cien funcionando y otras tantas preparadas para empezar. Todas ellas, con el complemento de una preformación profesional. Hemos ganado mucho terreno al analfabetismo, pero queda aún mucho por hacer... Y además de la escuela y la iglesia, a estos grupos dispersos de población campesina, que suman a veces las 8.000 y las 12.000 almas, hay que darles párrocos motorizados para que puedan cumplir eficaz y verdaderamente su misión.

La principal dificultad es siempre la misma: el dinero. Y la regla general, también la misma: los pobres son más generosos, abren el bolsillo con más facilidad que los ricos.

Pero, pese a estos problemas,

el nivel religioso de Córdoba actualmente no es malo.

—La práctica religiosa aumenta mucho en toda la diócesis. Sobre todo en los sitios donde el clero es joven. Y hay en las clases altas más conciencia de sus deberes sociales. Cambian los tiempos, y las generaciones jóvenes, los hijos de los terratenientes, que nunca quisieron oír hablar de estas cosas, asisten hoy a las conferencias de las Semanas Sociales, donde abordamos, según las directrices de la doctrina social católica, entre otras cosas, el problema del campo andaluz... No, no voy a decir ahora nada sobre el asunto. Ya lo dije en las conferencias.

Piensa un momento y concluye:

—Tampoco tenemos actualmente ningún problema de predicación de pastores protestantes. Aparece alguno de vez en cuando. Pero hasta ahora ninguno sincero, serio. Los que han andado por aquí en los últimos tiempos no han venido a hacer religión: han venido a deshacerla. El pueblo no les hace caso.

Son las dos de la tarde. Me despido de fray Albino. El me recuerda:

—Le espero a las tres y media. No lo olvide.

—No lo olvidaré, señor obispo.

#### LA AFICION AL CAMPO. LA OTRA CORDOBA

A las tres y media subo de nuevo las escaleras del palacio episcopal. Desde la galería que precede al antedespacho del obispo veo, porque la puerta está abierta, a fray Albino, ya preparado, cubierto con la teja, puesto el sobretodo, empuñando su bastón y rodeado de tres monjas. Las dos belgas de la estación y otra con un hábito muy parecido. Me detengo. El me ve y me llama con una seña de la mano. Me uno al grupo. Y fray Albino me dice, abarcando con la mirada a las monjas:

—Les estoy enseñando el palacio. Usted tampoco lo conoce. Venga con nosotros.

Y vamos recorriendo las amplias salas y los largos pasillos. El guía y explica en francés. Y su bastón va señalando tapices y cuadros: San Acisclo, Patrón de la diócesis... Severo, primer obispo conocido de Córdoba...; el gran Ossio...

Los naranjos, los limoneros y los altos cipreses del jardín arrancan exclamaciones de admiración a las dos monjitas belgas. A la otra, no. Es española. Mientras ellas contemplan el jardín, fray Albino me habla de su afición al campo:

—No he olvidado mi ascendencia campesina. Me gustaba mucho el campo. Conozco todos los árboles y arbustos. En Tenerife había muchos injertos. Y ahora, cuando tengo una tarde descargada de trabajo, me subo a San Antonio, donde tenemos una casa de Ejercicios, dejo el coche y paseo por el campo. San Antonio está a unos cinco kilómetros de Córdoba.

Terminada la visita al palacio salimos, distribuidos en dos coches, camino del Campo de la Verdad: una extensión llana, al otro lado del Guadalquivir, don-

de se alza «la otra Córdoba», la de fray Albino. Porque fray Albino ha empezado, y lleva muy adelantada, una obra para la que el nombre de barrio o barriada o ensanche viene chico, y por eso la llama, para dar una idea de su magnitud, «la otra Córdoba».

No tenemos aquí espacio para referir detalladamente la pequeña historia de esta gran obra, ni entra tampoco en nuestro propósito hacerlo. Ya la ha relatado a los lectores nuestro compañero Costa Torró, en el número 293 de EL ESPAÑOL. Baste, pues, decir que cuando fray Albino llegó a la diócesis cordobesa, el Campo de la Verdad era un suburbio, separado de la ciudad por el río, unido a ella por dos puentes, donde vivían, hacinadas en barracas y chozas, miles de familias. Que fray Albino estudió el problema, planeó cuidadosa y rápidamente la solución y empezó a hacer, a moverse, a realizar. Que fundó la Asociación Benéfica «La Sagrada Familia», consiguió créditos del Estado y donativos de los cordobeses, y que hoy lleva ya entregadas más de 4.000 viviendas, de las que disfrutan unos 20.000 beneficiarios.

A la entrada de este nuevo núcleo urbano nos apeamos de los coches. Un grupo de niños se acerca corriendo y rodea al obispo. Besan el amatista y se quedan mirándole un rato inmóviles. El conoce a muchos, por sus nombres. La algarabía infantil atrae a las mujeres, a las madres. Y ya durante todo el paseo no cesarán los saludos al señor obispo.

Las calles son rectas. Las casas, blancas, nunca más altas de dos pisos, y todas con un pequeño patio. El principio que ha orientado la construcción podría resumirse así: «Casas de una sola planta para una sola familia y con patio.»

—Y esto no sólo por una razón de economía en la edificación. También por una razón psicológica. Para favorecer la individualidad, para encariñar a las familias con «su» casa, y estimular así la formación de hogares cristianos... El detalle del patio es aquí muy importante. Aquí, a las familias obreras no les parecería completa una casa sin patio.

El obispo se detiene frente a una casa. El bastón da unos golpecitos discretos en la puerta. Una mujer abre. Se inclina ante el obispo, besa el anillo pastoral, nos da las buenas tardes y nos enseña la casa. Pequeña y limpia: una cocina-comedor, un dormitorio, un patio.

Cuando salimos, fray Albino explica:

—Este es el tipo de vivienda más reducida. El más barato: treinta y cinco pesetas al mes.

Más adelante visitamos otra de tipo mayor de las de alquiler más elevado: 250 pesetas al mes.

—Los beneficiarios tienen una propiedad efectiva: pueden transmitir el piso a sus herederos, legítimos o adoptivos, y salvo justa causa —conducta inmoral, etcétera—, no pueden ser desalojados. No tienen, desde luego, la propiedad jurídica. No pueden vender, ni hipotecar, ni disponer...

#### NO FALTA DETALLE.— LA FABRICA DE LADRILLOS Y LA PANADERIA. UN EQUIPO DE FUTBOL Y UN ECONOMATO

No le falta detalle a esta nueva ciudad nacida al costado de la ciudad vieja. Hay de todo en este «sector social» de Córdoba.

Hay que ver a fray Albino enseñar, con legítima satisfacción, «su ciudad». Hay que ver con qué aire de alcalde perfecto la recorre, bastón en mano, de punta a punta. Y hay que oírle explicar la. Cuando en el amplio patio de butacas del cine Séneca específica:

—Ochocientas localidades, luz fluorescente y paredes forradas de «vitrofibra»...

Y cuando luego en «El Jardín», bar y restaurante, recuerda:

—Aquí comió un día el Capitán General de la región. Y me llamó por teléfono cuando le presentaron la factura: «Fray Albino, le llamo desde «El Jardín», donde acabo de comer. No hay derecho a cobrar tan barato por una comida tan buena.»

Por lo visto en «El Jardín», por muy pocos duros sirven un verdadero banquete.

Sí. Hay que ver y oír al señor obispo enseñando su obra. Hay que verle en esta tarde soleada entrar en la fábrica de ladrillos



Un momento de la entrevista de fray Albino González Menéndez-Reigada con nuestro enviado especial



En 1948 el obispo de Córdoba y el entonces obispo auxiliar de Madrid, doctor Morcillo, visitaron Méjico. Allí, en el Centdo Leonés, fué tomada esta fotografía

que sirve a las necesidades constructoras de la «Sagrada Familia», y ya en ella, sobre el terreno, oírle explicar todo el proceso de la fabricación, que conoce perfectamente, pues no en balde también esta fábrica es obra de su obra.

Hay que verle mostrar en un secadero los moldes húmedos de color grisáceo.

—Aquí deben estar los ladrillos cinco días. Hasta que queden bien secos, porque si se meten húmedos en el horno se rajan, se quiebran...

Y trepar luego al techo del gran horno y señalar con la punta del bastón una pequeña boca por la que se divisa, allá abajo, el rescaldo ardiente del fuego:

—Es un horno continuo. En veinticuatro horas puede cocer de 15.000 a 20.000 ladrillos.

Vemos después el local limpio y grande de una panadería perfectamente mecanizada, donde amasan con ritmo igual y continuo las máquinas. Y luego, un bien provisto economato, en el que fray Albino, con gesto experto, golpea con los nudillos los grandes depósitos metálicos de aceite y anuncia sin error:

—Este, vacío... Este, lleno... Aquí hay poco...

Este economato funciona de una manera especial: con un sistema de cartillas familiares que administra la mujer, gracias al

cual una parte del salario del marido se libra de todo posible despilfarro y cubre las necesidades de comida o vestido de la familia.

Está todo previsto y bien resuelto en esta «ciudad». Solamente una cosa se ha ido un poco para abajo: el equipo de fútbol. El «San Alvaro», al que llamaban popularmente «el equipo del obispo». Hubo que traspasar a los mejores jugadores, a Quirro, por ejemplo, que fué, según dicen, máximo goleador de Andalucía alguna temporada.

Frente al estupendo campo deportivo, rodeado de torres metálicas provistas de reflectores, situado en el recinto de un grupo escolar donde reciben instrucción y se inician en un oficio unos 500 niños, el obispo recuerda los éxitos del «San Alvaro»:

—Iba muy bien. Estaba a punto de subir a Segunda... Bueno, ahora, con el dinero que ganan los jugadores, esto casi podría considerarse un campo «de formación profesional».

Rien las monjitas. Reímos todos. Y seguimos la visita.

Por si todo esto fuera poco, hay también una carpintería que construye al año 5.000 ventanas y 3.500 puertas; una fábrica de cerámica, otra de cemento, una cerrajería, un grupo escolar donde reciben instrucción y formación profesional 500 niños...

La actividad sorprendente de este obispo, verdaderamente excepcional, guarda todavía, cuando parece tocarse el límite del hacer de un hombre, nuevas sorpresas. Todavía hay más cosas, todavía quedan nuevas proyecciones de esta anchísima acción episcopal: los Patronatos de San Eulogio, de la Fuensanta, de San Alberto Magno; el Hogar de Nazaret, para recoger a vagabundos y mendigos; el Colegio Femenino de San Rafael, del que hablamos en nuestro reportaje sobre las mujeres cordobesas...

Y aun va a ensancharse más esta nueva ciudad. A la primera fase, que llenó de casas el llano, y a la segunda, que cubrió una colina, se unirá pronto un tercer ensanche por la parte de la carretera de Sevilla. Y a todo ello hay que añadir el barrio extendido junto a la carretera de Madrid: el edificado en los terrenos que regaló a la Asociación don Antonio Cañero.

#### OBRA Y TRABAJO, NO HONRA Y DIGNIDAD. «¡ALLI!»

Al regreso, después de haber contemplado a fray Albino en el centro de su obra, vuelvo pensando que seguramente ninguna necesidad de la comunidad de los fieles, si lícitamente puede ser satisfecha, debe considerarse ajena a la misión apostólica. Y mucho menos si tal necesidad, como esta de la falta de viviendas adecuadas, repercute tanto en la moral individual, familiar y social.

Cuando, en el patio del palacio episcopal, ya entre dos luces, me despedía de fray Albino, se acercó a nosotros un joven obrero, a juzgar por su «mono» azul. Y sin ningún gesto de reconocimiento, sin ninguna clase de saludo, preguntó tranquilamente:

—¿Dónde hay una fuente donde se pueda beber agua?

Esperaba que el señor obispo, por muy buen humor que tuviera en ese momento o por mucha paciencia que tenga siempre, se molestaria, que de alguna manera llamaría la atención al joven por su falta de respeto. Me equivoqué. Fray Albino se limitó a responder con amable naturalidad:

—Allí.

Y tendió en el aire su bastón en la dirección indicada.

Varios días después he leído en San Agustín, en «La ciudad de Dios», que obispado antes denota obra y trabajo que honra y dignidad.

Y ahora, después de hablar con el obispo de Córdoba y después de ver su obra, comprendo hasta dónde pueden llegar las obligaciones de un obispo hacia los fieles de su diócesis. Y cuánta carga pesa sobre los hombros de un prelado. Y con cuánta humildad cristiana pueden realizarse obras tan espectaculares.

Sí. Ahora comprendo la amable respuesta de un obispo activo e incansable a un joven sediento y despistado: «Allí».

Diego JALON

(Enviado especial).



# UNA RIQUEZA ESPAÑOLA

Por Genaro RIESTRA

Gobernador Civil de Vizcaya

NINGUNA cosa, ninguna disciplina, cuanto a España pueda referirse o le pueda a España interesar, puede ser indiferente a la inquietud de nuestra Falange, a la constante inquietud falangista, puesta cada día, a veces con renunciaciones que dejan huella profunda en muchos espíritus o con asimilaciones para las que hay que hacer un verdadero esfuerzo de comprensión, al mejor servicio del porvenir español, que poco a poco se va labrando seguro, tranquilo y permanente por el esfuerzo y la voluntad y la sabiduría del Caudillo, que nos ha dado a los españoles un lugar digno bajo el sol.

Por ello, por ese constante pensar en la superación en el servir, cuanto con el vascuence pueda relacionarse había de tener lugar de preeminencia en la preocupación de los falangistas vizcaínos; porque siendo el vascuence una incalculable riqueza lingüística nacional es indudable que todos los españoles tenemos la obligación de defenderla como joya preciada de la gran unidad española, para que jamás pueda perderse, ni caer en desuso, ni menos quedar como si fuera cosa propia, en poder de quienes, por tener para todas las cosas de España el sentido pequeño, anticuado y aldeano de que dieron grandes pruebas desde que nacieron a la vida y hasta en connumeradas reuniones internacionales, en las que andaban enredando por los pasillos, quisieron reducir el vascuence con lamentable error a la condición de idioma vernáculo de montaña, pero ni siquiera de todas las montañas que adornan o entorpecen nuestra geografía, sino al terreno ondulado sobre el que se desparrama la maravillosa pincelada de las cacerías.

Para evitar tamaño error, la Falange de Vizcaya decidió crear el Centro de Estudios Vascos, que quedó constituido en Bilbao en marzo de 1952, por «la necesidad de atender las inquietudes culturales del País Vasco, principalmente producidas en Vizcaya, donde una gran cantidad de curiosos del saber de las costumbres, lengua, folklore, cultura, han ido produciendo aisladamente una serie de producciones científicas con un tono en algún caso anárquico, obliga a pensar

en crear una organización que, reuniendo todas esas inquietudes, les dé cauce norma y científico que sirva a los grandes intereses de la Patria». Así, con esta claridad de exposición, reza su reglamento.

La Junta Rectora del Centro de Estudios Vascos está constituida por diversas personalidades, entre las que se encuentra un representante de la Junta de Cultura de Vizcaya, otro de la Academia de la Lengua Vasca, un tercero del Museo Arqueológico y Etnográfico, así como un representante de la Diputación Provincial, uno más del Departamento Provincial de Seminarios y otro del S. E. U.

No se quedó todo en la constitución del Centro de Estudios Vascos; no podía quedarse como tal vez se quedaron en ocasiones otras cosas en el mero comienzo. Sus primeras armas las hizo durante el otoño de 1952, publicando la obra del doctor don Juan de Gorostiaga, «La épica y la lírica vizcaína antigua».

En 1954 el Centro de Estudios Vascos organizó en Bilbao un ciclo de conferencias sobre temas vascongados siendo el tema central de todas las disertaciones el de «Vasconia, tierra de España». En verdad habrá que reconocer que aquel ciclo suscitó el mayor interés. No podía ser de otro modo.

La primera conferencia estuvo a cargo de Joaquín de Zuazagoitia, Alcalde de Bilbao y Consejero del Reino sobre el tema «Pintura vasca». No estuve en aquella conferencia que se celebró en el salón San Vicente el 13 de enero porque andaba ausente de Vizcaya en aquellos días acompañando a la Diputación Provincial para rendir el homenaje de la provincia a quien la liberó al igual que a toda España, de la ruina y del caos, producidos aquí más estúpidamente que en otras partes cuando el comunismo y sus secuaces se lanzaron a la conquista de nuestra Patria; pero supe que la conferencia sobre tema que tan bien domina, como tantos otros, nuestro Alcalde, fué por demás interesante y del agrado del público que llenó el teatro. Zuazagoitia, que es un conversador inestimable en múltiples ocasiones tiene como conferenciante el acierto

de saber muchas cosas de gran interés pero además, el de acompañarlas con un movimiento convincente de las yemas de los dedos que va protegido por una mirada inquisidora sobre el auditorio, lo que da a su saber el escenario suficiente para que el público que escucha pase con entusiasmo de lo serio a la broma, de lo histórico a la anécdota...

La segunda conferencia estuvo a cargo de don Juan de Gorostiaga, de la Academia de la Lengua Vasca, como ya hemos dicho. No era aquella la fecha prevista para el señor Gorostiaga; pero una pasajera, aunque pesada, indisposición impidió que pudiéramos escuchar aquella tarde a don Julio Ortega Galindo, director del Instituto de Enseñanza Media de Bilbao. El doctor Gorostiaga tuvo por así decir, que improvisar una disertación, que resultó muy amena y entretenida porque durante buen rato estuvo exponiendo al auditorio las luchas en que hace cinco siglos se enfrentaron oñacinos y gambobinos—heroicos caballeros a los que ahora el mundo, con una concepción mucho más modernista, hubiera calificado en derechas e izquierdas, porque ellos tampoco hubieran podido sustraerse, para bien o para mal, a lo que estas denominaciones significan en la nomenclatura presente—llevando de luto en aquellos tiempos las tierras vascongadas. También el público estimó en mucho aquella conferencia, por lo que tuvo de historia y lo que tuvo de anécdota.

Fué después don Mario Grandes de la Cátedra de Estudios Vascos «Manuel de Larramendi» de Salamanca, quien destacó la importancia y complejidad de los problemas lingüísticos del vascuence, resumiendo los periodos más destacados de este idioma, estudiando sus orígenes y la coincidencia con elementos semejantes en un área de dispersión nórdica muy extensa y analizando, finalmente el substratum lingüístico peninsular anterior a las invasiones indoeuropeas en relación con el vascuence.

El conde de Urquijo y de Ospín de Urquijo fué conferenciante magnífico al hablarnos sobre «La nobleza vizcaína», poniendo de relieve los estudios monográficos sobre la nobleza de esta tie-

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina:  
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :-: Oro, 2.455 :-: BUENOS AIRES  
Distribución exclusiva en México:  
QUEBOMON EDITORES, S. A. :-: Revillagigedo, 25 :-: MEXICO, D. F.

rra, que tan activa parte tomó a lo largo de la Historia ayudando resueltamente a los Reyes de Castilla durante la Reconquista, analizando las interesantísimas figuras de algunos de aquellos nobles vizcaínos y exponiendo agudamente la situación creada por las tendencias aristocrática y democrática en el siglo XVII. Afirmó entonces Urquijo que la historia de Vizcaya está aún por escribir y elogió cálidamente la labor que en tal sentido realiza la Diputación Provincial. En vibrantes párrafos exaltó los deberes que corresponden a la nobleza, su vinculación a la provincia y a la gran patria española y su sentido trascendente si cumple su cometido, para la debida organización de la sociedad.

Finalmente, el 23 de febrero vino a Bilbao a clausurar este ciclo en verdad del mayor interés para el público, el rector magnífico de la Universidad de Salamanca, nuestro camarada Antonio Tovar, quien comenzó aludiendo a su estancia anterior en Bilbao con ocasión del homenaje que se tributó a don Resurrección M.<sup>a</sup> de Azcué. Explicó el nacimiento de la cátedra «Larramendi», de la Universidad de Salamanca con el nombre del sabio jesuita que en aquella ciudad imprimió, en 1729, su famoso libro para el estudio del vascuence, del que, por cierto, yo poseo un ejemplar, comprado en Madrid hace un par de meses. Y aunque seguramente Tovar habrá tenido mucha mayor parte en la creación de la cátedra que yo, no estará por demás que diga que ya en 1951, cuando Ruiz-Giménez acababa de ser nombrado Ministro de Educación Nacional hablé de este asunto con él y le expuse mi criterio de que en las Universidades de Madrid, Salamanca o Valladolid debería crearse una cátedra de vascuence,

porque por ser una riqueza española no podía dejarse abandonada ni en manos de quienes pretendían utilizarla con fines que no eran precisamente de cultura. Joaquín Ruiz-Giménez me escuchó con gran interés, tomó sus notas y habrá hecho lo que estimó más conveniente, que en este caso fué crear en Salamanca la cátedra «Larramendi».

Tovar puso de relieve el trabajo concienzudo y de equipo en que se asienta la moderna investigación, presentando ejemplos prácticos a base de fichas, y estudió entonces detenidamente las analogías del vascuence con otras lenguas sobre todos las del Cáucaso, con las que aquella guarda parentesco cercano desechando la teoría del origen africano del vascuence, de cuya extensión primitiva y su contacto con las de otros pueblos hizo un acabado estudio.

Como colofón a las conferencias, «Zumárraga», la revista que se titula a sí misma «de estudios vascos» publicó, en un cuidadoso ejemplar, el texto de todas las pronunciadas. Esta revista está editada por la Delegación Provincial de Educación Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S. y dirigida, magníficamente dirigida hasta ahora por Fermín García Ezpeleta, que ha logrado en todos los números de «Zumárraga» que lleva publicados—no muchos, porque el coste es grande y los caudales no tantos—, dar satisfacción a los espíritus más críticos y exigentes.

Todos los números de «Zumárraga» fueron enviados a centros, bibliotecas y personalidades vinculadas con esta rama del saber, no sólo en España sino también en el extranjero, y aun a circulares no dispuestos a aceptar con alegría nuestros afanes. Por este estado de ánimo tan pintoresco hubo un señor—¿será bueno llamarle cavernícola?—que desde el

otro lado de los Pirineos lanzó en castellano único idioma que conoce, este grito cerril: «Salvese el vascuence, aunque lo salven los fascistas». Por lo visto se refería concretamente a los esfuerzos de Tovar y a los nuestros, más modestos, pero también con la mayor intención.

Y para poder llevar una labor de conjunto y una dirección que asegure el éxito en la empresa, el Reglamento del Centro de Estudios Vascos establece que «se considera vinculado desde su nacimiento a la cátedra de vascuence de la Universidad de Salamanca, entendiéndose que en todo cuanto se relacione con la labor científica cultural, folklórica queda disciplinadamente sometido a la labor que la cátedra realice».

Para el próximo año existe el proyecto de comenzar en enero con otro ciclo de conferencias, para las que se ha invitado ya a Zuazagoitia, Javier de Ibarra, don Juan Irigoyen, don Julio Caro Baroja, el señor Maluque, catedrático de Arqueología de la Universidad de Salamanca, y finalmente José Félix de Lequerica. Existe también el proyecto de traducir el libro del doctor Karts, catedrático de la Universidad de Estrasburgo, «Ensayo sobre el origen de los vascos iberos y de los pueblos emparentados con ellos».

Como podrá verse, nuestro empeño no es pequeño ni nuestro descanso continuo. Cuando se trate de trabajar por España, la Falange tiene siempre un quehacer en puesto de vanguardia. Y si no lo tuviera, nosotros los falangistas tenemos la obligación de encontrarlo, para así mejor servir a nuestra Patria. Y esto, modestamente hacemos los falangistas provincianos de Vizcaya, que sólo aspiramos a servir a Dios, a servir a España y a servir a Franco, el único Capitán.

**“Vengo siguiendo tus ríos...”**

**“He visto correr el Miño...”**

**“He visto nacer el Ebro...”**

Estos son los primeros versos de los

## **“TRES ROMANCES”**

de ANGEL LAZARO, que puede usted leer en el número 39 de

# **POESIA ESPAÑOLA**

Admón.: Pinar, 5, Madrid - Precio del ejemplar, DIEZ PESETAS.

# DE FRACASO EN FRACASO

EL PARTIDO COMUNISTA BRITÁNICO ES UNA DE LAS ENTIDADES MÁS CURIOSAS DE QUE SE TIENE NOTICIA

Los rusos no toman en serio a sus líderes

EL partido comunista inglés es una de las entidades más curiosas de que se tiene noticia. Es la hermana menor de todos los demás partidos comunistas, y he- te aquí que los ingleses, que se tienen por superiores al resto del mundo son inferiores hasta a Luxemburgo cuando se trata de comunismo.

Cuando comenzó la guerra pasada, el órgano comunista británico, el «Daily Worker», publicó titulares indignados «acusando a los capitalistas de atacar a Alemania, «el país socialista por excelencia», y de hacer la guerra por motivos de lucro personal. Todo fué bien hasta que Alemania atacó a Rusia, y entonces hubo que tragarse todo lo dicho y dar un viraje en redondo. Pollitt, el jefe del partido, y varios de sus subordinados, incluyendo los redactores del periódico culpable, estuvieron en desgracia con Moscú durante mucho tiempo por no haberse andado con más cuidado al alabar a los nazis; sólo o hace relativamente poco tiempo volvió Pollitt al favor moscovita: el calendario oficial ruso publicó su efigie a la cabeza de uno de los meses e imprimió su biografía en resumen al revés de la página.

Los rusos no toman en serio al partido comunista británico; por ejemplo, sus líderes no son nunca invitados a las fiestas diplomáticas de la Embajada soviética y reciben órdenes por medio de intermediarios, como se hace con los criados de menor importancia en una casa grande.

La razón es que, desde que concluyó la guerra, el partido comunista inglés ha ido de fracaso en fracaso y de error en error. Cuando la opinión inglesa era históricamente rusófila, los comunistas prosperaron y el partido llegó a contar con casi doscientos mil miembros (cito de memoria, pero por ahí se andaba); sus líderes pronunciaron varios discursos llenos de optimismo, en los que se decía que «Inglaterra sería enteramente comunista en cosa de años», el comunismo era «la doctrina del futuro», el Parlamento se vería invadido de diputados comunistas



El secretario general del partido comunista inglés interviniendo en un mítin comunista en una plaza céntrica de Londres

«elegidos por la voluntad del pueblo», y así todo.

Luego vino la realidad: de doscientos mil, el número de miembros bajó a cosa de treinta mil, más o menos los que tiene ahora; el «Daily Worker» bajó de diez páginas a las cuatro que tiene ahora, mal impresas en mal papel; el optimismo de los líderes descendió a varios grados bajo cero.

La culpa de este fracaso espectacular es más que nada psicológica. Los comunistas británicos carecen de las dos cualidades imprescindibles para triunfar con la masa inglesa: adaptabilidad y sentido del humor. Tanto es así que, hace pocos meses, Pollitt hubo de recomendar en un discurso «que los comunistas debieran humanizarse, mezclarse con la gente de la calle, ser como ellos, reír, contarse chistes, hacer el

amor». Para que esta recomendación adquiriera carácter oficial y devenga, por tanto, una orden, es preciso que la situación sea verdaderamente seria. Esas masas de chicos mal vestidos, que van por la calle rumiando sus teorías marxistas y su fracaso no pueden causar mucha impresión en el inglés medio, que tiene televisión y refrigerador, va al teatro y envía a sus hijos a escuelas estatales donde todo se lo dan gratis.

La falta de adaptabilidad se nota, más que nada, en la forma en que los candidatos comunistas intentan entrar en el Parlamento. Cuando el partido calcula que este distrito o el de más allá está



Harry Pollitt protegido por la Polleña. Es el jefe visible del partido comunista inglés



Douglas Hyde, ex redactor del periódico comunista «Daily Worker», cuya conversión tuvo universal resonancia

maduro para la causa, envía a su candidato seguido de toda la máquina comunista, bien organizada y mecanizada hasta el extremo. Generalmente se trata de localidades mineras u obreras, y el candidato suele también ser un minero o un obrero. que va a hablar a los electores en el lenguaje del hombre de la calle. Hasta ahí todo va bien, pero, con la campaña comienzan los errores: la táctica electoral se traza en el cuartel general del partido y es irrevocable; el candidato tiene que atenerse a ella, palabra por palabra, y cuando la experiencia le sugiere este o aquel cambio en el programa, el cuartel general le gruñe: «Usted obedezca y calle», como se hace con un perro discipulo o con un niño desobediente. El candidato mismo, impregnado de esa idea comunista de que los rusos y los ingleses son iguales, que un campesino húngaro hambriento y explotado es lo mismo que un minero galés gordo y reluciente, les habla de luchas de clases y de «explotadores burgueses», que no tienen sentido alguno en un país donde la situación comienza a ser la contraria, o sea que los mineros están volviéndose explotadores y los capitalistas explotados. Cuando le hacen preguntas difíciles, el candidato comunista replica con argumentos infantiles, fabricados, sin duda, para un auditorio del otro lado del «telón de acero», habituado a obedecer y callar. Resultado: que los candidatos comunistas fracasan espectacularmente cada vez que renuevan la lucha, que el partido pierde prestigio y se convierte en el hazmerreir de Moscú, París y Roma, y que los delegados soviéticos que vienen a Londres no acaban de entender la situación y la achacan a pereza: —¿Por qué no hacen ustedes lo mismo que los italianos, que tienen diputados en el Parlamento?

La respuesta es: porque toda la mentalidad comunista necesita un repaso de popa a proa, porque Inglaterra no es Rusia, porque el Occidente no es el Oriente.

Ultimamente, por ejemplo, los comunistas intentaron ganar un distrito electoral escocés; todos los argumentos del candidato se vinieron abajo cuando uno de los que le escuchaban le preguntó:

—Y, dígame, ¿cómo se llama el partido ruso que está en oposición contra el comunista?

—En Rusia—contestó el candidato—cualquiera puede oponerse al comunismo; lo que pasa es que todos están contentos y a nadie se le ocurre hacerlo.

O sea: lo blanco es negro y dos y dos son cinco; claro que con estas palabras no se engaña a nadie.

### LA CONSPIRACION CONTRA EL «DAILY WORKER»

Todos los redactores del «Daily Worker» saben que si por hecho o por be les echan del periódico tendrán que dedicarse a otra cosa, porque el resto de la Prensa británica les está cerrado a cal y canto. Hay alguna rara excepción, por ejemplo, cuando se trata de una conversión ruidosa, con valor propagandístico, como, por ejemplo, la de Douglas Hyde, ex redactor del «Daily Worker» y ahora redactor del «Catholic Herald», creo. Douglas Hyde se fué del «Daily Worker» y escribió un libro titulado «Yo creía», en el que explica su conversión y las razones que le indujeron a dejar el comunismo. Estas son las de siempre: el auténtico meollo de despotismo oriental encerrado en el hueso de igualdad y justicia social.

Como el de Douglas Hyde ha habido muchos otros casos; casi tan sonado como fué el de un cobrador de autobuses, miembro del partido comunista, que se fué de él y escribió un librito exponiendo el funcionamiento interno del partido; luego dió muchas conferencias y creo que aun sigue dándolas.

La tragedia del partido comunista es que se le van yendo tantos como le vienen; los comunistas frustrados suelen pasarse al laborismo, y llevan a él su mentalidad especial, de forma que, en cierto modo, puede decirse que buena parte de la fuerza laborista viene precisamente de su enemigo más enconado, el comunismo.

### LOS FONDOS DEL PARTIDO

El partido comunista inglés controla una serie de tiendas de libros esparcidas por Londres y provincias, y una editorial que se llama «Collet's»; en Londres, que yo sepa, tienen dos librerías, una especializada en libros en inglés y otro en idiomas extranjeros, principalmente del otro lado del «telón». Entre obras literarias y científicas de todo tipo hay mucha hojarasca propagandística y ediciones de autores comunistas a precios ridículos, más baratos que los que pedría ofrecer ninguna editorial, a menos que se expusiese a ir derecha a la bancarrota; la razón es, claro, que estos libros vienen de Rusia, donde se ponen en la cuenta de propaganda y es el Gobierno soviético quien paga. Además, la editorial estatal rusa se niega a aceptar pedidos de ninguna editorial o librería inglesa: todos los

negocios se realizan por medio de la agencia librera de «Collet's», que, de esta forma, tiene un monopolio valiosísimo. La editorial «Collet's» tiene por fuerza que perder dinero, porque sólo edita obras políticas de poco interés, excepto para comunistas o simpatizantes; es casi seguro que el capital con que se mantiene a flote viene de Rusia.

Hay además una tienda muy curiosa, también propiedad del partido, con dos departamentos: uno especializado en libros de cine y teatro y otro dedicado exclusivamente a vender discos de música negra y de «jazz»; esta última sección es utilísima, porque en ella se encuentran discos de segunda mano que no hay en ningún otro sitio. Lo curioso es que el «jazz» suele ser anatema entre los comunistas, y a pesar de ello, lo utilizan para ganar dinero donde quiera que no lo pueden prohibir.

El «Daily Worker» malvive vendiendo ejemplares a los miembros del partido; todo comunista consciente debe comprar dos o hasta tres ejemplares cada día, como si uno no fuera poco, y tiene, además, que comprometerse a vender cuantos le sea posible entre sus amigos. Una concida mía, que era comunista, me dice que ella y muchas otras amigas suyas tenían que levantarse todos los días a las siete de la mañana e ir a vender el «Daily Worker» por los barrios obreros de Londres. Los jefes comunistas las ordenaban ponerse pantalones largos, porque es lo que ellos decían que las falidas son cosa indigna de la mujer soviética.

Paradójicamente, el «Daily Worker» vive, más que de otra cosa, de las suscripciones oficiales; todos los ministerios, Embajadas, etc., le compran, porque es el órgano oficial de un partido político y entre todas ellas deben sumar varios miles de ejemplares todos los días. En último caso siempre está a mano cierto misterioso donante que en cuanto el partido o su órgano diario se ven en apuros económicos, apocuína cuanto haga falta; es casi seguro que el misterioso donante es la Embajada rusa, pero de ello no hay pruebas concretas.

### LA EMBAJADA RUSA EN LONDRES

Por eso de que hay que disimular para que la gente no vaya por ahí diciendo cosas, la Embajada rusa de Londres está situada en plena «Calle de los Millonarios», y limita al Norte y al Sur con los palacios de dos marajás indios de lo más reaccionario. La Embajada la forman cinco grandes edificios, cerrados y ceñudos, con su antena de radio privada; con ella los rusos recogen directamente noticias de Radio Moscú y así saben cuál es la línea oficial.

Un periodista inglés conocido me cuenta que, cuando la muerte de Stalin le solía ir todos los días a la Embajada y preguntar por el agregado de Prensa. Por la cara del portero, mi amigo deducía la situación política en Moscú; el primer día le recibió ceñudo y le dió con la puerta en las narices; el segundo le dió los buenos días y le dijo que el agregado de Prensa es-

taba fuera; el tercero le ofreció un cigarrillo y le dijo que el agregado de Prensa volvería de un momento a otro; por fin llegó un día en que mi amigo consiguió ver al agregado de Prensa, y al día siguiente se supo en Europa que Malenkov había asumido el Poder. Ahora, mientras se averigua lo que va a ser de Kruschef, el portero de la Embajada soviética ha vuelto a fruncir el ceño, y los comentaristas políticos ingleses le vigilan de cerca, para ver si lo desfrunce o no, y deducir de ahí los avatares de la política soviética.

### LOS TURISTAS

Todo el mundo conoce la historia de Stalingrado y la de Coventry; esta última ciudad dió incluso un nuevo verbo a muchos idiomas europeos de forma que se decía «coventrizar» como ahora se dice «atomizar». De Stalingrado no ha salido verbo alguno porque la palabreja es difícil de pronunciar; «stalingradizar» suena tan feo que si uno lo dice en frente de una persona mayor luego no hay forma de convencerla de que no quiere decir nada malo.

Pero el caso es que Coventry y Stalingrado se han puesto de acuerdo en pasarse el día visitándose mutuamente; los Ayuntamientos de ambas ciudades, por eso de que haber sido destruidas al mismo tiempo por el mismo enemigo es cosa que no ocurre nada más que una vez en la vida, no hacen más que enviarse delegaciones oficiales, con todos los gastos pagados, y cambiarse pergaminos con declaraciones de amistad mutua y enemistad conjunta contra el fascismo (aunque ambas seguras que quieren decir cosas distintas cuando dicen «fascismo») y apelar a las grandes potencias para que se desarmen y afiancen la paz del mundo dando buen ejemplo. El Rey de Inglaterra, Jorge VI, envió a Stalingrado una espada con la inscripción: «Al Pueblo de Stalingrado como muestra de admiración por su heroísmo», o cosa semejante. La espada, según gente que visitó el museo municipal de Stalingrado, había sido retirada a raíz de concluir la guerra, y no se la veía por ningún sitio; el Ayuntamiento de Coventry, intrigado, envió un mensaje al de Stalingrado, preguntando dónde estaba la espada aquélla; los concejales de Stalingrado replicaron a vuelta de correo: «En el museo municipal, en el sitio de honor». Y, en efecto, allí está a partir de entonces, pero los que visitaron el museo antes de que Coventry se interesase por su paradero aseguran que fué puesta a toda prisa en cuanto recibieron el telegrama de Coventry, y que antes no estaba allí.

Las delegaciones municipales de Coventry a Stalingrado y de Stalingrado a Coventry no son, sin embargo, el único intercambio social entre ambos mundos. Los laboristas ingleses han dado mucho que hablar a este respecto; durante el año pasado fueron, que yo recuerde, dos las delegaciones que hicieron el viaje de Londres a Pekín, pasando por Moscú. Todo el Gobierno soviético se volcó en honor de Attlee, Bevan y compañía; Malenkov



Desórdenes promovidos por los comunistas en Londres con motivo de un acto celebrado por los ex combatientes de las Brigadas Internacionales de España

incluso salió al jardín con Edith Summerskill, la estrella de la delegación laborista, y la regaló un ramillete de rosas. Estos labriscas, a su regreso, escribieron series de crónicas en la Prensa inglesa, explicando las incidencias del viaje y dando sus opiniones sobre el mundo comunista; Bevan, por ejemplo, dijo que era indudable que Malenkov era el amo del mundo comunista, y que saltaba a la vista que Kruschev no pintaba nada al lado suyo; cuánta razón tenía se vió aun no hace mucho. Es cosa curiosa que todos los políticos ingleses que han ido al otro lado del «telón de acero» y permanecido allí claramente unos días o todo lo más una semana, casi siempre vigilados de cerca, han vuelto dándose las de expertos infalibles en asuntos comunistas y pontificando «urbi et orbi» sobre todo lo que ocurre en Rusia, China y compañeros satélites.

Otro turista ilustre es el dean de Canterbury, que suele ir a Rusia y a China con cierta regularidad; cuando los comunistas acusaron al Occidente de utilizar armas bacteriológicas en la guerra de Corea, el dean dió en Londres una conferencia de Prensa en la que prometió oficialmente «dar pruebas incontrovertibles de la culpabilidad de las

Naciones Unidas»; la única prueba que tenía consigo era un rollo (en todos los sentidos de la palabra) de papel, escrito en chino:

—Aquí están las pruebas —dijo esgrimiendo su rollo—, aquí está la certidumbre de la culpabilidad de las Naciones Unidas.

Pero luego, cuando le pidieron que lo leyera, replicó que no sabía lo que quería decir; un periódico emprendedor tomó fotografías del rollo y se las envió, ampliadas, a un profesor de chino para que las leyera: resulta que no decía nada concreto, y que todo el rollo no era más que una serie de firmas de chinos que aseguraban haber visto millones de microbios saliendo de las bombas que tiraban los aviones norteamericanos.

### EL JEFE COMUNISTA DE CHELSEA

Hace cosa de dos años conocí a una chica inglesa que era miembro del partido comunista; para complicar la cosa más todavía era miembro ilegal, porque aun no tenía más que dieciséis años de edad, y para entrar en el partido hay que tener no recuerdo si dieciocho o veinte años como mínimo. Después de dos o tres meses conseguí convencerla de que con ser comunista no



Enérgica intervención de la Policía contra los agitadores comunistas en Londres

adelantaba nada, y que iba a ser mejor para ella dejarse de polticas y presumir un poco para ver si se echaba novio. Ella entonces escribió al jefe del departamento local del partido a que pertenecía, pidiéndole que la fuera de baja. El jefe replicó, exhortándola a que lo pensara, que llegaría un día en que el partido comunista se haría el amo de Inglaterra y entonces se iba a arrepentir; ella insistió y el jefe entonces quedó en ir a verla a su casa para ver si la podía disuadir. Ella, por si acaso, fué al campo, a casa de su padre, y volvió con un pistolón que éste había utilizado en los «comandos» durante la guerra pasada; cuando el jefe llegó le recibió sentada encima del pistolón, que estaba descargado, pero así y todo tenía un aire terrorífico. El jefe comenzó a exhortarla a que no dejara el partido, pero ella no le hacía caso:

—Lo que te pasa es que aun eres muy burguesa —le dijo el jefe entonces—. Tú lo que tienes que hacer es ir mucho con hombres, como hacen las buenas comunistas, tener alguna amistad...

Y al decir esto el jefe se iba acercando.

Ella entonces sacó el pistolón y el otro hubo de irse.

Al día siguiente la chica recibió carta de otro departamento del partido, ignorante aún de su decisión de darse de baja, en la que la ordenaban que fuese a trabajar a una fábrica como obrera, a fin de comenzar una célula comunista entre las otras obreras. La chica ni siquiera contestó.

### LOS CONGRESOS DEL PARTIDO

Los congresos del partido comunista británico son de pena; se reúnen en algún gran local de las afueras, acuden allí todos los afiliados, y hora tras hora escuchan discursos y conferencias todas ellas iguales, tomando resoluciones que todos saben imposibles de cumplir, dándose un bombre completamente fuera de la realidad y perdiendo cada vez más sus posibilidades de alcanzar mayores proporciones en Inglaterra precisamente porque insisten en mantenerse envueltos en sus propias nubes.

En un congreso pasado, por ejemplo, uno de los oradores aseguró que «la futura democracia popular británica juzgará a los políticos culpables de que Inglaterra esté preparando una agresión contra el pacífico bloque soviético y les castigará como se merecen». Ahora bien, ¿quién va a tragarse este galimatías? ¿Qué inglés va a votar por un partido que promete, entre otras cosas, condenar a la horca a Winston Churchill?

Cuando en los últimos días de Stalin comenzó a rumorearse en el Occidente que la Unión Soviética iba a comenzar persecuciones de teatro hebreas, conocido comunista británico sintió encenderse en su seno un súbito amor hacia todo lo que oiese a judío; se organizaron funciones de teatro hebreas, conciertos folklóricos hebreos; los miembros del partido recibieron orden de dejarse ver por Lon-

dres charlando amigablemente con gente que tuviese pinta judía, y así todo.

Pollitt, el jefe visible del partido (el verdadero jefe, el que hace y deshace, es invisible, se llama Palme Dutt, es un tipo siniestro e implacable, en contacto directo con la Embajada soviética de Londres, y se mantiene constantemente en la sombra, dejando a Pollitt las candilejas), dijo hace poco en un discurso «que los comunistas ingleses debieran entrar más en contacto con el pueblo, charlar, bromear, tener sentido del humor, hacer el amor, en fin, portarse como personas corrientes para ganarse la simpatía del pueblo».

Siguiendo estas instrucciones los comunistas ingleses no se llaman nunca comunistas, sino «socialistas», porque suena mejor; suelen apoyar todos los movimientos de emancipación colonial, organizando manifestaciones por la liberación de Chipre o de la Guayana, y ayudando cuanto pueden a los negros que vienen a trabajar a Inglaterra y que se ven rodeados de la hostilidad de los ingleses, a quienes no gustan los negros, y además tienen miedo de que vengan a hacerles la competencia y a quedarse con los mejores empleos.

### LA INFILTRACION EN LOS SINDICATOS

En este momento el partido comunista inglés está en plena batalla por la conquista de los sindicatos; la riña entre Bevan y Attlee parecía en un principio favorecer los intereses comunistas, pero la reconciliación en que concluyó (al menos en tanto que se sabe en qué parará lo de las elecciones generales) supone una derrota; a los comunistas les vendría que Bevan se fuera del partido llevándose consigo a buena parte de la masa laborista, diezmando los sindicatos y exponiendo a muchos diputados laboristas a ser derrotados en sus distritos electorales por un contrincante que goce del apoyo de Bevan. Esta perspectiva trae consigo confusión y desorden, cosas ambas de que los comunistas siempre sacan provecho; del seno de la división laborista surgiría probablemente un nuevo partido, aun más de izquierdas que Bevan, y con alguna política concreta, que es precisamente lo que a Bevan le falta. Este nuevo partido izquierdista sería tan similar al comunista, que quizá no le separara de él más que lo que actualmente separa, por ejemplo, al comunismo yugoslavo del moscovita. Sin contar además con que muchos laboristas de izquierdas, faltos de la jerarquía fuerte y unida que querrian ver a la cabeza de su partido, se desilusionarían y se irían con los comunistas.

La batalla por los sindicatos dura ya desde hace casi un año, y sus resultados exteriores no son hasta ahora más que cierto número de huelgas a las que los obreros fueron, o bien contra la voluntad de sus líderes o bien obedeciendo a regañadientes la voluntad de líderes abiertos o clandestinamente comunistas. Buena parte de los «enlaces sindicales», es decir, de los elemen-

tos que mantienen la disciplina sindical en las fábricas, son comunistas, y entre los mismos líderes hay miembros del partido. El peligro del comunismo británico no está en sus miembros, conocidos todos por la Policía, sino entre los simpatizantes, gente que para no poner en peligro su posición social o bien para poder ser más eficaces al partido, no se han afiliado, y cuyos nombres son conocidos sólo por Palme Dutt, Pollitt y alguno de los demás jefes. Si se produjera una guerra entre Rusia y el Occidente estos comunistas clandestinos seguirían en libertad, saboteando el esfuerzo nacional y recibiendo instrucciones del enemigo.

Frente a los que piensan que el partido comunista inglés tiene importancia precisamente por la calidad de sus fanáticos más que por el número, que es muy pequeño, hay gentes que, por el contrario, dicen que es un grupo de fracasados sin el menor interés, y que el error precisamente consiste en siquiera ocuparse de ellos. Yo conozco a más de un corresponsal situado aquí en Londres, que ni siquiera lee el «Daily Worker», y que se altera siempre que lee en la Prensa diaria artículos en respuesta o comentando los editoriales del órgano comunista: «Son éstos quienes le dan importancia—me dice—, lo mejor es no hacerles caso». La verdad, sin embargo, está en el justo medio: el partido comunista inglés carece de importancia mientras todo vaya bien, pero es una amenaza continua al acecho de lo que surja, dispuesta a sacar tajada de todo.

Los conservadores con frecuencia acusan a los laboristas de contar con el apoyo comunista en sus campañas electorales; el juego es de dos filos. A los comunistas les conviene que se diga esto, porque muchos de los electores laboristas lo creen y se sienten como anfibios, a medio camino entre ambos partidos; todo lo que sea ambigüedad y ambigüedades es bien venido en el partido comunista. Por esta misma razón los laboristas se desesperan cada vez que los conservadores les acusan de servirse de votos comunistas; no pueden decir que es mentira, porque, por ejemplo, durante las elecciones generales anteriores los dirigentes comunistas ordenaron a sus cuarenta y pico mil electores que votaran laboristas, pero sí pueden decir que no es culpa suya, que ellos no buscan esos votos. Los conservadores insisten, porque esperan que considerando a ambos peces del mismo color, muchos ingleses prrosocialistas, pero anticomunistas, se pasen al conservadurismo. Yo no sé hasta qué punto este truco de los conservadores sea juego limpio; usar armas de largo alcance para objetivos inmediatos es, cuando menos, imprudente.

### LOS ESPÍAS Y LOS INGENUOS

Durante los dos o tres años pasados se han producido casi regularmente casos de espionaje, cuyos protagonistas fueron a dar con sus huesos en la cárcel, o bien hubieron de poner pies en

polvorosa. Hay un barco soviético misterioso llamado «Bieloostrof», que viene periódicamente al puerto de Londres y trae consigo enormes valijas diplomáticas; un gran coche negro de la Embajada suele ir a recogerlas, y de vez en cuando desembarca o embarca gente. Se sabe que varios altos jefes de la Policía rusa, o incluso técnicos en espionaje y sabotaje han venido a Londres en el «Bieloostrof» y vuelto una vez cumplida su misión; el «Bieloostrof» es también el vehículo normal que se utiliza para transportar nuevos empleados consulares o diplomáticos de Londres a Rusia y viceversa. Casi siempre que se producen huelgas o disturbios en las zonas industriales o mineras de Inglaterra el «Bieloostrof» viene al puerto de Londres pocos días antes; que sea mera coincidencia o que traiga instrucciones para el partido comunista es cosa que podría discutirse, pero la regularidad de la coincidencia la haría única en su género.

Hace dos años un inglés joven, que estaba empleado en el departamento de claves secretas en el Foreign Office resultó haber estado en comunicación con un agregado de la Embajada rusa; fué detenido y juzgado; el resultado fué que el infeliz fué a la cárcel por idiota, pues su desliz no le produjo más que unas cuantas cenas gratis con el agregado en cuestión, las cuales, además se volvían peores a medida que iba pasando el tiempo, mientras que el agregado volvía a Rusia en el «Bieloostrof».

Pocos meses después se produjo lo que pudiéramos llamar «El caso de los agregados torpes»; dos agregados recién llegados a la Embajada rusa, los cuales decidieron que la mejor forma de triunfar en la vida consistía en descubrir grandes secretos militares occidentales a toda prisa, fueron por ahí los hombres preguntando a los obreros de las fábricas de aviones y mezclándose con cuanta gente podía lejanamente saber cosas de interés para Rusia, ofreciéndoles dinero y qué sé yo qué de la forma más torpe e imprudente del mundo. Los futuros sobornados comunicaban inmediatamente con Scotland Yard y ambos agregados se vieron de la noche a la mañana declarados indeseables por el Gobierno británico y empaquetados para casita en el «Bieloostrof».

Hace unas semanas asistimos al «Caso de Megaloman»; un infeliz que se las daba de «enviado especial para Inglaterra de la República Popular de Alemania oriental» y ya es largo el título. Tenía papel impreso con el membrete y todo tipo de certificaciones; vivía de pensión en un suburbio y andaba por ahí tratando de congraciarse a los rusos de la Embajada, que al principio le tomaron en serio, pero acabaron por mandarle a paseo. Finalmente se vió envuelto en un asunto feo de espionaje frustrado, se olvidó la cartera en un banquete, alguien la recogió y resultó estar llena de documentos comprometedores, de modo que fué a la cárcel donde está todavía.

Al lado de estos casos de poca

importancia tiene que haber otros más importantes que, o no salen a la superficie o no son descubiertos. Un periódico inglés hace poco dijo que en la Embajada soviética estaba nada menos que Ernest Wollweber, el experto en sabotaje que organizó el hundimiento de muchos convoyes nazis durante la guerra pasada, y que al parecer estaba dándoles los últimos toques a unas cadenas de huelgas y agitación que iban a abarcar todos los puertos ingleses sin dejar uno.

### LOS TRAIADORES QUE DAN IMPUNES

Hace pocos días un diputado en la Casa de los Comunes se levantó para exigir que Dick Winnington y los demás periodistas ingleses que fueron enviados a Corea por el «Daily Worker» fuesen juzgados como reos de alta traición y condenados a las máximas penas. El ministro responsable prometió examinar el asunto y al día siguiente informó que, por desgracia, ninguno de estos fulanos había cometido técnicamente faltas que sirvieran para acusarles de alta traición. La distinción al parecer consiste en que la guerra de Corea era de las Naciones Unidas contra Corea del Norte, no de Inglaterra separadamente o de las demás naciones que combatieron en ella contra China. Por tanto, los periodistas del «Daily Worker» fueron allá y cometieron una ofensa contra las Naciones Unidas, no contra Inglaterra, a pesar de que pronunciaron conferencias ante los prisioneros británicos y maltrataran a los oficiales llamándoles «malditos fascistas» y otras cosas insultantes. Winnington sobre todo, se refoicó contra ellos diciéndoles que estaban traicionando la causa del pueblo y demás «clichés» comunistas de esos que pasan sólo cuando los que los oyen no pueden o no les conviene protestar. En el caso de Winnington sin embargo, concedió el ministro, podrían conseguirse pruebas de que haya cometido alta traición, pues parece haber insultado la bandera inglesa o haber infringido las leyes de lealtad a la Corona, que rigen incluso cuando el país técnicamente está en paz; lo malo es que Winnington está ahora en China haciendo de asesor de Prensa del Gobierno comunista y no tiene ninguna intención de volver a Inglaterra. Es posible que las leyes que regulan los crímenes de alta traición sean ahora modificadas en el sentido de que si una persona colabora

con el enemigo de las Naciones Unidas cuando haya tropas británicas en el contingente de éstas, sea culpable igual que si Inglaterra separadamente hubiese declarado la guerra a ese enemigo.

### LA TUMBA DE MARX

La tumba de Karl Marx estaba hasta hace poco en una colina, justo en las afueras de Londres; yo no la fuí a ver nunca, pero tengo entendido que era muy simple y poco a la vista. Los comunistas ingleses suelen ir en peregrinaje, y de uno de ellos sé concretamente que tiene la costumbre de hacerla una visita semanal, o sea, que quizá sea esta la costumbre de los verdaderos «devotos».

La cosa es que, entretanto, la Asociación de Amigos de Marx llevaba años y años reuniendo fondos para elevar un mausoleo digno del creador del comunismo, la guerra fría y la tercera guerra mundial. Por fin, hace un mes y pico, se anunció que la colecta había sido llevada a buen fin y el mausoleo, en mármol y con unas figuras alegóricas de lo más pequeño burgués, concluido. El cuerpo de Marx fué trasladado a su nueva residencia de riguroso incógnito, porque la condición que impusieron los descendientes del difunto fué que la noticia no trascendiera a la Prensa. Trascendió, sin embargo, y el «Manchester Guardian» la publicó. Pero el cadáver ya estaba para entonces debidamente reenterrado y los nietos de Marx no pudieron hacer nada. Ahora las peregrinaciones comunistas, semanales o lo que sea, tendrán que cambiar de ruta; el secreto, mientras duró fué tal que cientos de comunistas habían ido a soñar en la revolución mundial sobre un trozo de tierra que no contenía nada, ni siquiera cenizas.

### TODO SEA POR EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

Quando el problema de la vivienda era gravísimo en Londres y otras ciudades industriales del norte, el partido comunista inglés lanzó una campaña de propaganda acusando a los capitalistas de tener la culpa. «Fíjense en Rusia—decía el «Daily Worker»—, Stalin, para colaborar con el Gobierno, que está tratando de distribuir casas entre el pueblo, no ocupa más que tres habitaciones en el Kremlin»

Jesús PARDO

(Especial para EL ESPAÑOL, desde Londres.)



El deán rojo de Canterbury dirigiéndose a visitar un crucero soviético fondeado en aguas inglesas

# "NO ME CUENTEN

## LA NOVELA EN LA QUE TODO ES VERDAD Y NADA RIGUROSAMENTE CIERTO

### "MI LIBRO ES UN MENSAJE A LA NUEVA GENERACION"

#### Rueda de preguntas con JAVIER MARTIN ARTA



EN un mediodía tibio del mes de marzo nos encaminamos a casa de don Javier Martín Artalejo. Las cuatro de la tarde es una hora poco común para entrevistar, y no porque el tiempo tenga preferencias hacia cosas determinadas. Y resulta un tanto extraño, ya que las sobremesas son siempre propiciatorias a la locuacidad, a las confidencias y a las revelaciones.

Algunos de nosotros conocíamos ya a don Javier, le habíamos entrevistado con motivo de la aparición de su libro «Caminando a Compostela» y no nos sorprende ahora su alta estatura, su porte lleno de distinción, el terno gris impecable; su cabeza, un tanto «argentea», y, en suma, su acusada personalidad.

Le conocíamos en su despacho, luminoso y estricto, pero desplazado de su ambiente familiar. Por esto contemplamos, con singular atención la estancia en que nos hallamos. Ni pequeña ni grande, su verdadera denominación es justa. Pocas cosas, que embarullan las ideas. Cada objeto parece tener un aquilatado sentido de su utilidad, que no desaparece ni por la línea isabelina de los muebles ni por el grá-



cil escorzo de algunas figurinas que reposan en el anteespejo.

Algo atrae, sin embargo, nuestra atención. Según entramos, a la derecha, encuadrado en magnífico marco dorado, la efigie de la Santa Doctora de Avila. Nada más significativo que la presencia de la Santa andariega en casa del hombre que allá por el año 1926, por espíritu religioso, en unión de su hermano don Al-

berto y otro compañero asesinado por los rojos, Rafael Solana, se lanzó al camino que acaba en el Pórtico de la Gloria.

—Alberto —nos dice— abría la marcha. Pocos metros tras de él caminaba Rafael, pequeño de estatura, pero firme como un roble, siguiendo la táctica de la «borriquilla del señor cura»: paso menudito, siempre igual, pero llegaba el primero; y marchando



# USTED SU CASO"

de un lado para otro, al estilo de perro perdiguero, le seguía yo, buscando pequeños atajos que rompieran la monotonía de la carretera.

—Según esto —advierte María del Carmelo—, su verdadera vocación es andar.

**J. MARTIN ARTAJO.** — Me gusta, sobre todo, caminar. Caminar es filosofar.

**MARIA DEL CARMELO.**—¿Y la equitación?

**J. MARTIN ARTAJO.**—Desde luego. Pero el caminar tiene mayor trascendencia espiritual. El jinete no tiene que fijarse en las piedras del camino. Por eso cabalgar es más propicio para percibir sensaciones.

**JIMENEZ SUTIL.**—En poquísimo tiempo ha lanzado usted dos libros. ¿Los tenía ya preparados?

**J. MARTIN ARTAJO.**—No, en modo alguno. Al celebrarse el año pasado el Año Santo surgió en mí el recuerdo del celebrado en 1926 y quise plasmar en un libro el diario que pude escribir entonces. Después, ante la buena acogida que tuvo «Caminando a Compostela», me decidí a escribir el segundo.

**M. ROSEL.**—¿Cómo surgió en usted la idea de este segundo libro?

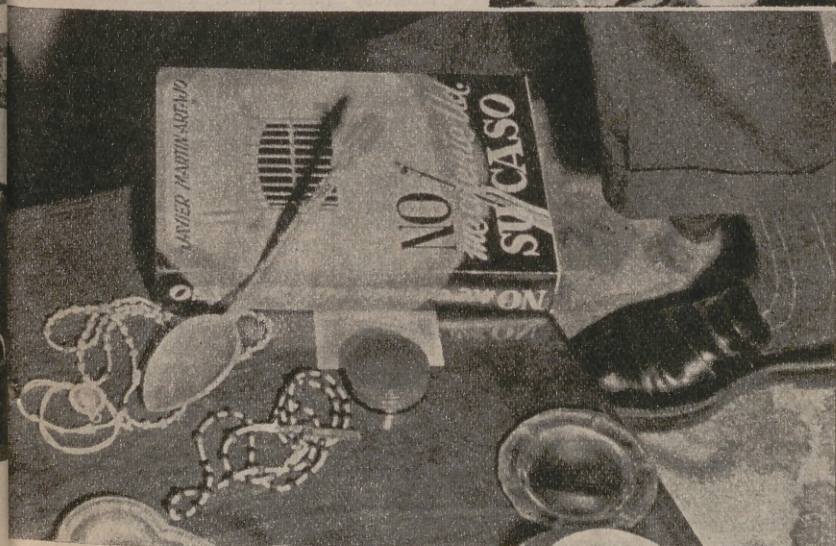
**J. MARTIN ARTAJO.**—Volvía yo de las fiestas de Zaragoza cuando hice el hilo o esquema de la novela.

**MARIA DEL CARMELO.**—¿Cuánto ha tardado en escribirla entonces?

**J. MARTIN ARTAJO.**— Dos meses. Pero en realidad he trabajado un poco «a salto de ma-



En estas páginas recogemos varios aspectos gráficos de la entrevista con Javier Martín Artajo



ta). Dos horas por la mañana y otras dos por la tarde. Haciéndolo, en resumida cuentas, un hueco entre las diarias obligaciones. En general, no me inspira la quietud.

**JIMENEZ SUTIL.**—¿Cuántas correcciones han sido necesarias para dejar su libro terminado?

**J. MARTIN ARTAJO.**—Pues... depende. El prólogo y el epílogo no han necesitado correcciones.

En cambio, en algunos capítulos hizo falta que lo revisase dos o tres veces.

**M. ROSEL.**—¿Y el motivo del libro?

**J. MARTIN ARTAJO.**—Me resultaba obligado que no quedase tanto heroísmo en el anónimo, y va dedicado a la nueva generación y como experiencia para ella.

El relato que nuestra genera-

ción no puede soportar, la generación que nos sigue la necesita conocer; lo que hemos callado por pudor, ante el gesto desdénso de los que les molestaba oír desgracias ajenas, tenemos hoy obligación de hacérselo saber a los que nos preguntan con justificada curiosidad.

Por eso me he decidido a exhumar mis recuerdos. Podemos dar al olvido las propias penas; pero no tenemos derecho a borrar las enseñanzas escritas con lágrimas y con sangre. Sería imperdonable que se perdiera para siempre el testimonio auténtico de cómo y por qué se sufrió.

**JIMENEZ SUTIL.**—¿A qué se debe el título?

**J. MARTIN ARTAJO.**—Al terminar la Cruzada algunas personas que venían de provincias en las que la guerra no se había sentido, no querían oírlo. «No me cuente usted su caso» lo he querido poner no como recriminación ni con amargura, sino porque es muy significativo.

Por otra parte, he de advertir

que no he querido destacar en él la crueldad de nuestros perseguidores, sino la virtud de los que padecieron.

MARIA DEL CARMELO.— ¿Puede ser considerado «No me cuente usted su caso» como una novela?

J. MARTIN ARTAJA.— Creación literaria no hay ninguna.

M. ROSEL.—¿Y como un episodio histórico?

J. MARTIN ARTAJA.— No. Aunque todo es verdad en mi libro, nada hay rigurosamente exacto. Es una Memoria sentimental de una cosa histórica.

JIMENEZ SUTIL.—¿Y los personajes son reales?

J. MARTIN ARTAJA.— Los personajes son reales y no lo son. Están interferidos con la realidad. En cambio, los hechos son ciertos, absolutamente ciertos. El padre Alcántara, por ejemplo, es personaje ayudado. En parte es creación y en parte verdadero. No tiene, por tanto, carácter de biografía. El padre Gorriacho, en cambio, ha estado ayer comiendo en casa.

M. ROSEL.—¿Podían ser considerados esos personajes como símbolos?

J. MARTIN ARTAJA.—Yo no he querido hacerlos símbolos. Son seres reales. Alejo existe, y a Francisco le conozco muy de cerca. Si resultan personajes simbólicos es por su propio peso.

MARIA DEL CARMELO.— ¿Y ni siquiera Carmela podía ser considerada como un símbolo de la mujer que luchaba en aquel frente de sufrimiento?

J. MARTIN ARTAJA.—¿Símbolo?... No sé. Pero el original supera con mucho a lo escrito.

La pregunta de María del Carmelo ha coincidido con la entrada de la señora de Artajo. De firmeza y ternura es su expresión. Efectivamente, al formularla ha recogido la idea soterránea que teníamos todos. Pero el señor Martín Artajo, al llegar, nos había advertido, cuando le hemos pedido algunas cuartillas de un familiar: «Déjenos la intimidad para nosotros.»

Unas tazas de café nos ayudan a hilvanar el hilo de nuestra conversación, que queda cortada durante algunos segundos.

JIMENEZ SUTIL.— ¿Tenía notas o datos tomados con anterioridad al comienzo del libro?

J. MARTIN ARTAJA.—No. Me he fiado únicamente de mi memoria... y de la memoria de los que en aquel momento sufrieron conmigo. Hasta excursiones he realizado para tratar de reconstruir hechos o acontecimientos. Miren, con Jorge—con el mismo Jorge del libro—he hecho este verano una excursión a Toledo, al Risco Grande.

M. ROSEL.— ¿Para compenetrarse con el escenario?

J. MARTIN ARTAJA.—Exacto. También estuve en Paracuellos del Jarama.

El señor Martín Artajo busca su agenda, nos la muestra. Es difícil percibir un claro entre tanta y tanta apuntación. Por fin, encuentra precisamente un jueves día 21, «con Jorge al Tajo».

—Pues, una de dos—dice Sutil—, o tiene usted una gran imaginación, o de memoria es excelente.

Don Javier sonríe. Calla unos instantes. Su mirada se hace introspectiva. De pronto se levanta y se dirige a uno de esos muebles que en otras casas se dedican a poner objetos raros y valiosos. En el hogar del señor Martín Artajo la vitrina tiene un muy otro cometido. Se trata, sin duda, del verdadero «lignum crucis» de la familia. De ella va sacando uno a uno, con firmeza de mano y dulzura de gesto, una cuchara de madera una cinta con innumerables nudos, una tapa de aluminio que pende en un cordón blanco, un rosario de rústico aspecto y, por último, una pequeña caja redonda y roja.

Los objetos han quedado expuestos a nuestra curiosidad en la pequeña mesa que tenemos delante. Y uno a uno también nos explica.

J. MARTIN ARTAJA.—El relicario donde me entregaban la Sagrada Forma cuando estaba en la cárcel. La cinta, en la que cada nudo representa un mes de cautiverio. Desde el 9 de septiembre de 1936 al final de la guerra.

M. ROSEL.—¿Y la chapa?

J. MARTIN ARTAJA.—Al detener a mi mujer, a mi hijo Javier le ingresaron en el Hospicio. Nos muestra un volante, en el que se lee: «Javier, libro 306, parte 4, folio 16.924.» Y la chapa: «Cm. 16.924, año 1938—Diputación Provincial—(Javier.)»

J. MARTIN ARTAJA.— En mi conciencia están todos mis sentimientos... Aquellos sufrimientos no han pasado; están y estarán, mientras vivamos, dentro de nosotros; si se remueven pinchan como espinas en el corazón. Sería mejor dejarlos quietos, adormecidos. Si llegáramos a viejos, tal vez podríamos recordarlos con cierta nostalgia, como unidos a nuestra juventud; pero hoy... es demasiado pronto.

Si no cabe duda, la pregunta ha quedado de sobra contestada. Hay cosas que son difíciles de olvidar en toda una vida.

M. ROSEL.—¿Cuál era el ambiente entre los reclusos?

J. MARTIN ARTAJA.— De tranquilidad y enardecimiento.

MARIA DEL CARMELO.—¿De tranquilidad?

J. MARTIN ARTAJA.—Sí, porque cuando uno llegaba a la cárcel no le podía pasar nada peor. Esto, en cierto sentido, es una tranquilidad. Y también de enardecimiento. Los presos gozábamos de una especie de extraterritorialidad. Nos sabíamos juntos, en un ambiente de camaradería. La expansión espiritual era absoluta.

JIMENEZ SUTIL.— ¿Existía siempre una gran tensión espiritual?

J. MARTIN ARTAJA.—No. No

he querido decir eso; no hubiera sido humano ni posible. Ahí tiene usted la figura de don Valentín. Un hombre que siempre estaba riendo, sin tensiones de ninguna clase. Sólo llegado el momento venía la reacción. La reacción más sublime, si se prolonga, se trueca en trivial. Por otra parte, no siempre el espíritu más selecto demuestra que le es llegada la ocasión, pero el que es oro se manifiesta llegado el caso.

M. ROSEL.—Y los casos de heroísmo, ¿en qué forma influían en los perseguidores?

J. MARTIN ARTAJA.— Con frecuencia se daba la reacción y eran vencidos.

JIMENEZ SUTIL.— ¿En qué proporción?

J. MARTIN ARTAJA.—No he intentado nunca hacer estadísticas.

MARIA DEL CARMELO.—¿Se portaron algunos de aquellos bien con los prisioneros?

J. MARTIN ARTAJA.—Hubo algunas conductas nobles, y con carácter particular, Melchor, Manolo el cocinero y Magda. Todos los absurdos se dieron.

M. ROSEL.—Y entre ellos mismos, ¿se llevaban bien?

J. MARTIN ARTAJA.—No hubo autoridad ni lógica alguna, ni en los que dirigían ni en los que no.

JIMENEZ SUTIL.— ¿Prevalcieron en la zona roja en algún momento los comunistas?

J. MARTIN ARTAJA.—En la zona no se dió nunca el predominio absoluto de la autoridad comunista. Para hacer el juego a la Rusia soviética exclusivamente, sin la menor posibilidad racional de resistencia, el partido comunista trató de apoderarse íntegramente del Poder público y, sobre todo, del mando militar, dispuesto a que murieran todos los españoles que quedaban en la zona Sur, «menos los gerifaltes, que tenían preparados los aviones para la fuga en el aeródromo de Alicante», según cínicamente ha confesado luego el ministro de Stalin en el Gobierno rojo, Jesús Hernández.

Se levantaron. Fué una semana infernal. Al tercer día, los comunistas se habían hecho dueños de los puntos estratégicos de la capital. En situación tan apurada, Casado llamó en su auxilio a Cipriano Mera, albañil, anarquista, que, abandonando el frente de Alcalá de Henares, se vino con su división a marcha forzada. Entró en Madrid por las Ventas y pudo sofocar en poco tiempo la intentona comunista.

M. ROSEL.—En el aspecto religioso, ¿en qué forma influyeron hombres, por ejemplo, del temple del padre Alcántara?

J. MARTIN ARTAJA.—Entre los rojos, en hacerles llegar a la religión y creer.

JIMENEZ SUTIL.—¿Cómo acogían los nacionales las condenas a muerte?

J. MARTIN ARTAJA.— ¡Qué suerte tendré yo—decían—para ir mañana al cielo!

A don Javier le llaman por teléfono. Ha avanzado la tarde. Nosotros conocemos bien que llega la hora en que, consumido el breve descanso del almuerzo, se



Javier Martín Artajo muestra a su hija uno de los recuerdos de su cautiverio

vuelve a la actividad. Esa actividad que ahora se desenvuelve sencillamente, pero que no fué tan sencilla para los hombres que lucharon o padecieron por ella en el año 36, que nosotros percibimos entonces tan sólo como un sueño gris de nuestra adolescencia, penetrada de sentimientos pero no cuajada todavía de ideas.

La vidriera del fondo resbala sobre sus goznes. Vuelve el señor Martín Artajo. Percibimos en la habitación inmediata a uno de sus hijos que, sentado, estudia. Sin duda alguna debe de tratarse de su primogénito, el Javier del libro y de la medalla.

Nos quedan aún preguntas. Apremiados por la hora surgen ya solo de nuestro pensamiento sin que se deriven del orden lógico de la conversación.

JIMENEZ SUTIL.—¿Está usted satisfecho de su último libro?

J. MARTIN ARTAJO.—Sí, satisfecho en un sentido puramente espiritual.

MARIA DEL CARMELO.—¿Y en el literario?

J. MARTIN ARTAJO.—Ya les dije antes que mi libro era simplemente un mensaje a la nueva generación.

No se podrá nunca comprender la historia triunfante de la Cruzada si no se respalda con la historia dolorosa de la España roja. De cuanto en esa España roja pasó, yo sé cómo se vivía en los muros de las cárceles. De eso he querido hablar o, mejor dicho, escribir para decir a nuestros hijos los sufrimientos y gozos, los temores y esperanzas que anidaban en el corazón de los cautivos.

Nosotros, sí; nosotros sabemos que hubo un día en que el despertar era peor que morir; que respirar era imposible porque una atmósfera de plomo nos oprimía el pecho; que el temor de lo que pudiera pasar a nuestras mujeres y a nuestros hijos era mucho más grave que la realidad de la muerte; que no había lugar seguro ni un minuto sin sobresalto; que la Nación entera era una cárcel, y la cárcel, un matadero; que una miga de pan era un tesoro, y una cáscara de naranja, un lujo; que una medalla era una acusación, y un crucifijo era cuerpo de delito...

JIMENEZ SUTIL.—¿Y con respecto a su generación?

J. MARTIN ARTAJO.—Me dirijo a los compañeros de cárcel, con algunos de los cuales he convivido toda una vida.

Nos encaminamos ya hacia la puerta. La última pregunta la formulamos en el dintel de ésta:

M. ROSEL.—¿Quiere, decirnos su experiencia política de entonces?

J. MARTIN ARTAJO.—Sí. Contemplé cómo se juntaron en el matraz las fuerzas que deben constituir el Movimiento.

Avanzamos por la escalera en silencio. Cada uno va meditando para sí la conversación reciente que se mezcla con nuestros propios recuerdos. La calle de Alcalá aparece a nuestra vista bulliciosa, alegre, llena de paz. Como puestos de acuerdo rompemos a charlar con alegría..., estrepitosamente.

# CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA

# CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

## 1 IDIOMAS 2 COMERCIO

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN  
INGLES - FRANCES - ALEMAN  
LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA  
*Polyglophone*  
CON DISCOS O SIN DISCOS

Obsequiamos con un tocadiscos miniatura.

MODERNISIMOS CURSOS  
CONTABILIDAD - TRIBUTACION  
CALCULO - MECANOGRAFIA  
TAQUIGRAFIA - REDACCION

Facilitamos máquinas de escribir.

## 3 RADIO 4 CULTURA

MARAVILLAS ELECTRONICAS  
RADIO TELEVISION  
Y CINE SONORO  
La técnica más actual y la del más inmediato porvenir

Proporcionamos abundante material a los alumnos.

IMPRESINDIBLE PARA TODOS  
CULTURA GENERAL  
ORTOGRAFIA - LINGÜISTICA  
Para aspirar a cualquier empleo y brillar en sociedad.

Cursos completísimos de perfeccionamiento

## 5 CORTE 6 MUSICA

CURSO PARA LA MUJER  
CORTE Y CONFECCION  
El original curso *Femina*  
tantas veces imitado y nunca igualado.

Regalamos a nuestras alumnas un redondeador de faldas.

CON DISCOS O SIN DISCOS  
SOLFEO ACORDEON  
En preparación. Próximamente se pondrán a disposición del público.

Regalaremos un diapasón y proporcionaremos acordeones

## 7 DEPORTE 8 CLUB CCC

INDICE DE UNA CULTURA  
FUTBOL  
Para aficionados y profesionales; clubs, colegios, etc. Por RICARDO ZAMORA  
JUDO Y JIU - JITSU  
Respaldo por la Federación Española.  
Cursos teórico-prácticos.

SORPRENDENTE ORGANIZACION POR CORREO

El CLUB CCC le proporcionará grandes beneficios culturales y comerciales, aportándole miles de amigos.

Servicios principales: Revista mensual, Biblioteca Circulante, Intercambios, viajes, carnet, insignias, etc.

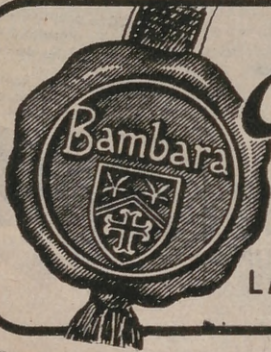


CORTE O COPIE ESTE CUPON

D. ....  
señas.....  
solicita información GRATIS sobre las materias  
n.ºs .....

REMITASE A: CCC APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

*La Vanguardia  
de la Moda*



*Fontcuberta*

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

# UN CASO MAS

## EN LA VERDAD DE ESPAÑA

EN un periódico de nuestro país se habló no hace mucho de que la

pieza escénica «Así en la tierra como en el cielo», de Fritz Hochwalder, que desarrolla con pretensiones históricas un supuesto episodio de la acción misional española en Suramérica, podría representar al drama extranjero católico en el Congreso Católico de Zaragoza.

Que se representara en un Congreso fuera de España, allá los organizadores de tal Congreso; que eso pueda representarse en Zaragoza y en el país donde modernamente se han publicado los volúmenes definitivos de Pastells y Hernández, por ejemplo, es cosa muy distinta; no creo que nuestro sano estómago tolerara una bazofia tal.

Con esa obra, sin embargo, según adaptación de J. Mercure, estuvo alimentando muchas semanas el público de París, consciente o inconsciente, sus rencores y desprecios españoles.

### CONFUSIONISMO, COEXISTENCIA, PAZ, LAICISMO. ¿A QUE SUENA TODO ESTO?

Los vanidosos aficionados a complicaciones, ensayos, vaguedades y confusiones pudieron darse al morboso placer de jugar con cosas serias y hablar de tolerancia y libertad estimulante. Con esa obra, que el comunista *L'Humanité* llamó «admirable pieza», se estuvo también deleitando secretamente la masa atea, degenerada o indiferente, junto con ese grupito, digámoslo pensativamente, de peculiares gentes de derechas, a lo Mauriac y otras especies, que juzgan tan acremente a los de otros países sus vecinos, incluso los católicos, especialmente a nosotros los del Sur y a los del Este. Así, por lo visto, con ese *peudre aux yeux* quisieron olvidarse por unas semanas esos modélicos varones de los diversos problemas de su propia casa: de la decadencia de costumbres, del abandono y encono social, del neomodernismo teológico, de las connivencias existencialistas, las desviaciones en el ministerio sacerdotal, carencia de vocaciones, relajación de la moral pública y privada, torpes intervenciones y omisiones de los políticos católicos y no católicos en los problemas nacionales, como Indochina, Túnez, Marruecos, Argelia, etc., donde tantas tragedias humanas y cristianas se están desarrollando estos días, semanas y meses; en efecto, mientras se fomenta y se comenta la confusión que se llama estimulante, no es menester pensar en la existencia del cáncer comunista, no sólo de un par de millones de afiliados, sino de muchos, muchos millones de simpatizantes, hasta contaminar a elementos que se llaman católicos; ni en la fatal carencia de virilidad para cualquier lucha por ideales, cuando el enemigo está ya lanzado al campo y destruyendo lo más santo, problemas todos que preocupan a los que con sentido más hondo y tradicional son verdaderos franceses, verdaderos hijos de la noble nación cristianísima. Pero no, de ninguna de estas tragedias se tomó ocasión para hacer un drama o una adaptación escénica; había que meterse con alguien de fuera de casa, había que revivir la histórica desorientación y el consecuente desvarío con que se ha visto castigado otras veces el típico narcisismo dogmatizante galo, del que no escaparon aquellos católicos enervados que se sintieron incapaces de entender, triste es decirlo, que el español de la Cruzada nacional pudiera alzarse y blandir el látigo, viril y pertinaz, contra los que insultaban y comenzaron a tiranizar sus creencias, contra los que no cedían ante otras razones que el apuesto

Por G. R. DE MONTOYA (Jr.)

coraje del que se cuadra y dice basta. Y no supieron verlo, a pesar de

que fuera esa actitud la que les protegió a ellos y a toda Europa del mortal contagio, como notísimamente reconoció, en nuestro caso, el cardenal de París.

Para muchos hombres afeminados de ultrapuertas no hubo, en realidad, Cruzada nacional. Para ellos no puede existir siquiera soldado cristiano, generales cristianos, política cristiana, naciones cristianas..., porque para ellos sólo hay devotos individuos, con cierta religión en su vida privada, hombres que no pueden hacer valer sus derechos y condición de cristianos fuera de las puertas del templo: «La vida moderna—dicen—es laica y debe continuar así. La Iglesia debe estar cuidadosamente separada del Estado; y si éste muestra hostilidad, más resplandecerá la virtud de los fieles, etc., etc., etc.» Todo aunque el Concilio Vaticano, Papas y obispos hayan hablado tanto y tan de propósito en la materia y hayan ensalzado tesis diametralmente opuestas a las suyas.

Por lo demás, se mantiene la misma consigna: a España hay que despreciarla y ponerla en la picota por doquier y sin remisión, por causa de su inflexible concepto de la moral y del honor y por aferrarse a lo religioso en la vida pública, que hace tiempo se ha liberado de todo concepto religioso. Con los españoles propiamente, no hay nada que hacer. Pero, ¡cuidado!, porque ahora van obteniendo éxitos con su tenacidad y trabajo, y afinidades y amistades diversas, y eso puede hacer pensar a las masas de otras partes que tienen razón. Y es que los grupos sectarios no quieren éxitos, ni paz, ni mejoramiento de nivel de vida, sino el fanatismo y fetichismo de separar de Dios, una tras otra, todas las actividades humanas. Así pueden decir que España nunca hizo nada; todo lo hizo por caminos absurdos que no interesan a nadie... por de pronto, porque mezcló a Dios en todas las cosas de la vida. Esos, naturalmente, creerían tal vez en un Dios que no estuviese en todo. «Pero ¿para qué creer?», se dicen. En el mundo actual, mucho ha costado, desde luego, pero se ha llegado a la conclusión de que Dios está en baja. Ahora que si se probara, como decía el título de aquel libro, que «Dios es francés», la cosa podría reconsiderarse...

### UN CASO DE FANATISMO ANTI-ESPAÑOL Y LA OBLIGADA REFUTACION

Una de las mayores glorias, un extraordinario mérito y acierto, un adelanto de siglos, honra de España, de la Iglesia y de la Compañía de Jesús, son las Reducciones del Paraguay, que causaron admiración de contemporáneos y de historiadores de todas las creencias. Esta verdad histórica, que se abrió paso a través de las pasiones de época, permaneció reconocida hasta que Fritz Hochwalder decidió que los misioneros, los reyes y la sólida sociedad dinámica y realista de aquellos siglos de enormes realizaciones habían de adoptar los conceptos nebulosos y estériles de hoy, que apenas dos «snobs» entienden del mismo modo. ¡Medrados estaríamos si todos los progresos del hombre sobre la tierra hubieran de ser obra de esos alfeñiques ojerosos con «la enferma palidez del miramiento!», sin recordar que los hechos juzgados no tienen base histórica.

A los indios que andaban sueltos por la selva y desperdigados, nada se les podía enseñar antes de «reducirlos»: ni la religión en clases y doctrinas a horas determinadas, ni las ideas elementales de la cultura; ni se podía hacerles participar de los bienes de la naturaleza social del

hombre..., sin los que quedarían necesariamente estancados en su atraso. Para enseñarles todo eso, los jesuitas, en nombre de la Corona de España, con su ayuda y dinero, su protección personal y jurídica, por años y años desde 1609, buscaban esforzadamente a los indios, los juntaban, les enseñaban la vida civilizada, a no odiarse, a mantenerse dignamente, como hombre, de su trabajo. Los comienzos fueron durísimos, obra de héroes; más tarde, algunas Reducciones pudieron vivir con noble austeridad, otras lograron un estado pacífico y relativamente floreciente; pero entonces, frente a los brutales ataques de fuera de las fronteras, tuvieron que aprender, con la plena aprobación del Rey, que por real privilegio les entregó armas de fuego, a defenderse de las piraterías, incendios y matanzas de los indios salvajes, de mamelucos, filibusteros y mestizos de toda laya.

Los padres, por su parte, defendían bien su obra en otros terrenos, como se ha de defender cualquier empresa de este mundo sujeta a las envidias, intrigas y malicias, y seguían adelante, contando como contaban con los plácemes y ayudas del Rey y del Papa, de los obispos y de tanta gente buena.

Esa obra social de las Reducciones, que aun hoy parecería avanzada, fué extraordinaria. El Papa Pío XII, hombre tan actual, tan documentado y tan lleno de humanismo, en un discurso (12 de julio de 1949) se dirigió en estos términos al doctor J. A. Zaldívar, ministro de Paraguay, sabiendo, además, que hablaba a una persona tan informada como noblemente orgullosa de su historia: «Estas realizaciones sociales (las Reducciones de los jesuitas) han quedado ahí para la admiración del mundo, honor de vuestro país y gloria de la Orden ilustre que las realizó, no menos que para gloria de la Iglesia católica, puesto que surgieron de su seno maternal.»

Hacia fines del siglo XVIII, la conjura del ericiclopedismo sectario y tenebroso en las cortes borbónicas y la funesta política de apaciguamiento de la curia romana hicieron prevalecer contra la Compañía de Jesús la trascendental injusticia histórica de la persecución, expulsión y supresión, que tan graves males acarreó a España y a sus dominios, y que tanto celebraron los cínicos, diabólicos «aplastadores del infame», al que se unieron, como suele suceder, tantos vanidosos y babiecos. Sobre héroes que realizaban una ingente labor creadora triunfaron los doctrinarios fanáticos, que sólo dejan un rastro de esterilidad. Pero aun hoy día, respecto a nuestras cosas, no hay medio de satisfacer a cierta gente; unas veces dirán que los católicos españoles sólo piensan en beaterías, en procesiones, en novenas santuosas, en coronar Vírgenes, en bendecir primeras piedras, y entretanto en dejar al pueblo fiel con la boca abierta y los ojos en blanco, pensando en el cielo, sin atender a ninguna de las injusticias sociales a su alrededor, ni siquiera a las obras de misericordia.

Pero si el polimorfo espíritu hispano afirma su presencia en otras palestras, nos hallaremos con el mismo gruñido de la crítica; y se quejarán esta vez porque unos misioneros no sólo enseñan a los indios la doctrina cristiana, sino que lejos, lejísimos de toda ayuda, los organizan en todos los menesteres de la vida municipal y civil, en cooperativismo y vida comunal (con más y más alta comunidad de bienes que el comunismo). Ya como meros individuos habían esos críticos, empujados de democratismo, de respetar a los misioneros la libertad de hacer obras de misericordia como les pluguiera, incluso de establecer colonias agrícolas o, por ejemplo, fabricar licores, como los monjes franceses. Y en cuanto a la libertad religiosa de instaurar un Gobierno fundado en la ley de Dios, nadie se atreve, por ejemplo, a meterse con la teocracia del Viejo Testamento por ser cosa judía y porque los judíos de hoy y de siempre, «así en la tierra como en el cielo», no se limitan a usar las armas históricas y teológicas cuando se les ataca, sino que emplean otras igualmente eficaces, y, odios aparte, hacen bien. Pero, como decimos, si se organiza una sociedad sobre bases religiosas, y, sobre todo (¡lo más imperdonable!), si funciona, hay que probar «históricamente» que no podía funcionar. Es el cuento del irlandés al que enseñaron una jirafa y dijo: «There ain't such an animal» («No existe un animal así»). «Y, sin embargo, se mueve... Las Reducciones funcionaron, y lo que contra ellas

se dijo fué una parte de lo que se decía contra todo lo santo y justo que interesaba hundir en aquellos tiempos. Nunca se le presentó a la Compañía la disyuntiva de sacrificar a las Reducciones para salvarse ella.

Ni el padre general mandó nadie con un tal recado, como dice el autor del drama... En los antros de las sectas, la Compañía y el Papa estaban ya condenados. La Compañía había recibido ya antes muchas puñaladas traidoras y crueles, y fué expulsada por Pombal, en Portugal, antes que por Carlos III.

Y en esa disyuntiva, como oportuna y elevadamente sugieren los jesuitas franceses en una refutación que hace suya la revista mejicana «Nuestra Vida», San Ignacio, viendo en su conciencia que se hacía una injusticia y daño a las almas, antes permitiría, como dijo él una vez, que la Compañía de Jesús se deshiciera como la sal en el agua, y esto ocurrido, le bastaría un cuarto de hora delante de Dios para consolarse. Además, bien notan los padres franceses en su refutación que la que se pinta en el drama es una obediencia absurda, sin Dios, que ningún hijo de San Ignacio reconocería como suya. Así como cualquier jesuita tendría por ofensivas a San Francisco Javier aquellas alusiones del fin cuando se califica a su cello casi como un fuego fatuo puramente temperamental y humano; concepción tan contraria a la maestría dramática de un «Divino Impaciente» que difundió entre nosotros una visión alta veraz y artística dentro de un cristianismo tradicional viril y sin ambigüedades.

Caso típico de la falsedad de sus métodos el malhadado autor pone porque le viene bien para su tesis artificiosa, una escena comodín en la que unos indios piden convertirse para obtener pan, tranquilidad, ropas, etc., insinuando el autor que las conversiones tenían un sórdido motivo y no eran obra de Dios. Los padres misioneros sabían y saben de todo eso algo más que ese pretencioso y delirante experto misional. Pero por poco que los oyentes pensasen, muy pocos tenían que incurrir en la zoquetería de no ver que esos indios sacrificaban cosas muy metidas en lo más íntimo de su ser: la poligamia, la embriaguez, los rencores y venganzas indias, la libertad selvática de hacer cuanto quisieran; la holganza y carencia de todo orden y método; habían de vivir de su trabajo y dejar las varias supersticiones, más expresivas para ellos que los trascendentes dogmas de nuestra fe... Digamos que andaba Dios de por medio, y entre cristianos nos entenderemos mejor. Pero lo curioso es que esos guaraníes, una vez reducidos, guardaban nuestra santa ley mejor que muchos cristianos viejos de París... o, para el caso, de Madrid o de Roma.

Del mismo modo como el autor falsea la Historia, no sólo en su sentido, sino los datos mismos y los documentos, para hacerla servir a su capricho y conveniencia, difunde su maldita confusión por mor de la frase y el efecto «épatante», o hace afirmaciones sensacionales y solemnes que se supone tapan la boca en cosa que requiere tantísima reverencia como las palabras de Cristo, quien no dice lo que el autor le hace decir. De las dos cosas tenemos un ejemplo en estos párrafos de una refutación de la revista «Jésuites de l'Assistance de France», donde se cita el extraño diálogo entre el provincial y el enviado del general, que impone el cierre (intervención como dijimos, falsa históricamente): «PROVINCIAL.—¿Tomáis, pues, el partido de la violencia?» «ENVIADO.—Sí; nuestro lugar está del lado de la violencia.» Y comenta la refutación francesa: «¿Qué motivo puede justificar esta increíble respuesta? El enviado replica: «Se trata de despertar las virtudes cristianas en el corazón de los hombres crueles y poderosos... Semejante inversión de la bienaventuranza de los pobres nos deja atónitos. El cristianismo, sin querer instaurar la felicidad terrestre (no era ésa la intención de los padres), no se desinteresa del sufrimiento humano. Leemos, además, en la obra estas palabras: «Cristo no ampara a nadie, no da de comer.» Pero el Señor interrumpiría al autor: «Habéis olvidado cuando partí los cinco panes para los cinco mil hombres...» (Marc. 8-19). Insiste nuestro autor: «Cristo no da vestido; El mismo está pobre y desnudo.» Y, sin embargo, dice el Evangelio: «¿Cuándo te vimos sin hogar y no te recibimos, desnudo y no te vestimos?... En verdad os digo cuanto hicisteis con uno de estos

mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis?» Y éste es, además, el sentimiento de la Iglesia.» Hasta aquí los párrafos de la detenida réplica francesa.

Con su habitual alarde de suficiencia, dándolo por sabido y repitiéndolo hasta la saciedad, muestra el autor en la obra a los españoles como crueles negreros, egoístas, fieros e ineptos, con vacías ideas de grandeza. En la farsa, el héroe, el hombre sensato, es un negociante holandés, y protestante... «¿Qué habéis hecho los españoles? Sí, siempre vencéis con las armas.» Con las armas y con otras muchas cosas más, dicho sea con permiso de ese coterráneo de Rubens y Van Dyck, pintores de la corte del Rey Católico; y con las políglotas de Amberes y Alcalá, con Trento, el derecho de gentes, las cátedras de Teología y Filosofía por toda Europa, el drama, la pintura, la lengua, la cartografía, los libros y tratados de navegación, las ciencias naturales, el talento organizador y don de gobierno, de civilidad, el sentido del honor, del carácter, de la constancia, de la elegancia austera, la fidelidad, la cortesía, la caridad hospitalaria... «Vosotros—dice ese tipo—, pasáis y no queda nada; nosotros venimos después a heredarlo...» ¿Y qué han hecho (preguntamos, con perdón de Holanda, que no tiene por qué hacerse responsable de los diálogos de Fritz), qué otra cosa han hecho todos los colonistas posteriores sino comercio y esquilmar vulgar y corriente, cuando las grandes Compañías ricietnes sacan a veces en un año de las colonias más riqueza que la Madre Patria en siglos?... Todo ello sin mezclar su sangre, ni dar nada propio, ni afanarse en trasfudir los más altos valores del espíritu... ¿Que qué dejó España? Eso sólo provoca otra pregunta: ¿En virtud de qué atrevimiento injurioso se puede preguntar hoy eso ante una platea que no sea francamente un campo de melonares? Ciertamente extranjero, profundo pensador, me habló una vez de la impresión que le producía el caso desconcertante, enigmático (para él) y, desde luego, único, de más de veinte naciones modernas, altivas y celosas de su independencia ante cualquier poderoso, aun el más prepotente, que de modo oficial y cordial, por boca de sus más intelectuales y populares representantes llaman a España, como cosa corriente, aun en los momentos en que ésta pasaba sus mayores tribulaciones históricas, con el nombre de Madre.

Sería el colmo de la abyección servil el que, en vez de rebelarnos con el más enérgico desquite contra todos esos insultos y todos los falseamientos fruto del plan de denigrar y torcer los hechos a tono de un bajo concepto preconcebido, nos sentáramos, indulgentes, a escuchar embustes calumniosos e insultos, babeando tolerancias para parecer superiores y nórdicos... «Es un punto de vista; usted exponga el suyo... Si como si alguien le preguntara a usted qué motivos tiene para pensar que es hijo de su padre... Y usted se quedase pensando en una comprensiva respuesta. Y pruebe usted por ahí fuera la tolerancia extraña en casos harlo más leves de tergiversaciones históricas y políticas. Personalmente hemos vivido varios lustros por todo lo que fué el Imperio británico y en su metrópoli, y también años enteros en otros países de Europa y América, por eso sabemos algo de lo que en realidad son esas libertades y tolerancias. También concimos en el vergonzoso pasado español de hace unos veinte años y más muchos tipos de esos que se parecen por ser tenidos por algo extranjeros, o por lo que ellos creen que son los extranjeros: por hombres fríos, equilibrados, tolerantes, siempre a costa de todo lo nuestro... ¡Esas miserias y servilismos espirituales bien pasados están! Hoy los españoles, frente a cualquier dogmatizante extranjero, de donde sea, hemos aprendido ya a contestar a todas las sandeces de derecha o de izquierda.

Interesa, mucho más que esas apariencias y acomodos y desvirtuaciones de esencias, mantener esa práctica de polémica y perfeccionarla en filo, en tino y en eficacia, y así rebustecer la conciencia de nuestros ideales, que ahora van resultando ser los que salvan la civilización.

Eso no son cosas para jugar. Por lo menos con eso no juegan los españoles, especialmente los que siempre han tenido que salvar, para los otros españoles y para el mundo, lo que el mundo quiere ahora salvar y algunos han perdido, sin mucha esperanza próxima de poderlo recobrar.



## CABALLEROS

*Elegancia y distinción  
de nuestras prendas  
confeccionadas*

**Galerías Preciados**

# VIAJE AL FONDO DE LAS AGUAS Y DE LAS PIEDRAS



Maqueta del primer acuario de Europa, que se construirá en Barcelona

## BARCELONA TENDRA EL MAYOR ACUARIO DE EUROPA Y UNO DE LOS PRIMEROS DEL MUNDO

### UN ESPECTACULO QUE TIENE MUCHO DE CINE EN COLORES

#### Las instalaciones del Parque de la Ciudadela van a ser renovadas

Va a construirse en Barcelona uno de los mayores acuarios del mundo y, desde luego, el mayor entre los que conocemos en Europa. El Ayuntamiento ha cedido un solar de 64 metros por 40 en un lugar de la Barceloneta, conocido por la «Muntanyeta»—la Montañita—, y el Patronato «Juan de la Cierva», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se dispone a construir allí en dos años el edificio central del Instituto de Investigaciones Pesqueras.

Se realiza así el sueño de don Francisco García del Cid, catedrático de Zoología de la Universidad de Barcelona y director de dicho Instituto, de llevar los laboratorios de Biología Marina junto al mar, para realizar investigaciones en las aguas mediterráneas que permitan enfrentarse con los complejos problemas que plantea el Atlántico, sobre todo en el N. W. de España. En el primer trienio de su existencia, el Instituto de Investigaciones Pesqueras ha montado instalaciones provisionales, formadas por pequeños equipos de investigadores, en lugares de la costa cercanos a la Universidad de Barcelona—Blanes, Vinaroz—, llamados a desaparecer tan pronto se pongan en marcha los laboratorios centrales de Barcelona y el laboratorio costero de Cádiz. Estos dos Centros, junto a los de Castellón y Vigo ya existentes, completarán la red que el Insti-

tuto tenía prevista para las costas peninsulares españolas, destinada a conocer, entre muchas cosas, las condiciones ecológicas de las especies de peces industriales. Uno de los temas estudiados en los últimos años, por ejemplo, ha sido la migración de la sardina y sus causas.

—Este edificio central—nos aclara el doctor García del Cid— comprende el acuario y un museo en la planta baja, el Instituto en la planta noble y viviendas para becarios en la segunda. El Instituto comprende tres secciones: Biología, Química y Pesca, cada una de ellas con su gran laboratorio para estudios comunes y cinco laboratorios individuales, salón de conferencias—145 metros cuadrados—y biblioteca.

—¿Por qué se ha escogido Barcelona para sede central?

—En España no hay más que dos Universidades donde se estudien las Ciencias Naturales: la nuestra y la de Madrid. Parecía lógico que el núcleo de investigación del mar se formara en la única Universidad que está a su orilla.

El acuario, dispuesto en estrella como el de Chicago, tendrá 155 metros lineales de tanques y una alberca central. Depósitos acumuladores de agua dulce capaces para 125 metros cúbicos y dos depósitos para agua de mar, cubriendo 400 metros cúbicos. En la torre se emplazará un depósi-

to de gravedad, con capacidad para 145 metros cúbicos entre agua dulce y salada. Su superficie aproximada será de 40 por 40 metros.

El museo guardará los animales que por su dimensión o características especiales no se puedan conservar vivos y las aves marítimas, así como modelos de em-



El capataz señor Prat muestra a nuestro fotógrafo este valioso ejemplar de cocodrilo



El actual acuario del Parque de la Ciudadela ofrece un atractivo espectáculo a los que gustan contemplar estampas submarinas

barcaciones y todo cuanto tenga relación con la pesca.

—¿Estará el acuario al alcance del público?—pregunto a don Francisco.

—Los tanques de exhibición desde luego, para despertar en él la afición a las cosas del mar. Incluso habrá en éstos un joven delfín. Los tanques de estudio, no.

A pesar de ello, creemos nosotros, valdrá la pena visitar este segundo acuario de la Ciudad Condal—gran estrella de siete ramas—por su variedad de especies, sobre todo marítimas—seis ramas son de agua salada—, de las que hoy adolece el del Parque de la Ciudadela. Ha de ser curioso sorprender las anchoas y los boquerones al margen del aperitivo.

Pero, entretanto, rindamos homenaje al viejo acuario, próximo a ser sustituido, que todavía ha-

ce las delicias de los visitantes del Zoo barcelonés.

#### VIAJE AL FONDO DE LAS AGUAS Y DE LAS PIEDRAS

El acuario tiene mucho de cine en colores, pero mudo. Sus protagonistas son como pájaros silenciosos, que gesticulan continuamente, con absoluta indiferencia hacia los espectadores. Su mímica es expresiva. Algunos son lentos, majestuosos. Otros, rápidos, vivarachos. Muchos semejan vegetales por su forma o minerales por su inmovilidad.

En el acuario del Parque de la Ciudadela, en Barcelona, existen hasta setenta especies acuáticas en otras tantas vitrinas, distribuidas a lo largo de los pasillos de un edificio especial. En su fachada puede leerse: «Acuario y terrario».

El terrario es la mansión de los reptiles. Estos vertebrados, peligrosos y escurridizos, están allí en vitrinas de tela metálica, que contrastan con las de vidrio de los peces. Unas y otras vitrinas contienen la «decoración» adecuada a la especie que las habita, así como el clima conveniente. Detrás de los tanques de agua dulce o salada, donde los peces viven «como en su casa», o tras las jaulas de los reptiles —¡lagarto, lagarto!—, funciona un tinglado de «bastidores», movido por manos hábiles, que contribuye al esparcimiento y la cultura de la gente.

A todas horas están los pasillos llenos de visitantes que «piropean» con «¡ooohhsss!» de sorpresa a los peces exóticos o lanzan angustiosos chillidos cuando la serpiente tiene acorralada a la ratita blanca que constituye su desayuno. Los festivos, sobre todo, el público se aglomera ante las pantallas acuáticas para comprobar cómo «aquello» que parecía una roca es una tor-



tuga gigante. de 40 kilos. cogida en Mallorca.

#### LAS SERPIENTES NO CO- NOCEN A NADIE

El Parque se abre a las nueve de la mañana. A esa hora comienza don Juan Planas, su director, la visita «veterinaria» de sus pacientes. Su primer saludo es siempre para los leones—«Romero» y «Mora»—, nacidos en el mismo Parque, que corresponden a sus caricias con nobleza y sumisión. Son una pareja muy avenida y cada año deleitan a los niños barceloneses—y acompañantes—con el espectáculo de sus cachorros, simpáticos y juguetones.

Luego visita las aves—que ocupan buen lugar—, al elefante, los «bambis»—gacelas frágiles y graciosas—, los avestruces, la colección de chimpancés—primera de Europa—, y termina en el acuario-terrario, donde están sus enfermos más difíciles y desagradados: las serpientes, que ha criado desde pequeñas, no le conocen. Ni los cocodrilos, que medían un palmo cuando llegaron. Y no digamos los peces, que nunca saben nada. Pero a don Juan no le preocupa esta indiferencia y los trata con igual cariño. Conoce la pequeña historia de cada «bicho», sus costumbres, sus debilidades, y sabe cómo librarse de posibles ingratitudes.

Nadie mejor que él para guiarnos en este viaje al fondo de las aguas.

#### EL TELESCOPIO Y LAS «COLAS DE VELO»

Según se entra está la carpa de Espejo, de agua dulce. Los pescadores poco afortunados gozarían echando el anzuelo en su vitrina, donde abundan los ejemplares, a cuál más rollizo. Es vecina de la gambusia, pez norteamericano, poco vistoso, pero muy eficaz en la lucha contra el paludismo, pues se alimenta de las larvas del mosquito «anhofeles». Así consta en su letrero. Todas las vitrinas tienen uno, multicolor, donde figura el nombre vulgar, el latino y las particularidades del animal.

Los chinos y japoneses, cuando todavía utilizaban la pólvora para inventar fuegos artificiales, se entretenían haciendo experimentos con los peces de colores para mejorarlos. Así consiguieron—según la leyenda—el pez telescopio, enterrándolo en arena y dejándole un orificio a la altura de los ojos para que se «le alargara». Y aquí está, con los

ojos fuera de las órbitas, conviviendo con los «colas de velo», maravillosos ejemplares de lujo y exposición. Los hay rojos, amarillos, plateados..., pero sus aletas son blancas y vaporosas como un velo de novia. Al desplazarse tienen toda la majestad y parsimonia de los orientales.

#### PECES LUMINOSOS EN AGUA TIBIA

Don Juan Planas, que es un erudito documentadísimo, me cuenta cómo los primeros peces de colores los trajo a Europa una Compañía holandesa que los regaló a la Pompadour. Luego me condujo ante una gran vitrina, llena de peces diminutos, extraños y bellos.

—Son los tropicales: «India» y «Amazonas». Toque el cristal...

Toco. Está tibio.

—Hay dos calentadores eléctricos, de 750 watos cada uno—aclara—. Son especies delicadísimas, de vida corta. Este chiquito, transparente, con un filamento luminoso en su interior, es el neón, de fosforescencias azules y rojas. Este otro, aun más pequeño, es el cuppl. Aquel tan elegante, el escalari. Aquel otro... a ver dónde anda..., ahí está..., es betta, el peleador de la India. Tenemos uno solo, porque no pueden convivir dos machos: se destrozarían. En su país de origen la lucha de bettas es similar a la riña de gallos. A pesar de ello es un padre amantísimo. Hace el nido con una burbuja de espuma y vigila que sus hijos no se caigan.

Esta vitrina, como todas las de agua dulce, está ambientada con algas. Los pececillos coletean entre ellas, como por un bosque de fantasía.

#### LA «MORENA» ES PELI- GROSA

Aunque el mar es «difícil de imitar», de las 70 especies del acuario barcelonés, 50 son de agua salada. En sus vitrinas no hay algas, pero sí rocas y animales planta, que forman bellos paisajes submarinos.

Veo la pintarroja—el tiburón mediterráneo—, el congrio—un ejemplar de 13 kilos—, el besugo, el pulpo, el múgil...

La lubina es la veterana del acuario, donde vive desde 1935. Ni el hambre ni los bombardeos pudieron minar su fortaleza, siendo la única especie superviviente de la guerra.

La raya es difícil de distinguir. Enterrada en la arena, su medio de protección, sólo asoma los

ojos y el orificio respiratorio, y no es para menos, viviendo con la «Morena», especie de serpiente de mar, que si bien ahora tiene frío y es inofensiva, en primavera y verano hay que cambiarla de tanque, porque se pone furiosa. La raya, que no entiende de calendarios, toma sus precauciones.

#### EL PACTO DEFENSIVO DEL CANGREJO ERMI- TAÑO

Pero la parte más vistosa pertenece a los mariscos. Allí está la langosta, con su pariente el bogavante, tanto o más sabroso que ella. El señor Planas me hace observar en este último la falta de una pinza, que perdió luchando con otro macho de su especie. Afortunadamente para él, le está creciendo una nueva. Vive con el rascat, un pez con cara de mal genio, y se llevan muy bien. Por lo visto los habitantes submarinos sólo se pelean con los de la familia.

También están la gamba—ágil y transparente—, conviviendo con una langostita recién nacida, saladísima, y el centollo, acompañado de la polla, especie de pez de roca, de caparazón calizo, casi inerte. Si no bostezara de vez en cuando se diría que está muerto.

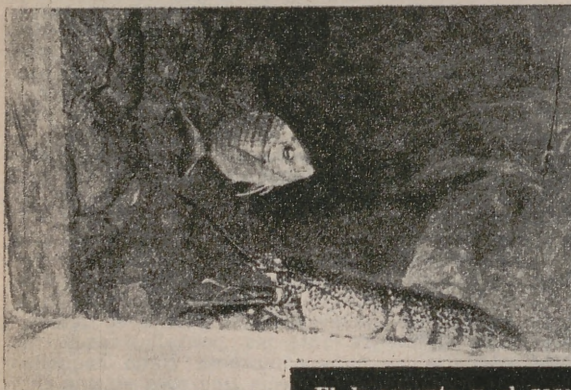
Hay varias vitrinas con estrellas de mar y animales plantas, plantas carnívoras, que recuerdan el panorama fantástico de los cuentos de hadas... En éstas no habita ningún pez, porque se lo merendarían entre todas. Viven el «tomate de mar»—actinia—, pegado a la roca, y los sífonos—látigos—, que parecen de «plexiglass».

El cangrejo ermitaño merece «vitrina» aparte. Como se sabe, estos curiosos animales nacen desnudos y se meten en cáscaras de difunto. Como se les plantea frecuentemente el problema de la vivienda, lo resuelven peleándose mutuamente. Y cuando crecen vuelven a pelearse para conseguir una cáscara más confortable.

Pero muchos cangrejos ingeniosos que se sienten débiles para guerrear hacen un pacto defensivo con un animal-planta, el cual se adhiere a su concha y le protege, mientras se beneficia de sus residuos.

#### RAYOS INFRARROJOS PARA EL CAIMAN

En el terrario figuran algunos anfibios—ranas brasileñas y del país—y numerosos reptiles, entre



El bogavante y el rascat y otras curiosas especies en el acuario de la capital catalana. Estas instalaciones van a ser mejoradas



Millones de  
consumidores  
le otorgan su  
confianza.

C.S. 14.472

LABORATORIOS PROFIDEN, S. A.  
INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID

ellos varias serpientes catalanas. La serpiente boa tiene un amplio recinto «amueblado» con troncos de árbol, una charca de agua corriente y algunos radiadores entre las rocas protegidas por rejas.

El lagarto común y el caimán africano se exhiben gracias a una lámpara de rayos infrarrojos. El termómetro de sus departamentos señala 20 grados. Como en primavera.

#### COGE LAS SERPIENTES Y COCODRILOS

Ha terminado la visita exterior y entramos en el laberinto de los «bastidores». Es la parte inédita, la que el gran público desconoce. De los 50 funcionarios del Parque, sólo cuatro cuidan de esta sección. Su capataz, don Agustín Prat, lleva veinte años bregando con sus inquilinos, de los que se sabe hasta el nombre en latín. Lo mismo maneja la boa que el cocodrilo.

—¿Mucho trabajo?

—De la mañana a la noche, sin contar las madrugadas que me levanto para comprobar los «climas».

—¿Vive usted aquí?

—Sí, señor, con mi esposa y cuatro hijos.

—¿Qué hace entre «bastidores»?

—Cuidar de la limpieza, alimentación y reproducción de los animales.

—¿Cómo limpian?

—Sacamos los peces y plantas y con sulfamán le damos a las piedras y arena. Terminamos de limpiar por un lado y empezamos por otro.

—En el terrario, ¿cómo cogen las serpientes?

—Es técnica. Con el tiempo se aprende. Siempre las he sacado personalmente y llevado al piso de arriba, y viceversa. Y eso que hemos tenido una boa de cinco metros y una cobra de anteojos. Por cierto que ésta se escapó en una ocasión y tuve que encerrarme con ella, armado de un lazo, dentro del acuario, mientras el público, ignorante de lo que sucedía, se negaba a abandonar el local.

#### LA SARDINA, VICTIMA PROPICIATORIA

Las especies marítimas y de agua dulce se comen tres kilos diarios de sardina—que les gusta a todos, hasta a los cangrejos.

—Un congrio perdió un trozo de cola peleando por la comida.

Son muy voraces. Las especies tropicales devoran tubifex, un gusanito de las charcas, de color rojo. Consumen tres kilos semanales, que conseguimos en el delta del Llobregat, pasando lodo por un cedazo.

—¿Qué animales resultan más difíciles de alimentar?

—Los animales planta, sobre todo la acti-

nia, pues hay que meterles la comida en la boca con una caña y un alambre. Se tarda dos horas justas.

—¿Cómo resuelven el problema del agua?

—La salada la traemos en cubas de 1.000 litros. Cada tres meses, 30 botas. Se coloca en el sótano, de donde sube a un depósito que la distribuye a las peceras. En cuanto al agua dulce, suele ser la misma de Barcelona mezclada con agua de lluvia para atenuar los carbonatos.

—¿Esas burbujitas que brotan del fondo en todas las vitrinas...?

—Se producen por un compresor para dar aire a los peces.

Observo algunas bañeras llenas de algas. Son convenientes, porque oxigenan el agua, crían infusorios, embellecen, y los peces se encuentran más en su medio natural.



Los peces de luminosas escamas componen graciosas estampas



El acuario tiene mucho de cine en colores, pero mudo. A los niños les encanta el espectáculo

—¿Qué comen los reptiles?  
—La boa, conejos vivos. Los baranos, ratas blancas e hígados.

#### LOS PECES SE PAGAN SU COMIDA

El capataz, hombre fuerte y corpulento, vuelve a sus tareas y continúa con el señor Planas —¿Cuesta mucho la alimentación?

—Se cubre con la venta de las especies que reproducimos. Son clientes nuestros Inglaterra, el acuario de San Sebastián y muchos acuarios particulares y floricultores de toda España.

—¿Cuál es el pez más barato?

—La gambusia: tres pesetas.

—¿Y caro?

—El telescopio—300 pesetas—y, en general, los tropicales, que cuestan alrededor de las cien pesetas. De éstos reproducimos hasta 32 especies, y el mercado es continuo, pues tienen una vida muy breve—sobre dos años—y hay que renovarlos continuamente.

Y don Juan me conduce al criadero de especies tropicales, la niña de sus ojos. Es una habitación espaciosa, llena de pequeñas peceras y radiadores. La temperatura alcanza 27 grados. Hay que desabrigarse rápidamente. Allí están, aprovechando el calorillo, el cocodrilo, la boa y el baranus, lagarto gigante del Nilo.

La lupa es un elemento indispensable para observar las primeras fases de la reproducción piscícola. Volviendo a su corta vida, el señor Planas me refiere cómo es preciso importar con frecuencia nuevos sementales para que no degeneren las especies.

Comen infusorios, yema de huevo duro y «artemia salina». Esta es un pequeño crustáceo que envía desecado, en botes herméticos, desde Suiza. Puesto en agua, a 22°, salen millones de artemias que llegan a alcanzar medio centímetro en su edad

adulta. Los «tropicales» devoran un bote cada quince días.

—¿Es difícil la cría?

—Bastante. Hay que estar siempre encima. Pero son ya muchos años de experiencia.

—¿Cómo ve el Parque actualmente?

—Hay más ejemplares que antes de la guerra, pero las instalaciones han quedado anticuadas. Afortunadamente, están ya en marcha los proyectos de ampliación y reforma.

—¿Cómo consiguen los ejemplares?

—Los compramos, los cambiamos o son donativos particulares. A muchas personas les regalan un mono pequeño, pero luego crece y no saben dónde meterlo.

#### VEINTE MIL VISITANTES EN UN DIA

Guarda la puerta de entrada, desde hace nueve años, Gabriel Ruiz, un hombre sincero.

—¿Quién viene al acuario?

—Todo el mundo: niños y mayores, sobre todo mayores.

—¿Cifra máxima de entrada?

—Un día controlamos 20.000 billetes. Habían traído al nuevo elefante.

—¿La gente viene expreso al acuario o aprovecha la entrada?

—El público opina que lo mejor del parque es el acuario, por lo exótico. Pero, claro, lo ven todo. Como esto queda al final...

#### EL FUTURO PARQUE DE BARCELONA

En el Ayuntamiento me entero de que va a aumentarse tres veces la extensión del Zoo, combinándolo con el jardín botánico. El proyecto, inspirado en conceptos modernos, se propone sustituir verjas por fosos, situando al animal en lo que se pueda decir más cerca de su medio ambiente. Se va a procurar que cada especie tenga su flora de su país de origen, pues no es lo

mismo un mono de Sumatra que uno de Africa.

El ponente de Cultura, don Eugenio Fuentes Martín, me muestra los planos de la primera reforma.

—Se proyectan una segunda y una tercera, hasta convertir todo el parque en un jardín zoológico-botánico infantil. En él encontrarán los pequeños toda clase de atracciones. Departamentos de piscicultura y ornitología, en colaboración con las escuelas, confiarán al niño peces de colores, pajaritos, pequeños mamíferos, para que forme su sensibilidad según la más amplia conciencia del español, sin olvidarse de que son animales. Un insectario, en jaulas de cristal, estará al alcance de los sufridos estudiantes de Enseñanza Media y aparte de Exposición de animales, el futuro jardín será también centro de biología aplicada, cuyos laboratorios se ofrecerán al conjunto de la ciencia española en sus fases fundamentales: genética-hibridación y aclimatación. Creemos, por ejemplo, que el cebú de Filipinas con el buey de los Pirineos nos ha de dar un animal con gran cantidad de carne.

—¿En cuanto al acuario?

—Se separa del terrario y será veinte veces mejor que el actual, en todos los aspectos. Entrenarán ambos, acuario y terrario, edificios de nueva planta.

—¿Para cuándo serán realidad estos proyectos?

—Dentro de tres años puede darse una vuelta por la primera ampliación.

—¿Muy cara?

—Ponga siete millones. Si luego son catorce, ya los sacaremos de alguna parte.

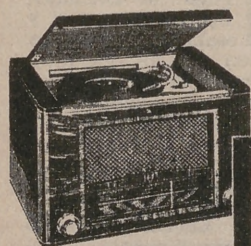
Y don Eugenio hace temblar el puro con su risa, mientras comenta: Hace uno siete cantinas escolares y nadie se entera. Se pone enfermo el oso blanco y todo el mundo clama. Ya ve usted.

Eduardo GARCIA-CORREDERA  
(Fotografías de Suárez.)

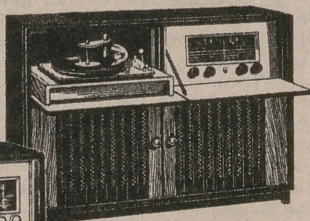
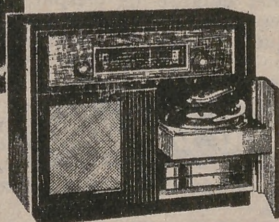


*Renovarse es vivir mejor.*  
 (Un consejo PHILIPS-RADIO 1955)

**Se le devolverá íntegramente el importe que pagó** por su viejo PHILIPS para que pueda "RENOVARSE" disfrutando una de estas modernísimas realizaciones 1955



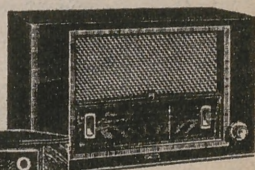
El encanto de la música a la medida de sus deseos



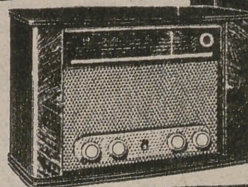
Diríjase al Distribuidor Philips más cercano, quien le informará ampliamente.



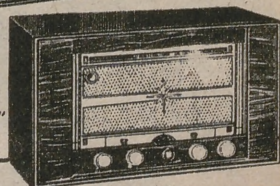
¡Siempre con usted!



El aparato de lujo para el hogar medio



Recorra el mundo con este receptor



Sorprendente sensibilidad y selectividad por su "ensanche infinito" y "paso en alta frecuencia"

*tiempos buenos... vida buena...*

Gran Campaña RENOVACION PHILIPS 1955

«El alma tiene ilusiones, como el pájaro alas: eso es lo que la sostiene.»

(Victor Hugo.)

I

La tierra se arrojaba con las sombras, trémula, doliente aun de sus heridas. Todo era oscuro en torno: negro el cielo sin estrellas, negro el suelo, negro el aire. Hacía frío. Un helor que penetraba, sutil e hiriente, hasta colarse en los huesos como si buscara cobijo de sí mismo. La superficie de los charcos, restos de la lluvia reciente, se cubría de cristal. Y el silencio pavoroso envolviéndolo todo, tan grande, tan solemne, tan vacío. De vez en vez siseaba un buho, escondido sabe Dios dónde, y entonces parecía que alguien rasgara el manto de la noche o que el avechuelo se entretuviera en simular el silbido de una bala perdida. Era la guerra ofreciendo un ambiente sobrecogedor de paz, como es de temerosa la paz, la excesiva paz de la guerra: quietud callada y desesperante que agobiaba a los hombres, negras sombras confundidas con la sombra total y absoluta.

Súbitamente, una ametralladora cantó su canción sin motivo. Las balas trazadoras escribieron en la oscuridad la incógnita de puntos suspensivos. Los soldados, dormidos a medias, se apercebieron entre la humedad de las mantas. El buho debió espantarse, porque calló el resto de la noche. Había sido una ráfaga corta, pataleta para consolar el ahogo del silencio. En seguida, todo volvió a la quietud, a tornar a una calma sin calma, más inquietante por el contraste de aquel instante en que el «ta ta ta ta...» respunteó la negrura y agujereó el sosiego.

Una sombra se deslizó, reptante, hasta llegar al puesto del centinela avanzado, adivinado más que visto en la impenetrable oscuridad. Removiéndose el vigía cuando el instinto le advirtió que alguien se acercaba. Aprestó el arma y esperó escuchándose

el apresurado latir del corazón. Al fin, ya muy cerca, avistó la sombra próxima, que llegaba por detrás, donde estaban los suyos. Las manos del centinela dejaron de crisparse en el fusil. El recién llegado, con un susurro de voz, preguntó:

—¿Qué ha sido eso, muchacho?

—No lo sé, mi teniente. Alguno que ha dado gusto al dedo.

Luego, señalando inutilmente la oscuridad, el centinela añadió:

—Ha venido de aquella parte. Parece que esta próxima.

El teniente sonrió, sin ganas, al tiempo que encogía sus hombros en un gesto de impotencia ante lo imprevisible. Buscó entre el capote y extrajo una cantimplora que tendió al soldado.

—Toma: echa un trago.

El centinela bebió, avaricioso, con el regusto del coñac quemándole la garganta reseca. Después, se pasó el envés de la mano por los labios, y le desagradó el picor de la lana de los mitones. Taponó la cantimplora, y la devolvió al oficial musitando «gracias». El teniente la cogió sin mirarla y la guardó de nuevo. Sus ojos estaban fijos en el horizonte, que sólo ahora comenzaba a divisarse, y en el que se iniciaba la lechosa pincelada de la luna que se abría paso. Con un ademán indicó al soldado aquella luz que nacía, y habló:

—Dentro de muy poco tendremos a la luna alumbrándolo todo.

Los dos hombres callaron. Sabían de sobra lo que vendría cuando la luna se encaramase en el cielo. Una noche tras otra lo habían padecido. El teniente preparó las palabras de cautela:

—Afina la vista, muchacho, porque no tardarán en contraatacar.

Hubo una pausa. Como para confirmar sus sospechas llegaba hasta ellos, prendido en el aire espeso, un rumor sutil que parecía denunciar la tarea del campo enemigo.

—Ahí te quedas, Marcelo. Y suerte—se despidió el teniente.

Inició su lento arrastrar hacia las posiciones, pero antes de marcharse definitivamente, aconsejó con afecto:

## EL MUNDO SE SALVARA CONMIGO

NOVELA

Por Jesús FRAGOSO DEL TORO

—Cuidate, muchacho. Esto se acaba, y maldita la gracia que tiene casarla ahora.

Marcelo, sonrió, maquinal, mientras siguió, por unos instantes, el reptar del oficial, cuya sombra veía ahora con claridad. En seguida clavó sus ojos en el campo, donde ya destacaban su silueta los pocos árboles que la artillería había dejado en pie a la luz del disco lunar que asomaba, tímido, allá atrás.

Marcelo, en su imaginación, se esforzaba por dar formas a aquellos troncos destripados. Sintióse alegre cuando creyó ver en uno de ellos la esbelta figura de una muchacha danzando en convencional estampa de «ballet». Pero su contento era forzado, bien lo sabía. Aquellas palabras del teniente, dichas por decir algo, le preocupaban.

La guerra estaba terminando y todo lo hacía presentir así, como cuando en el teatro los impacientes comienzan a ponerse los abrigos y, arriba, el flequillo del telón se remueve como un vaticinio. Quizá, ¿por qué no?, aquel inmediato combate presentado, aquel contraataque formulario, sería el último en el que él interviniere. El y su regimiento, se apresuró a pensar, para quitarle pretextos al maleficio. Todos sabían que la guerra estaba ganada y prácticamente concluida. También los otros, los de enfrente, los que se aprestaban sin duda para el combate, la sabían perdida sin remedio y próxima a derrumbarse. Sin embargo, alguna acción tenía que ser la última. Pero no era agradable morir cuando el telón descende, como los protagonistas de los dramas. Y morir, ahora, de verdad, sin posibilidad de levantarse para la reverencia final. Antes no hubiese importado. Antes hasta hubiese resultado hermoso morir, como había sido hermosa y trágica la muerte de tantos. Pero ahora, precisamente ahora, todo era diferente. Lo hermoso era sobrevivir, participar en la tarea que aguardaba, en la empresa que iba a comenzar al día siguiente del tañer alegre de las campanas, de los desfiles triunfales. Por esa tarea presentida, Marcelo se había jugado limpiamente su vida joven y jugosa, prometedora y cuajada de esperanzas, fruto en sazón de sus veinte años apenas estrenados. La moneda de la vida y la muerte, cara y cruz, había estado en el aire, en albur incierto, cientos de veces durante aquellos años de guerra que concluían, y una y otra vez salió para él la vida cuando le hubiera sido indiferente perderla, porque sabía que con la muerte también se ganaba. Pero ahora, no. Ahora quería ansiosamente vivir, escuchar el sonido de las campanas, marchar al ritmo de los tambores de la victoria, no ser el último muerto, el más olvidado quizá, el más compadecido. Ahora anhelaba vivir. Vivir y servir. Ahora quería conservar su vida para entregarla otra vez generosamente, a lo que iba a fructificar sobre sus sacrificios y sus ilusiones, sobre toda la sangre ya vertida y sobre la que habría de derramarse instantes más tarde, la más estúpidamente generosa y la más fructífera, precisamente por ser la última.

¡No! ¡No! Marcelo no deseaba que su sangre y su vida se le escaparan entonces.

Sintióse egoísta, pero desechó en seguida este íntimo reproche. ¡Si lo que él quería era precisamente vivir! ¡Porque morir era fácil, y prefería la maravillosa y tentadora dificultad del futuro!

La luna ya estaba fuera, magnífica en su sensual y blanca redondez, al borde mismo del horizonte, como un funámbulo obeso. Era una moneda puesta de canto, en equilibrio, sobre la loma lejana. Y le iluminaba todo en gris.

## II

Sacrificios, ilusiones. Marcelo los había evocado juntos hacía un instante. Los sacrificios ya no contaban y lo importante eran las ilusiones. Aquella que acababa era una guerra ilusionada. Se equivocaban todos los que la creyeron una defensa desesperada, inevitable; todos los que en ella sólo veían un signo negativo y fatal. Aquella guerra, aquella victoria próxima, casi al alcance de la mano, si era hermosa, si había valido la pena de hacerla y de ofendrarle cada día el sacrificio y la vida misma, lo era por lo que suponía de camino, por la andadura ilusionada que ofrecía. ¡Cuántas veces Marcelo había escuchado estas palabras al teniente Ortiz! ¡Y cómo las había comprendido!

Morir es fácil. Bastaba que alguien apretara un gatillo, que una bala buscara nuestra frente y que un increíble sopor nos prendiera. Después... Marcelo había sentido el aliento de la muerte junto a sí y supo de su proximidad cuando ya la insaciable se había marchado sin osar depositar en su carne el beso de enamorada. No hacía muchas horas que le había rondado cerca y pudo llevarsele estúpidamente: se creía a resguardo cuando abría una lata de sardinas con el auxilio de la baqueta del fusil; el teniente Ortiz, al pasar junto a él, le advirtió: «Ten cuidado, muchacho; estás en zona batida.» Marcelo había sonreído y, despacioso, cambió de lugar junto a una Peña inmediata. Sonó un silbido cortante y el chasquido de una jara seca al troncharse. Allí, justo, cubriendo la jara herida, había estado él segundos antes. Ortiz sonrió al tiempo que sacudía los dedos con elocuente gesto. Marcelo también sonrió, livido.

Sí, morir era fácil. Lo sabía porque lo había visto cientos de veces, porque a su lado habían caído muchos camaradas. Lo sabía porque un día, al principio de la guerra, su hermano Jaime también lo había hecho sin darle importancia, sencillamente. Su esquela salió en los periódicos junto a otras cuantas de chicos conocidos. Porque los días primeros tenían muertos conocidos. Su madre no había llorado; al menos delante de él, en presencia de nadie. Y cuando Marcelo dijo que iba al frente, su madre le dió un beso y calló. Pudo decir cualquier frase elocuente, pero prefirió la muda elocuencia del callar. Y su padre le estrechó la mano cuando él subió al camión, limitándose a decir, como cuando Marcelo iba al colegio a primeros de cada octubre: «No seas perezoso y a ver si escribes.»

Morir era fácil. Tan fácil que lo más probable en aquellos momentos presentidos es que la muerte subiese la primera a aquel parapeto de avanzada y le invitara a seguirla, ahora, cuando Marcelo no quería. Porque en aquel puesto de centinela de vanguardia donde Marcelo se hallaba solo se habría de estrellar, fatalmente, el primer choque del enemigo. Sus bombas—una, dos, tres...—las que le diera tiempo a lanzar antes de morir—serían el aviso para los hombres que estaban en la posición. Sintió que el corazón palpitaba, vertiginoso, y que sus piernas estaban trémulas. Le dió rabia tener que morir y maldijo su mala suerte en el sorteo de puestos de aquella noche. «De todas formas, aquí tendría que haber estado alguien», se dijo. Calculó quién hubiera podido estar en su lugar y prefirió que las cosas hubiesen sucedido así, como estaban. «He de prepararme para recibir a la muerte», pensó. Sin saber por qué, bailotearon por su mente los más nimios recuerdos. Luego, sólo luego, evocó la imagen de sus padres. La figura del teniente Ortiz se coló de rondón en sus pensamientos. Ortiz era un gran amigo suyo, como un hermano mayor, como Jaime, y además nunca le faltaba un trago de cognac en la cantimplora. ¿Y Belén? La recordó con su cabellera rubia y sus ojos azules, claros, cuando era una niña, con su mohín de enfado cuando él la desataba el lazo del vestido. Ahora era una mujer, una hermosa muchacha de diecisiete años, y la vio tal y como la última vez, cuando le despidió al concluir el permiso: alta, espigada, con su pecho alto y leve palpitándole bajo la blusa florecida. No eran nada más que amigos: amigos de la niñez. Pero todo el mundo sabía que alguna vez serían novios, que se querían, que se quisieron desde que Marcelo la desató por vez primera el lazo del vestido y Belén había hecho el primer mohín de enfado. Le hubiera dicho que la quería en la ocasión más próxima, en el primer permiso que llegara. Pero ya era tarde, porque...

Sí, era tarde. La mirada fija de Marcelo observó el avanzar sinuoso de unas sombras. Las veía contemplando, abstraído, desde hacía unos momentos, pero habían podido más sus propios pensamientos. Súbitamente reaccionó y dióse cuenta de la realidad de la situación. El enemigo desplegabá ante sus ojos, y él, enervado por las evocaciones, le dejaba hacer. Hizo un esfuerzo y sacudió la cabeza, como queriendo lanzar fuera de sí todo lo que le impedía cumplir su responsable misión. Inmediatamente, ya sereno, entregó su atención al movimiento de los que avanzaban. Despacio, apoyó el fusil sobre los sacos terrosos. Un reflejo de luna culebreó en la punta de la

bayoneta. Luego tomó una bomba de mano del cajón que tenía a sus pies e introdujo el dedo corazón en la anilla. Tranquilo, eligió entre los grupos de sombras más próximos, al tiempo que murmuraba una oración.

Marcelo tiró bruscamente de la anilla y lanzó la bomba por encima del parapeto. Los gritos lastimeros de los heridos fueron borrados por el ruido trepidante de la explosión. Segundos más tarde, el hueco de la vaguada se vestía increíblemente de blanco bajo la luz de una bengala lanzada desde la posición, que descendía con parsimonia, sujeta al diminuto paracaídas de seda. Marcelo parpadeó presuroso, ciego, deslumbrado por tanta claridad, y, seguido, continuó lanzando bombas, una tras otra, sobre los hombres que se acercaban, quienes, sorprendidos, corrían, ya sin disimulos, al asalto de la posición bien conocida, que sólo unas horas antes habían tenido que abandonar. Al silencio abrumador había sustituido el estrépito horrífico. Las armas automáticas y las granadas de mano, sin escatimar, ponían música de sinfonía a la muerte que sembraban. La luz de la bengala se había extinguido, y en el claroscuro de la noche con luna se prendían los resplandores dantescos y fugaces de las explosiones.

«Tengo que vivir, tengo que vivir». Casi en voz alta, Marcelo se repetía una y otra vez este propósito. Sabía que estaba el primero de todos los suyos, que el enemigo atacaba justamente por el lugar de su puesto de centinela avanzado; que, por tanto, aquel chocar brutal, ya iniciado, habría de producirse sobre él. «Tengo que vivir, tengo que vivir», casi gritaba; pero, al tiempo, exponía su silueta al peligro, encaramado sobre el parapeto para hacer mejor puntería sobre los contrarios, ya demasiado próximos, avanzando a la carrera, en busca del cuerpo a cuerpo. Marcelo los vio tan cerca, que empuñó el fusil y se aprestó a defenderse con la bayoneta.

—¡Animo, muchacho!

Ya no estaba sólo. Cerca de él, en línea, Ortiz y un grupo de soldados se situaban emplazando una ametralladora de acompañamiento. Aquella acción no debía ser muy estratégica. Marcelo sabía de sobra que el centinela avanzado estaba allí para ser sacrificado por todos, si era preciso; pero no quedaba tiempo para cábalas sobre táctica, y respondió a la voz de aliento del oficial exclamando:

—Gracias, Jaime.

El teniente Juan Bautista Ortiz debió querer pensar por qué Marcelo equivocaba ahora su nombre, pero no tuvo tiempo: los primeros atacantes escalaban el pequeño terraplén que coronaba el puesto. Sus bayonetas relucían bajo la luz lunar como si pinchasen estrellas. Una granada estalló próxima y Marcelo sintió recorrerle todo él una trepidación terrible. Apenas vio partirse en mil pedacitos extraños el disco lechoso de la luna y correr ante sus ojos un río rojo de sangre. Creyó escuchar el sonido prolongado de una corneta, al tiempo que un ruido monótono y precipitado, como el de una locomotora que pasase sobre él, le machacaba los tímpanos. Se sintió sin peso, aligerado, tal que si algo de sí mismo volara y dejara el cuerpo tendido sobre el fango, en el que aún pudo sentir cómo se clavaba su rostro al desplomarse de bruces. Todo sucedió en un instante. «Esto debe ser la muerte», pensó sin tiempo.

### III

Amanecía. Era hermosa la luz primera a la que dejaban paso las nubes en huida. El cielo, azul clarísimo, asomaba tras ellas humeándolo todo. Bandadas de pájaros madrugadores volaban sin orden, canoros y medrosos, porque allá en lo alto, sobre ellos, entre las nubes casi, un círculo de cuervos giraba el corro negro de su negro presagio cierto: Abajo, en tierra, un centenar de hombres muertos provocaban al festín.

Los cadáveres estaban desperdigados sobre el barro, en desorden. Entre ellos se movían de un lado para otro, sin pausa, camilleros incansables. Poco a poco iban consiguiendo ordenarlo todo. Un capellán castrense, con la estola sobre la mugrienta guerrera en cuyas bocamangas prendían, sin brillo, las estrellas de alférez, aguardaba junto la fosa común que remataban los zapadores. En la línea avanzada, soldados con hambre y sueño vigilaban el campo con las bocas de los fusiles apuntando al vacío. El enemigo, como si respetara aquel tiempo dedicado a dar tierra a los muer-

tos, permanecía quieto, silencioso. Apenas dos horas antes aquellos hombres sin vida tenían nombres y respondían por ellos.

Apenas dos horas antes. Sí, no hacía más que haber finalizado el contraataque. Fué una lucha terrible, encarnizada, bordada a bayonetazos. Parecía que allí se decidía el signo de la guerra. Aquel quizá último combate se realizó a muerte, sin piedad, sin más diálogo que el cuchillo ni más ruido, tras las primeras explosiones y descargas, que los gritos de los que caían atravesados por el acero.

Cuando los atacantes se retiraron ante la inutilidad de su empeño esforzado, dejaron dentro de la posición a muchos de los suyos; unos sin vida; prisioneros, los otros. Ahora, con las primeras luces del alba, los sanitarios hacían inventario. Apenas existían heridos que distrajeran su atención. Parecía como si en aquel combate sólo se hubiese tenido ocasión para salvarse del todo o morir.

Las hileras de cadáveres volvían a separar en dos campos a los que, en la hermandad de la muerte, se habían confundido, sin distinciones, sobre el barro de la posición. Ortiz hubiera filosofado sobre esto, porque Ortiz sentía un profundo amor por el enemigo y sabía—y decía—que luchaba también por su rendición. Pero Ortiz no estaba allí. No estaba su voz. La igualdad de los uniformes dificultaba la clasificación. Era una igualdad de desigualdades en la promiscuidad de guerreras caquis, cazadoras de paño o de cuero, que unos y otros vestían. Sólo las cartucheras eran diferentes, muy distintas. En el botiquín de campaña, el capitán médico, sin prisas, colocaba vendas a los heridos. No eran muchos y esperaban su turno en corrillos, casi todos sostenidos por su pie. Sólo dos estaban tumbados en el suelo, sobre unas mantas pardas que rezumaban humedad. Uno de ellos, ya curado, fumaba un cigarrillo, sin pausas, mientras seguía con la vista el rápido corretear de las nubes en lo alto. El otro, sin vendaje alguno, sin heridas, parecía dormir, simplemente.

Fué este último el que, al fin, comenzó a hablar, tras removerse inquieto. Primero, como un susurro pronunciando ininteligiblemente un estribillo machacón; luego, más claro, ya perceptible, el alta voz. No decía otra cosa que esta cantinela obsesiva: «Tengo que vivir, tengo que vivir».

Los soldados más próximos lo miraron. Uno de ellos, con el brazo desgarrado por un corte de cuchillo, vendado provisionalmente con jirones de su propia camisa, sonrió para decir:

—¡Vaya perra! Este debe de creer que tiene las tripas fuera.

—Ya le cambiaba yo mi regalé—dijo otro señalándose un pinchazo que le abría el muslo—por esa «comoción» o como se llame.

—¿Qué tiene?—se interesó alguien.

—¡Bah! Nada: la onda, ¿sabes?—explicó el de la herida en el muslo.

Marcelo, se movió de nuevo y abrió los ojos. Miró en torno, sorprendido, y balbuceó algo incomprensible. Vio cerca de él unos soldados, cubiertos de barro y sangre, que le miraban con indiferencia. Oía a yodo y alcohol, y también a romero y a hierba húmeda. Arriba, en el cielo, corrían nubes presurosas. Sintió frío. Súbitamente, se dio cuenta de que estaba vivo, de que no había muerto cuando creyó que se iba de este mundo. Por su mente cruzó un recuerdo inmediato y hasta le pareció sentir de nuevo que se derrumbaba sobre el fango entre el trepidar de una explosión que le mordía el cuerpo. Recordaba la voz de aliento del teniente Ortiz, el tableteo de las máquinas de guerra, los primeros soldados adversarios escalando el terraplén. Tosió y algo le mordió el pecho con dolor lancinante, como si sus pulmones se hubiesen hecho trizas y los pedazos se agitaran con la tos.

Un soldado le colocó un cigarrillo entre los labios y lo prendió con la yesca. Marcelo, sonrió agradecido. Hizo un esfuerzo y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Pchs!... Que ha habido una chapuza.

—¿Todo bien?

—Como está «mandao».

Marcelo, succionó fuertemente y el humo le dió tos. Cuando se rehizo inquirió, temeroso, tras recorrer con la mirada los rostros de los que le rodeaban:

—¿Y Ortiz?

—¿Qué Ortiz?

—El teniente—aclaró Marcelo.

—¿El teniente Ortiz?—preguntó el soldado enlazando en la suya las interrogantes de Marcelo.

—Sí.

El soldado consultó con la mirada al resto de sus camaradas. Luego, con calma, miró la hilera próxima de los muertos.

—Ahí está—se limitó a responder.

Marcelo, volvió la cabeza hacia el lugar que el soldado le indicara, pero no vió a nadie. Se incorporó con dificultad y volvió a mirar. Entonces pudo ver la hilera de los muertos. El primero de ellos parecía dormir, sonriente. Una de sus manos descansaba, inerte, sobre una cantimplora, y en la bocamanga se dibujaban, claras, dos estrellas.

—Fué abajo, en el puesto de avanzada—siguió el soldado—. Yo estaba junto a él, pero tuve suerte. Aquella bomba se cargó a media docena.

—Fué la misma que a ti te atontó.

—¡Pobre Jaime!—exclamó Marcelo con lágrimas escociéndole en los ojos.

Y los soldados, que sabían que el teniente Ortiz se llamaba Juan Bautista, se miraron perplejos.

—Todavía delira—dijo alguno por lo bajo.

Las nubes seguían su carrera absurda, como si fueran a algún sitio y tuvieran miedo de llegar tarde.

#### IV

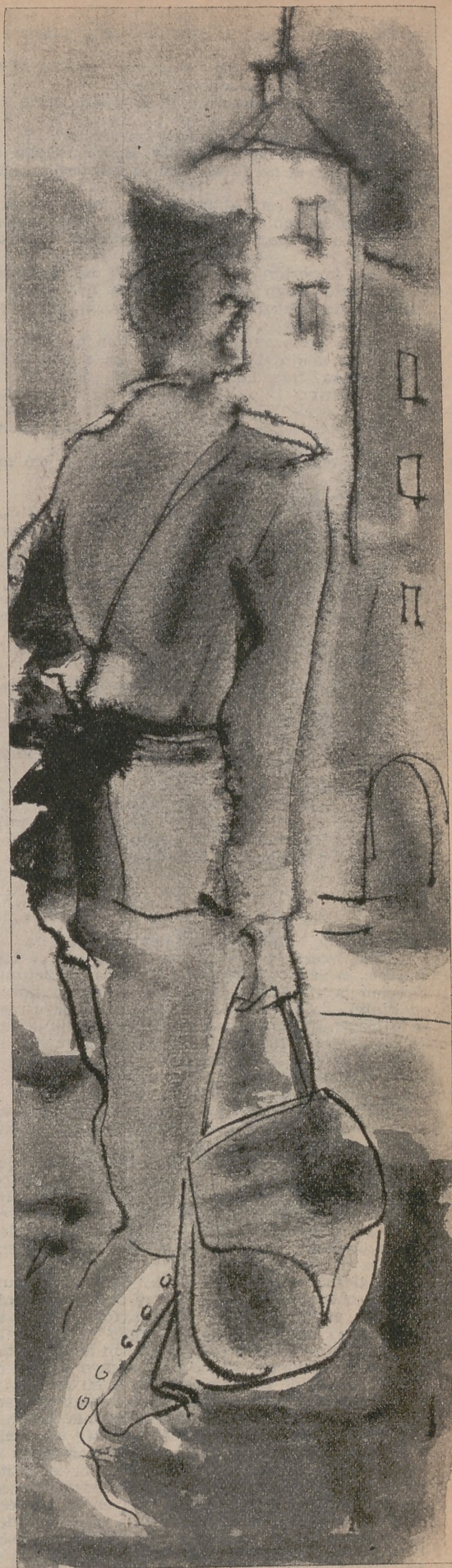
El tren rehiló, estrepitoso, unos segundos, al cruzar el puente de hierro sobre el río. Los viajeros comenzaron a preparar sus equipajes, porque el puente anunciaba la proximidad de la ciudad. Marcelo rebulló, perezoso, y bostezó al concluir su duermevela. Luego, sin prisas, recogió el macuto de la rejilla, lo puso sobre el asiento y, seguido, acomodó a la ventanilla. Le fueron familiarres los pinos en corro de confidencias que se desperdigaban por el paisaje; y las casas blancas, enjabegadas, que salpicaban el verdor de las huertas. Tras la primera curva se le ofreció la ciudad, su ciudad, uniformemente gris, uniformemente alta, sobresaliendo las torres de las iglesias y, sobre todas, la de la catedral. Marcelo se entretuvo en localizar su casa, allí, a la derecha de la catedral; y la del tío Fidel, cerca del parque que se adivinaba en la línea azulverdosa de las copas de los árboles; y la de Silvestre, su amigo de siempre, junto a la cinta de plata del río; y la del teniente Ortiz, al pie de la torre de San Ginés, donde él tendría que ir para llevar a la madre enlutada algunas cosas de Juan Bautista—una cartera, un reloj, una pluma, unas medallas...—que guardaba en el macuto, liadas dentro de un pañuelo anudado; y, también, buscó la casa de Belén, casi furtivamente, como si no lo intentara y la hubiese hallado de pronto, por pura casualidad. Allí estaba, en realidad, la única de todas las verdaderamente visible, inmediata a la estación, con tientos de geranios en las ventanas del último piso. El de ella.

Marcelo, tomó el macuto y lo echó, descuidado, sobre el hombro. Antes de abandonar el compartimento se contempló con disimulo en el espejillo y se halló descolorido, extremosamente pálido, como si los breves días de estancia en el hospital hubieran consumido la morenez que atezaba su rostro curtido en la campaña, al aire libre, bajo el sol estival o los vientos fríos del invierno. Sintió un extraño pudor de mostrar la faz tan blanca, tan estúpidamente blanca, casi afeminada. Salíó al pasillo, atiborrado de soldados que regresaban al hogar. Casi todos reían, jubilosos, y muchos cantaban. Próximo a Marcelo un soldado callaba, limitándose a mirar a los demás con amarga sonrisa, apenas dibujada en sus labios finos, como un trazo torpe sobre el rostro, de los que colgaba la colilla, sucia de nicotina, de un cigarrillo apagado. Cuando Marcelo estuvo junto a él, pudo ver cómo la manga derecha se doblaba por encima del codo, sujeta por un imperdible. Le miró en silencio. No quiso decir nada.

A Marcelo le hubiera gustado saber algo. Pero no hubo tiempo. El tren había entrado en la estación, fumoso, sin escatimar ruidos, escandalizador. Marcelo saltó al andén, repleto de gente; quedó quieto, dejándose ver y, a la vez, buscando a los que sin duda, le aguardaban. Sí, allí estaban.

—¡Madre!—gritó.

Ya le habían visto. El padre tiraba del brazo de su mujer, y ambos, corrían hacia él, llorosos de gozo. El padre llegó primero, pero supo ceder la primacía del abrazo, un abrazo estrecho y largo, a la madre que, aprisionada y feliz entre los brazos de Marcelo, gimoteaba sin cesar:





—Ya terminó todo, ya terminó todo; gracias a Dios.

—Ahora es cuando todo empieza —musitó Marcelo como si hablara consigo mismo.

Y cuando hubo abrazado a su padre, miró en torno para preguntar:

—¿Y el tío Fidel? ¿Cómo no ha venido?

El padre tardó en responder. Se acariciaba el mentón como si no fuese fácil la respuesta; pero al fin, dijo:

—El tío Fidel está ahora muy ocupado. Le hubiera gustado venir a buscarte, pero algo importante se lo ha impedido. Creo que está fuera de la ciudad.

—¿Algo importante? —Marcelo estaba decepcionado—. ¿Hay algo más importante que venir a buscar a un ahijado que le ha nacido, otra vez, hace quince días?

El padre permaneció callado, inquieto. Marcelo miró a su madre buscando una aclaración. Ella, parsimoniosa, forzosamente calmada, se la dió:

—Tu padrino, hijo, se dedica ahora a negocios. Bueno —sonrió—: quiere decir que ha ampliado los que antes tenía. Está ganando mucho dinero —justificó sin fe.

Marcelo clavó los ojos en su padre. Lo vio mirando el suelo, como avergonzado.

—¿Qué es lo que hace?

—Debemos ir para casa, ¿no os parece? Nos estamos quedando solos en la estación —desvió el padre.

Comenzaron a andar. Ya fuera de la estación, en la ancha plaza, en la que aún colgaban los galardetes de las fiestas por la victoria, Marcelo volvió a preguntar, seco, áspero, con palabras mordientes:

—¿Qué es lo que hace?

—¿Quién? —volvió a fingir el padre.

—El tío, ¿quién va a ser? —respondió Marcelo casi brutal.

Todavía su padre anduvo unos pasos, silentes, antes de contestar. Al fin, dijo:

—Pues lo que en todos los negocios: compra y vende.

Y la madre añadió:

—Le debe ir muy bien. En poco tiempo ha hecho dinero, bastante dinero: Ha ganado mucho.

Marcelo, cejijunto siguió andando entre sus padres. Callaba. Callaba él y callaban ellos.

## V

Hacia una mañana típicamente primaveral. El sol, tibio, acariciaba la ciudad. En el parque todo florecía, esplendoroso y en su rosaleda las petunias ofrecían la abundancia hermosa de sus grandes y odorantes flores blancas. Marcelo había atravesado los jardines, sin necesidad, camino de la casa del teniente Ortiz. Iba a llevar a la madre los «efectos personales», como dijera el comandante al darle el encargo, de su hijo muerto. Después, al medio día en la chocolatería de don Hilario, se encontraría con Belén. Le había mandado una nota a su casa citándola, («porque tenía que decirle algo muy importante para los dos»). Al fin se había presentado la ocasión para ello, aunque aquella noche, en el puesto de avanzada, creyó, con motivo, que su declaración quedaría inédita. Había llegado junto a la iglesia de San Ginés y entró en ella para pedirle al Señor que le ayudara en el cometido que iba a realizar seguidamente en casa del teniente Ortiz.

La iglesia estaba casi vacía. Sólo unas mujeres escuchaban la misa que un anciano sacerdote decía en el altar de la Milagrosa. Los pasos de Marcelo resonaron en el templo y una de las mujeres, curiosa, volvió la cabeza sin dejar de murmurar sus oraciones. Marcelo se detuvo al pie del Cristo; antes de prosternarse paseó su mirada en derredor. San Ginés era una iglesia chiquitita, acogedora, poco más grande que la capilla del colegio. Este recuerdo le evocó a Silvestre, su amigo y condiscípulo. Tenía unas ganas tremendas de verlo. Ahora estaba de guarnición por el Norte, pero no tardaría en volver a la ciudad licenciado. Silvestre se había batido bien en la guerra y le había quedado de recuerdo una cicatriz redonda sobre el pecho, como una recompensa indeleble.

Desde la imagen de San Ginés, la mirada de Marcelo se posó en el rayo de luz que cruzaba la nave de arriba abajo, desde un ventanal multico-

lor, allá en la bóveda. Parecía un tobogán de plata por el que se deslizaban millones de partículas de polvo; era como una espada rendida en homenaje a Cristo, que estaba junto a él. Le miró fijamente unos instantes y se arrojó a sus pies ensangrentados mientras se persignaba. Devoto, cró pidiendo inspiración para llevar un poco de consuelo a la madre de Ortiz. Sus ojos se desviaron hacia la imagen de la Virgen, al otro lado del templo, la que tenía clavado en su pecho un cuchillo doloroso. Ella sí que entendería de sufrimientos de madre. Por eso le dedicó una oración. Luego, con los ojos de nuevo en el Cristo, rogó por la victoria reciente, por el camino abierto a la ilusión. También pidió por el tío Fidel, que parecía necesitarlo. Y por el éxito de su próxima entrevista con Belén. «Tiene el nombre de donde naceste, Señor», musitó como una recomendación.

Cuando Marcelo abandonó San Ginés, la claridad le hizo daño en los ojos, que se frotó con fuerza. Luego, calmoso encaminóse a la casa alejada, donde vivía la madre del teniente Ortiz.

## VI

Pasó el trago. La madre de Ortiz lo hizo todo fácil. Era una mujer menudita de cuerpo, a la que achicaba aun más el luto riguroso. Conservaba el cabello negro, a excepción de los aladares, en los que cuajaban las primeras nieves de los años. En su cara chiquita todo era excesivamente diminuto: los ojos, la nariz, la boca, los dientes. Porque la madre de Ortiz sabía sonreír en su pena. Era su sonrisa triste, pero sincera, abierta, cordial: la que brindaba a Marcelo cuando habló de Juan Bautista niño. Había muerto su único hijo, el único hombre de la casa, porque su marido la dejó viuda hacia un buen montón de años. Se lo llevó una pulmonía cuando Juan Bautista ni siquiera iba a la escuela. Había muerto el hijo único y ella quedaba sola con dos hijas, Esther y Marta, dos niñas apenas, y la madre, al recordar a aquél lo evocaba en sus días de niñez, con ternura impresionante. Marcelo sólo vio asomarse las lágrimas a sus ojos un instante, humildes, tímidas, cuando la mujer besaba las medallas que él la llevara. «Una es de cuando nació, y la otra del día de su primera comunión», explicó. Luego habló por primera vez de Juan Bautista hombre, de sus proyectos, de sus ilusiones. Sobre todo de sus ilusiones. Juan Bautista creía en un mundo mejor que habría de nacer entre las cenizas de la guerra. Un mundo mejor del que sería ejemplo su Patria rescatada. Por ello había luchado y por ello había muerto. Su madre se lo decía a Marcelo con la certeza de que así habría de ser. ¿Cómo podría suceder de otro modo? ¿Cómo no habría de acaecer así si su hijo, su único hijo, había muerto precisamente para eso?

—Esther, hija, saca unas magdalenas para este joven—había dicho.

Y Esther sacó las magdalenas caseras y una botella de vino dulce, empalagoso. Mientras Marcelo hacía los honores al obsequio, la mujer se acercó a una cómoda antigua y rebuscó en los cajones. En seguida volvió con una carta.

—Es la última de Juan Bautista—dijo—. La recibí cuando él ya estaba muerto. Yo ya lo sabía y el leer la carta me causó una extraña sensación. Es una tontería, pero me pareció que así no podía ser verdad que Juan Bautista ya no viviera, que lo habría de tener a nuestro lado pronto, como él lo anunciaba. Tenga.

Tendió a Marcelo la carta. Realmente en ella no se decía otra cosa que pronosticar una pronta vuelta al hogar. «Madre, ya te puedes ir preparando —se leía—, porque estoy muy mal acostumbrado y no vas a poder hacer carrera de mí. Me sentaré encima de la colcha bordada, te llenaré de ceniza la alfombra del cuarto grande y me costará un trabajo tremendo limpiarme los zapatos en el viejo felpudo de la puerta. Sólo será al principio, te lo aseguro. Ya verás como en seguida tu colcha no tendrá una arruga, tu alfombra dará gusto verla y tu cera del pasillo brillará como un espejo. Te lo prometo.» Y la promesa, sin tiempo de prueba, estaba trágicamente cumplida. Marcelo, desde su silla, podía ver en el cuarto vecino la colcha bordada y tensa sobre la antigua cama de metal, a sus pies Marcelo tenía la alfombra —una labor de Alpujarra— limpia, y recordaba el brillo

del suelo del corredor, por el que le habían conducido al cuarto grande.

—Estoy segura de que nos visitará con frecuencia.

Marcelo se lo aseguró a la madre de Ortiz cuando ya descendía por las escaleras. No fué un cumplido. Lo dijo sincero, con verdadero deseo de volver. Esther y Marta, detrás de su madre, le habían despedido con anchas sonrisas en sus bocas grandes y bien trazadas, rojas y jugosas, coronando la esbeltez de los cuerpos adolescentes, más espigados por los negros vestidos.

Si, todo había resultado mucho más sencillo de lo que supusiera. Al pasar frente a la puerta de San Ginés, Marcelo rindió la cabeza, como dando gracias por la ayuda concedida. Ahora ya sólo restaba matar una hora escasa —una hora demasiado larga— y acudir a la chocolatería de don Hilario para encontrarse con Belén. Pasearía un poco por la plaza Mayor y se detendría en el escaparate de la librería. Le gustaba contemplar las cubiertas de los libros. Pensó que tendría que rehacer su biblioteca y que no vendría mal dar un vistazo a las últimas novedades.

La plaza Mayor le acogió plena de sol. Se refugió en los seportales y fué andando, calmoso, mirándolo todo, tan conocido y familiar como si acabara de descubrirlo. Junto a él pasaron unas muchachas con la estampa alegre de sus blusas primaverales. Marcelo se volvió a mirarlas. Recordó a Belén. «Bueno, en realidad, todavía no somos nada», se disculpó. Y volvió a mirar a las muchachas, ya lejanas. Cuando llegó frente al escaparate de la librería, se detuvo según había previsto. Allí permaneció un buen rato contemplando libros desconocidos. Consultó el reloj de la torre del Ayuntamiento; aún faltaba media hora para la de la cita con Belén. Decidió pasarla en el interior de la librería hojeando los volúmenes que se extendían en el mostrador central. Buscó alguno que tratara de la guerra, alguna novela en la misma inspirada. No los halló. Pensó que si él fuera escritor escribiría una gran novela de la guerra. Quizá, más tarde, los habría. De todas formas, ya entonces, los echó de menos. Vió uno de Gide y lo abrió al azar. Leyó: «En cualquier circunstancia, lo que da valor al hombre, lo que forma su dignidad y su honor, triunfa —y debe triunfar— sobre todo lo demás, y merece que todo lo restante se le subordine e, incluso, se le inmole.» No le gustaba Gide. El padre José, el de Literatura, decía de él que era un barrabás. Sin embargo, aquel párrafo era bonito. Consultó su reloj: ya podía ir caminando para la chocolatería. Yendo despacio, tenía el tiempo justo. Salió de la librería y se dirigió por la calle Ancha hacia la plazuela donde don Hilario tenía su establecimiento. Llegó a él en seguida, porque no fué despacio. Sin proponérselo, había andado de prisa, casi corriendo. Entró y sentóse en una mesa del fondo, perdida en la penumbra. Se le acercó una camarera joven y guapa.

—Espero a alguien—dijo Marcelo—. Luego pediré.

Por hacer tiempo, recordó las palabras de Gide. Si, el hombre es lo que importa. Todo debe comenzar a cambiar por el hombre. Se ha hecho una guerra por muchas cosas, pero de nada valdría todo el esfuerzo realizado si los hombres —uno a uno, hombre por hombre— no eran mejores. Recordó el hombre nuevo que pedía San Pablo. Todavía se acordaba de esto, de la impresión que le causara cuando les habló de ello el padre Próculo en el colegio. «Si, el hombre es lo que importa», volvió a pensar.

Y al descubrir a Belén tras la vidriera de la puerta dijo en voz alta:

—Bueno: el hombre y la mujer. Naturalmente.

### ORILLA

Marcelo, que pudo ser el último muerto de una guerra, que pudo morir sonriente al borde mismo de la Victoria, prefirió vivir. Y vivió.

Belén compartía su vida, le había dado cinco hijos fuertes y hermosos, le había dado cobijo y comprensión. Belén era la única ilusión no marchita, la única verdad multiplicada en cinco vidas nuevas.

Y Belén, cuando Marcelo estuvo a punto de perderse, de echar por la ventana todo un pasado para mirar el presente con ojos de egoísmo, le dió la mejor prueba de su amor: «Tú puedes, tú y tus hijos y cuantos junto a ti están, y todos aquellos que en tu ejemplo se miran.»



Si, Belén tenía razón. Como la tenían aquellas palabras de Gide y aquellas otras del padre Próculo, cuando les habló, en el colegio, de San Pablo: El hombre es lo que importa.

Otra vez en pie las ilusiones, otra vez izadas como grimpolas del mejor y más difícil combate. «Sigue ilusionado, sigue tu senda, sé leal a la muerte de tus amigos y camaradas, a la muerte de tus mismos enemigos, a tu muerte, que pudo ser, y ser la última. El mundo se salvará contigo.»

Y las palabras de Belén le dieron fuerza, ilusión, seguridad. Las palabras de Belén, que para Marcelo se hicieron consigna apretada con aquellas otras de Alonso de Ojeda:

«El mundo es malo. Pero no importa; yo lo haré mejor.»



## CARTAS DESDE EL SUR DE FRANCIA

## LA CAPELLANIA ESPAÑOLA DE SAN ANTONIO ES HOY LA UNICA ENTIDAD PATRIOTICA QUE AYUDA EN TOULOUSE A NUESTROS EMIGRANTES

### EL PADRE BOHIGAS, UN HOMBRE SIMPATICO, DE PRESENCIA AGRADABLE Y ESPIRITU VALIENTE

MUY cerca del Marché des Carmes, camino del Arzobispado, está la rue Pharaon. La rue Pharaon es una calle estrecha, húmeda, que tiene un permanente aire de mercado. Ahora, en sus olorosas verdulerías, asoman su orejita las habas primerizas. Me agradecería saber explicar en esta carta lo bien que saben adobar—aquí en Toulouse—las habas tiernas. Las he comido hoy en La Mule du Pape, un restaurante italiano sito en la rue Pour Lourmain. El restaurante está adornado con fotos del Vesubio, de Nápoles, de Pisa, de Palermo... En la «carta» puede leerse, en letras grandes, «fèves à la catalane». A la una en punto de la tarde más de cincuenta clientes «toulousains» rinden culto al estilo culinario de mi tierra. El dueño del negocio, con el mandil al hombro, le grita con frecuencia al cocinero, que es cocinera:

—«Fèves, bambina...»

De la cocina llega un halo frondoso de sofrito, de butifarra negra, de perejil picado, de ajo... A trechos, la «bambina» de las habas canta una cosa nueva del viejo Chevalier. Hay un mosaico, bajo una peana coronada de violetas cristalizadas en que leo: «Casa senza donna, barca senza timone...» Entre habas, violetas y retratos virados al sepia, se mueven cinco o seis o siete italianitas. Una mujer robusta, de iluminados ojos, me cobra la «adición».

—¿Sede italiana?—pido.

—«Sí. Da Firenze...»

Le pregunto—pues aun no lo sé—por dónde cae la rue Pharaon. Gesticula. Sus manos son callosas y rojizas. Me acompaña a la puerta, porque soy espagol, según alega. Esa mujer rolliza, cincuentona, blanca y morena, de rostro sonriente recuerda algunos lienzos de la escuela veneciana. Le asoma una medalla de oro con un grabado de una Virgen.

—¿Va usted a la capilla española, «signore»?

Se vuelve entonces y le grita al del mandil:

—«Va in chiesa!...»

—«Benel!...»—asiente el otro, complacido.

### PRIMAVERA EN LAS CALLES

Habas tiernas aparte, me cabe exponer que a esta hora las calles saben a primavera. Discurso por la judaizante rue des Changes y luego por la rue des Filatiers repleta ésta de tiendas de tejidos y pasamanería. No recuerdo haber visto en mi vida otra calle tan uniformemente dedicada a las liquidaciones sistemáticas de saldos. Descubro una enmarañada sucesión de tiendas menuditas, repintadas, provincianas, familiares, con los cristales llenos de letreros y el género boyando en todas partes, espumeante. Hay pancartas inmensas de balcón a balcón, anunciando rebajas fines de mes, fines de temporada, fines de siglo, saldos, retales, gangas, últimos días y, en suma el no va más... Sábanas, toallas, popelines, fibras de nylon y cretonas, y sedas, y percales, fluyen entre una abrumadora competencia de letreros. Los comer-



El llamado Puente de España, en Caunterets, un bello paraje del sur de Francia

“Recuerde que Toulouse es un punto vital del comunismo y del anarquismo internacional”



Ofrecemos aquí dos detalles de los frisos evocadores del Año Santo Compostelano, pintados en las paredes de la Capellania Española de Toulouse

cientos salen a las puertas de sus tiendas, donde les acaricia un sol filtrado—un sol que se perfuma de hilo de algodón, de lana— y en los balcones juegan niños blancuzcos, niños de callejón, vestidos con camisas color caqui, color verde vejiga, color azul de mar. Atraviesan la calle las bicicletas motorizadas de los obreros, los automóviles comerciales y alguna vez un camión se detiene frente a alguna de las tiendas y empieza a descargar fardos que apestan a naftalina. El aire, entonces, vibra como un gran motor «Diesel» y despiden un tufillo de gasolina, entre alientos de campo, de Garona grumoso, de alquitranada primavera ciudadana.

Dan las dos. Pasan francesas jóvenes fumando rubio. Algunas usan pantalones largos. La tarde empieza a madurar y todo adquiere un plácido discurrir digestivo. Tomo café en algún lugar, entre unas mesas automáticas de no sé qué. Pregunto nuevamente por la rue Pharaon: que si «a droite», que si «en gauche»... La place des Carmes: está cerrado el mercadillo, pero el ambiente huele a zanañoria. Un estanco: sellos, tabaco... «Mañana moriré»...—reza el cartel anunciador de una película. Es un cartel de fondo lila. ¿Morir mañana?... El tiempo es estupendo. No, no; mañana no. Si acaso, pasado mañana... U otro día, un día de invierno, crudo, con las ventanas bien cerradas y olor a estufa eléctrica...

#### LA CAPILLA ESPAÑOLA

En el número 20 de la rue Pharaon hay una vieja iglesia, elevada con ladrillo del llano «toulousain». La fachada es muy pobre. Desearía explicarles la historia de este templo, pero tendría que inventarla, porque no la conozco.

En el número 20—desde septiembre de 1952—se alberga la Capellania Española de San Antonio. El arzobispo la cedió al padre Celestino Bohigas, redentorista, director de la misma. Depende la entidad, directamente, de la romana Consistorial de Ri-

Detalle del Belén montado por emigrantes españoles de Toulouse

tos, presidida por el cardenal Piazzai.

La iglesia es por dentro espaciosa y produce la impresión de haber estado descuidada durante años. Huele a pintura. Es pobre, austera. El presupuesto anual de la Capellania es muy migrado: medio millón de francos, es decir, menos de diez mil duros. Con esa cantidad el «pater» ha de cubrir sus gastos y los gastos parroquiales, y aun, encima de eso, ha de ayudar a algunos de entre los cincuenta mil españoles que viven aquí, sin contar a los que residen en la extensa demarcación confiada a su cuidado. Por más rebajas que hagan en las tiendas de la rue des Filatiers, los numercs no salen...

#### EL PADRE BOHIGAS

El «pater» es un hombre de unos cuarenta años, murciano, de textura fuerte, moreno, grefiudo, ni alto, ni bajo, de aspecto deportivo, enérgico él, inteligente. Procede de Comillas. Antes, por lo que creo, había sido lector de castellano en Dax. Transpira simpatía. Es cordial, llano. Me dice, antes de que me sienten en su despacho:

—Debo más de un millón de francos...

—¿Cómo podrá pagarlos?

—No lo sé. Desde que estoy aquí, debo dinero. Ya empiezo a estar acostumbrado...

Exhibe las facturas: un mortón.

—La subvención de Roma—arroye—no alcanza ni con mucho a cubrir gastos. En este último año, los católicos de los Estados Unidos me han confiado lotes navideños de comida. Entre la Nochebuena y la Nochevieja dis-

tribuí más de 1.500 entre familias españolas. Atiendo aquí millares y millares de consultas. ¿Quiere saber la cifra aproximada de ellas en el último año?... Nueve mil...

—Casi treinta por día...

—Son muchos los que no se atreven a ir al Consulado. La Prensa española de aquí les ha hecho creer que en cuanto visitan al cónsul, éste les inscribe y pierden sus derechos de residentes «privilegiados». Muchos vienen a horas intempestivas, procurando no ser vistos. Yo hago cuanto puedo para convencerles de que se inscriban de verdad en el Consulado. Casi todos terminan por hacerlo, porque esta es la mejor manera de encontrar protección real...

—La Rectoría Española—pido—, ¿es la única entidad no consular que ayuda en Toulouse a nuestros emigrantes?

—Es la única entidad patriótica. Tenga en cuenta que existen oficinas de ayuda subvencionadas por la masonería y por el comunismo. Los protestantes mantienen el Unitarian Service Comity. Y conservan sus nudos de socorro y captación de adeptos los partidos políticos extremistas de muchas naciones, especialmente los partidos ingleses, noruegos, suizos y belgas. Recuerde que Toulouse es un punto vital del anarquismo y del comunismo. Aquí existe el Secretariado Internacional Anarquista. Los congresos anuales anarquistas tienen lugar en su local.

La Rectoría Española de Toulouse—según me dice el padre Bohigas—se extiende, además de a la Haute Garonne, a las comarcas del Tarne y del Ariège, y comprende, entre otras, ciudades como Pamiers y Montauban, con 7.500 y 15.000 españoles. Parece ser que, casi en general, los 6 ó 7.000 españoles que residen aquí desde antes de nuestra guerra, perdieron su contacto con la fe. Como grupo católico, el más antiguo es el vaso.

—La Prensa publicada por los partidos extremistas exilados—continúa—mantiene, desde hace dieciséis años, una campaña insidiosa contra el catolicismo. Los partidos apoyan esa campaña empleando todos los medios. En Tarbes se ha llegado en este aspecto a extremos denigrantes.



Los comunistas, cuando se enteran de que una pareja casada sólo civilmente desea contraer matrimonio canónico, les ofrece dinero para que desistan. Lo más corriente es dar 30.000 francos. Me he encontrado con casos en que el partido había llegado a pujar hasta los 50.000...

—¿Cuáles son, a su juicio, los enemigos de la Capellania Española?

—Los sindicalistas revolucionarios de la C. N. T. y los anarquistas colaboracionistas. Por medio de sus semanarios «España Libre» y «C. N. T.» siembran la confusión. Los comunistas tuvieron hasta hace poco, a orillas del Garca, el llamado hospital Varsovia, además de un dispensario en el Courdillón. En ambos sitios, se entraba estando enfermo y se salía con el carnet del partido...

—¿Les atacan también los socialistas?

—Sí. Aunque, en sus dos tendencias, se muestran un poquito más moderados...

—¿A qué tendencias se refiere?

—A la tendencia Prieto y a la tendencia Largo Caballero...

—¿Es que hubo una escisión?

—Le hablo de la escisión número uno, tuvo lugar cuando se separaron los del P. S. O. E. de los del P. S. U. C.

—Creo, «pater», que para entender esto hay que fijarse mucho...

—Pues no vale la pena. Además, no me interesa a mí. Yo busco españoles para mi capilla. No importa su anagrama...

—¿Qué hacen los izquierdistas?

—Nos combaten mudhísimo.

—¿Y los separatistas?

—Se declaran indiferentes, pero hacen labor de zapa...

—¿Qué haría usted si la Capellania dispusiera de medios ilimitados?

El sacerdote calla. Luego, amagando los ojos, musita, ilusionado:

—Establecer un pequeño hospital, con dispensario anexo, cuidado por unas monjitas españolas; cuidar de la asistencia humana y religiosa de los fieles; misionar; y apoyar, asesorar, buscar trabajo a los parados... Y, además—continúa—, fundaría una revista. Fundar aquí una revista es esencial para el catolicismo español...

—¿Por qué?

—Pues porque no nos llega el eco de la Prensa nacional. Y no podemos defendernos contra los ataques de que somos objeto. Y, en fin porque dieciséis años de silencio son muchos años, muchos...

—¿Ganaría dinero esa revista?

—El primer año perdería 20.000 duros. Después, estoy seguro de que saldría adelante por sus propios méritos. Son muchos, muchos, los españoles que desean tener un contacto directo con su Patria...

## HISTORIA DE MIL FRANCOS

Llaman ahora a la puerta del despacho. Asoma un hombre enjuto, avellanado, y el sacerdote le manda que entre.

—Mi sacristán...—me dice.

El sacristán cojea. Según sa-

bré después, perdió una pierna hace cuatro o cinco años, en una marmolería pirenaica. Se expresa el hombre—está hablando con el padre—con acento madrileño. Le observo. Tendrá como unos cincuenta años pero está muy avejentado. Burch, el del Bar de l'Opera, me dirá, dentro de unas horas, refiriéndose a él:

—Fué el jefe de la checa de la Moncloa. Antes quemaba iglesias. Ahora las guarda. Está muy transformado y sufre por lo que hizo...

El sacristán le dice al rector que ha llegado la señora Revuelta. La señora Revuelta es una anciana dama, natural de Figueras, viuda de un general de la República que fué Gobernador Militar de Cádiz. Constituida en el brazo derecho de la Capellania, cuida ella del ropero parroquial—muy pobre, por desgracia—de la limpieza, de la propaganda...

—Dígale a la señora Revuelta—indica el «pater»—que comience a atender a las visitas...

—Hay veinticuatro personas esperando, padre...

—Bien.

—Padre, ¿le doy algo a la Juarez?...

—¿Ha vuelto?

—Sí...

—¿Está ya bien su «peque»?...

—Tiene tos, mucha tos. Puede que sea el sarampión...

El sacerdote se saca un billete de mil francos y se lo da a su acólito.

—Oiga...—insinúa éste, con timidez—; ¿no será demasiado?

El sacerdote ha sonreído, como sin querer. Su sonrisa está llena de bondad, de cansancio, de ilusión...

## ATAQUES DE LOS EXTREMISTAS

Casi no pasa una semana sin que la Prensa de los partidos extremistas exilados ataque duramente al padre Bohigas. Le censuran por todo, hasta por su afición a la Fiesta taurina. También parecen resentidos los redactores de esa Prensa por el hecho de que el padre Bohigas sea un hombre simpático de presencia agradable y espíritu valiente, dispuesto siempre a compartir una hora de su vida con cualquier español, sea éste anarquista, anticlerical o aficionado a las quinielas. Sabe reír un chiste y hace gimnasia y se pega unos madrugones formidables. Es un hombre culto, erudito, ameno, deportivo, incansable, que se rapa con maquinilla eléctrica y conduce el volante como si fuese Fangio. No obstante la referida Prensa le ataca por tales cosas, sin perdonarle el aire juvenil, la honesta liberalidad con que se produce en público.

He aquí, pues, que los hombres que antaño combatieron al sacerdocio tildándole de arcaico, ahora se escandalizan como unas comadres cuando un cura moderno, íntegro y bueno, les bate con las mismas armas por ellos antes propugnadas.

—¿Quién se explica eso?...

No creo exagerar si digo que la labor de puro españolismo realizada por el «pater» Celestino Bohigas es, después de la que desarrolla el Consulado, la de

más trascendencia patriótica. En estos días he conocido a docenas y docenas de españoles emigrantes, y todos ellos han coincidido en elogiarla. Incluso poquitos «políticos» activistas que han admitido dialogar en torno a su figura, coinciden en reconocer las arrolladoras dotes de captación que este hombre posee. Son esas dotes las que escandalizan a sus enemigos. Porque el «pater» los tiene, claro está, y encarnizados...

## LA CAPTACION DE AMIGOS

—Cuando llegué a Toulouse y me hice cargo de esta iglesia—explica—estaba solo. Intenté dirigir un llamamiento a la Colonia, pero la Prensa me boicoteó. Entonces me dirigí a una agrupación integrada, en su mayor parte, por españoles emigrantes. Me recibieron, al principio, con frialdad. Pesaban mucho los prejuicios...

Con fe y sin ningún dinero comenzó él a conquistar las simpatías de sus compatriotas. En ningún sitio olvidó el «pater» su misión estricta de sacerdote Iba en busca de españoles, sin importarle nada la filiación política de éstos, ni su ideario, ni sus actividades. Buscaba almas para Dios.

De aquí y de allá empezó a ganar adeptos. Algunos, al principio, pusieron por delante la fórmula sabida: «Mire usted, padre, yo soy indiferente en materia de fe. Pero usted me cae simpático, y espero poder ayudarle...»

Todos los días, muy de madrugada, rezaba él una misa. Acudían a oír algunos fieles de la rue Pharaón. Los domingos, algunos españoles, pocos, se dirigían a la Capellania.

—Los practicantes, los ortodoxos—indica el «pater»—, tenían ya preestablecidas sus costumbres. Cada cual solía ir a su iglesia predilecta...

Gracias a contadísimas aportaciones privadas y a su espíritu audaz, al cabo de unos meses había conseguido realizar importantes arreglos en el templo. Decidió celebrar una fiesta religiosa, con oficio cantado y alquiló unos altavoces, y se agenció una gramola desvencijada. Pidió al arzobispado unos discos de Perosi y con este bagaje se puso a reclutar adeptos.

—La noche de aquel sábado—dice—buscando en todas partes a los que habían de llenar el templo a la mañana siguiente. Tenía miedo al fracaso. A los amigos de la Agrupación El Toro les rogó que asistieran. Algunos eran anarquistas. Me opuse uno de estos últimos: «No puedo ir a la iglesia porque estoy aun sin bautizar...» «No importa—repliqué—; yo te bautizaré en cuanto tú lo pidas...»

—¿Qué tal fué la ceremonia?

—¿El oficio?... Ah...—ríe con fuerza—. El éxito asombró a la misma Empresa... Lo peor fué que los discos no sincronizaban con la marcha de la misa. Sufrí y gocé... Por la tarde, el anarquista que aun no estaba bautizado, vino a verme, acompañado de un matrimonio amigo. Se arrodilló a mis pies, y dijo: «Confíeseme y bautíceme...» Lo hice en seguida. Lloraba él.

Recuerdo que la iglesia estaba fría y que una mujeruca rezaba algo en francés, al pie del Cristo...

#### UN LLAMAMIENTO A ESPAÑA

Ya tenía su sacristán. Ahora, además de éste y de la señora Revuelta, le ayudan varias señoritas madrileñas y un catalán, que cuida las campanas amorosamente, como si fuesen niños. Los domingos por la mañana el templo de la rue Pharaón se llena a rabosar. Acuden cientos de españoles. Muchos se quedan en la calle.

Por la tarde reúne el «pater» a los jóvenes en la vivienda contigua a la sacristía. Cada cual paga a escote su merienda. Ponen la radio, charlan, organizan sesiones teatrales, ensayan con el fin de acoplarse en un coro...

—Este invierno hemos iniciado las pinturas de los frisos. Las Virgenes de España, la romería a Santiago... Si dispusiera de dinero arreglaría muchas cosas más. La iglesia está aún desmantelada. Puse una biblioteca parroquial en la sacristía con mi propio dinero, pero, claro, no cuenta ni con medio centenar de obras. ¿Qué sucede en España?... ¿Se acuerdan de nosotros los católicos españoles?... ¿Y los de América?...—pide, angustiado.

—Creo que, en parte, la misión que me trae es la de informar sobre el problema de esa Capellanía a los españoles que viven en España. Y espero que esa información se extienda por la América latina. Un hombre como usted, que está al cuidado de casi 100.000 almas españolas, necesita un apoyo generoso y multitudinario...

—A veces, aisladamente, me llega alguna aportación particular enviada desde España. Pero eso es muy poco si se compara con las enormes cifras de dinero desplegadas aquí por el protestantismo, por la masonería, por el comunismo... Estamos solos contra todo. Esto, a ratos, resulta desolador. Nos atacan, nos hunden. ¡Y luchamos, luchamos!...—gesticula—. ¡Si viera usted cómo nos ponen!...

—Y, sin embargo, usted gana prosélitos...

—Los gano porque en la base de todo hay conciencia católica. Los españoles tienen fe, una fe profunda, atávica. Si yo pudiera ayudarlos más, si pudiese pagar a otro sacerdote para que me



El padre Celestino Bohigas, redentorista, rector de la Capilla Española de San Antonio, de Toulouse

auxiliase, si me fuera posible ampliar la biblioteca y el ropero y fundar una revista... Sí, sí, claro... Usted dirá que prosperamos, que la Capellanía Española gana adaptos a diario... Pero yo le aseguro que esta obra es escasa, miserable, comparada con la que podría llegar a realizarse... Da pena que nuestra Misión sea la más pobre!...

#### EL ROPERO Y LA VIRGEN DE MONTSERRAT

El «pater» me acompaña y me muestra la iglesia. La señora Revuelta le recuerda lo lindo que está el ropero. Volvemos hacia atrás. El ropero está limpio. Veinte o treinta camisas viejas, bragas de niño, calcetines, un par de americanas... Nada... El ropero está limpio, y espera, espera... Por cada prenda que entra en él hay diez o doce peticiones... Sí, está limpio, muy limpio...

Volvemos sobre nuestros pasos. El sacristán alega que se ha olvidado de quitar el polvo a las imágenes. La señora Revuelta corre a encender las luces. Se me acerca. Es bajita, simpática. Tiene el pelo canoso. Sus ojos son aun muy hermosos.

—¿Ha visto—dice—lo bonita que queda la Virgen de Montserrat?...

Levanto la cabeza. La «Moreneta» catalana, rodeada de romeros, me contempla, con subli-

me tristeza. El sacristán me muestra, con insistencia, la romería de Santiago. Dice que él sirvió de modelo a uno de los peregrinos, el del hatillo al hombro.

—La madre de Martín también ha vuelto...—susurra, luego, este hombre, dirigiéndose al padre.

Y el padre vuelve a sonreír. Y se lleva la mano a la cartera.

—Debo más de un millón de francos...—repite, ensimismado.

Una muchacha madrileña, en la sacristía, hojea una novela, de esas en que el protagonista es ingeniero y se llama René. Al descubrir al «pater» se la esconde. La luz, a través de una ventana, titila sobre unas mimisas. El padre Bohigas asoma a la puerta de la antesala. La antesala rebosa. Sonríe él, sonríe... El padre es muy moreno. Los españoles que le atienden parpadean al verle. La señora Revuelta se pone regañona, al murmurar:

—Un día de esos, al paso que vamos, nos embaigarán...

Cuando salgo a la calle se tropiezan conmigo los chicos de una escuela.

Me parece que vuelvo a divagar. Termino. Gracias. Hasta la próxima semana. Pienso escribirles desde Lourdes. Lourdes, en cierto modo, es también español...

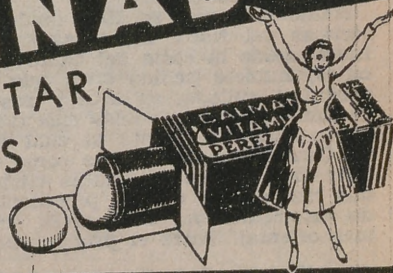
Jaime POL GIRBAL  
(Enviado especial)



Ya todo ha pasado... con

# CALMANTE VITAMINADO

## LA TABLETA QUE DA BIENESTAR Y TONIFICA LOS NERVIOS



C.S. 12898

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# LA VIDA COTIDIANA DE LOS AZTECAS

Por Jacques SOUSTELLE

EN una interesante colección editada por la librería Hachette dedicada a dar a conocer la vida cotidiana de los diversos pueblos del mundo, ha aparecido recientemente una obra de Jacques Soustelle, actual gobernador de Argelia, sobre las costumbres y modos de vida de los aztecas en el momento en que se inició la conquista española. El libro, en su conjunto, constituye un interesante estudio de toda la cuestión, y raro es el aspecto que no se abarca o se concreta. Por otra parte, el libro tiene el mérito de seguir, salvo en pequeños detalles, los documentos dejados por nuestros conquistadores y misioneros, a los que, en general, estima y aprecia en casi todo su valor.

SOUSTELLE (Jacques). LA VIE QUOTIDIENNE DES AZTEQUES (A la veille de la conquête espagnole). Librairie Hachette. — París 1955.

## DOS MUNDOS QUE SE ENCUENTRAN

SOBRE el vasto territorio de Méjico, desde hace dos o tres milenios antes de nuestra Era hasta el año 1519, que vio la invasión de los europeos, diversas civilizaciones se han sucedido una tras otra, surgiendo y derrumbándose después como las olas del mar; por ello que nos es necesario situar con precisión en el tiempo y en el espacio el tema de este libro.

Es la vida de los mejicanos—los Méjica, como ellos mismos se llaman a comienzos del siglo XVI—la que vamos a describir. A fines de cada «siglo» indígena, que duraba cincuenta y dos años, se celebraba la gran fiesta del fuego nuevo, la de la «ligazón de los años». La última tuvo lugar en 1507, bajo el reinado del emperador Moctezuma II. La civilización mejicana estaba entonces en plena preponderancia, totalmente joven. No había ni un siglo siquiera que el primero de los grandes soberanos, Itzcoatl (1428-1440), había fundado la liga de las tres ciudades, de las cuales Méjico-Tenochtitlan se había convertido en capital. Era allí, a 2.200 metros de altitud, en el fondo del valle central que dominan volcanes cubiertos de nieves eternas, al borde y sobre la propia agua de las lagunas, donde se había constituido en algunas decenas de años el poder más extenso que esta parte del mundo jamás conoció.

Nadie entonces, en 1507, desde las estepas desérticas del Norte hasta las selvas tórridas del Istmo, desde la costa del Golfo hasta la del Pacífico, hubiese podido creer que el enorme Imperio, su cultura, su arte y sus dioses iban a derrumbarse algunos años más tarde en un cataclismo histórico, frente al cual la misma caída de Constantinopla aparece como un desastre relativamente moderado. Nadie sabía en Méjico que una raza de piel blanca, procedente de otro mundo, acampaba ya, desde 1492, en las islas del mar oriental. Entre el primer viaje de Cristóbal

JACQUES SOUSTELLE



LA VIE QUOTIDIENNE  
DES AZTÈQUES

A LA VEILLE DE LA CONQUÊTE  
ESPAGNOLE

LIBRAIRIE HACHETTE

Colón y el desembarco de Hernán Cortés sobre el continente transcurren veintiséis años. Descanso de un cuarto de siglo, durante el cual dos universos que se ignoran viven el uno junto al otro, separados por un brazo de mar.

En Europa, el mundo moderno comienza a romper su nuevo camino. En este año de 1507, en el que los mejicanos «ligan los años», una vez más, encendiendo el fuego sobre la cima de sus montes, Iutero se acaba de ordenar sacerdote. Hace un año Leonardo de Vinci ha pintado «La Gioconda» y Bramante ha comenzado «San Pedro de Roma». Francia está comprometida en las grandes guerras de Italia. En Florencia, Nicolás Maquiavelo es secretario de Estado para la milicia. España ha acabado la reconquista de su suelo, derrotando a los moros en Granada; una expansión irresistible arrastra a sus carabelas, a sus guerreros y a sus misioneros hacia las tierras nuevamente descubiertas. Pero su impulso no ha superado todavía las islas: Bahamas, Cuba, Haití. La costa del Continente no ha sido más que rozada en Honduras y Darien. Ni un solo blanco sabe aún que más allá del estrecho de Yucatán y del golfo de Méjico se extienden tierras inmensas con ciudades hormigueantes de hombres, con sus guerras, sus Estados y sus templos.

En el propio Méjico ignoran también el destino que llama ya a su puerta. El emperador prosigue metódicamente la administración de los territorios sobre los que reina el pueblo dominador de los Méjica. Una a una caen las últimas ciudades libres, los poblados lejanos de los trópicos se inclinan ante el poder que amana de la alta llanura central. Ciertamente, algunos pequeños Estados conservan su independencia, como la república aristocrática de Tlaxcala, enclavada en el corazón del Imperio, asediada, cortada de todo trato y de toda salida.

## LOS PROBLEMAS DE UNA GRAN CIUDAD

El mismo nombre de la ciudad imperial no está exento de un cierto misterio. La doble denominación de «Méjico-Tenochtitlan» plantea, en efecto, varios problemas. Sobre todo en lo que se refiere al significado de Méjico. Algunos creen que se refiere al símbolo del águila que se inclina sobre el captus y que tiene en el pico una serpiente. Este águila sería la representación de Mexitli, otro nombre del gran dios nacional. Sin embargo, algunos se mantienen firmes a la etimología del nombre, y, apoyándose en la autoridad del padre Antonio del Rincón, descubren la raíz de la palabra metzli, la luna, y la de xictli, el ombligo o el centro. En este caso, Méjico sería la ciudad que está en el medio del lago de la luna.

En la época de la conquista española, la ciudad de Méjico englobaba a la vez Tenochtitlan y Tlatelolco. Este «gran Méjico» era una creación reciente. Tlatelolco había sido poblado por una fracción separada de la tribu mejicana, que había creado allí su propia ciudad, con una dinastía originaria de Azcapotzalco. Esta ciudad había prosperado por la guerra y el comercio. Pero la presencia al alcance de una flecha de una ciudad pariente y rival a la vez, no podía ser indefinidamente soportada, por los soberanos me-

jicanos. El pretexto del conflicto lo suministraron los propios Tlatelolca. Su rey, que se había casado con una hermana del emperador, trataba a ésta desdenosamente. Las relaciones se agriaron hasta tal punto que la guerra estalló, y en 1473 los aztecas invadieron la ciudad y se apoderaron del gran templo. El rey Moquiuixtil fue precipitado desde lo alto de la pirámide y descuartizado. Desde entonces Tlatelolco perdió su individualidad y se incorporó a la capital bajo las órdenes del gobernador.

Todos los testigos oculares, los conquistadores, que, según la expresión de Bernal Díaz del Castillo, vieron cosas jamás vistas ni siquiera soñadas, se muestran unánimes en expresar su admiración ante el esplendor de la ciudad, Ciudad lacustre en toda su extensión, incluso en su centro (se podía ir en barco hasta el palacio de Moctezuma), Méjico se comunicaba con la costa por las tres grandes calzadas que mencionan Cortés y Díaz.

Una aglomeración tan vasta y tan poblada planteaba a sus dirigentes problemas cuyos fundadores, dos siglos antes, no habían tenido la más mínima idea. El del abastecimiento, si se juzga por la abundancia de los mercados, estaba resuelto sin grandes dificultades. De hecho, constantes bandadas de navios convergían incesantemente hacia la ciudad lacustre cargados de géneros alimenticios. Señalemos de paso aquí que en un país donde no existía ningún animal de carga, ni ningún coche, ni vehículo terrestre, el transporte acuático estaba muy lejos de ser el más eficaz y el más rápido. Es precisamente a causa del agua donde encontraban los mejicanos las dificultades más graves. El valle de Méjico ha sido forjado de tal manera por la Naturaleza, que sufre a la vez dos inconvenientes contradictorios: hoy, como entonces, hay siempre o escasez o abundancia de agua, sufriendose alternativamente inundaciones y sequías. En la estación de las lluvias, tempestades de una violencia increíble acumulan en un instante en el fondo de esta vasta pila una capa de agua que lentamente se desaloja. En la estación seca, la alimentación de una gran parte de la ciudad de agua potable, por obra de jardines, se hace muy difícil. La parte del lago en donde se encuentra Méjico era poco profunda, y la repoblación agotaba gradualmente la capa acuática. Pero en aquella época el clima del valle se hizo más húmedo, y en el conjunto era mejor que hoy, y, por lo tanto, menos sometidos a variaciones extremas. La desaparición de la laguna no hizo nada por mejorarla.

Al principio los mejicanos no debían pasar grandes trabajos para proveerse de agua potable. Las fuentes, que surgían del suelo en la isla central bastaban, sin duda, ampliamente. Estas fuentes servían todavía parcialmente para el suministro de agua de la población del siglo XVI. El agua del lago era impropia para el consumo, pues estaba cargada de sal.

A medida que la población aumentaba, los manantiales se hicieron insuficientes. No había ya otra solución sino la de traer agua potable de fuentes que se encontrarán en tierra firme. De aquí surgió la idea de un acueducto, que fué construido bajo Moctezuma I, y que, procedente de un manantial distante cinco kilómetros del centro de la ciudad, subsanaba la grave dificultad. El acueducto era de piedra y de cemento (todos los testimonios están de acuerdo en este punto), y llevaba dos conductos, cada uno del grosor del cuerpo de un hombre. Se utilizaba alternativamente una de estas conducciones y periódicamente se hacía pasar el agua del uno al otro con el fin de proceder a la limpieza del que se vaciaba. Como la presión demográfica aumentaba, este acueducto resultó también insuficiente, y se construyó uno nuevo. La realización de esta obra fué precedida por un ensayo desgraciado, que prueba cuán frágil era el equilibrio natural del lago y de las islas. El relato del suceso, tal como nos ha llegado, está saturado de una multitud de incidentes mágicos, lo cual demuestra cómo fueron conmocionados los espíritus.

Cuando se construyó el acueducto, el agua corría por él tan impetuosamente que se desbordó, y al cabo de cuarenta días la situación se hizo grave. El nivel del lago subía constantemente. Fueron los pescadores los primeros que dieron la alarma, y después la inundación se desencadenó, haciendo que se derrumbaran las casas. Los campos de maíz fueron devastados y se comenzó a

temer el hambre. Numerosas personas se ahogaron y otras abandonaron la villa.

Según la leyenda, se llamó al rey de Texcoco para que tomase la dirección de las operaciones mágicotécnicas. Estas consistieron en que varios altos dignatarios fueron sacrificados y sus corazones arrojados a la fuente, en unión de piedras preciosas, oro y paños bordados. Después, quince hombres se arrojaron al agua y lograron obstruir las aberturas por las que surgía el agua con tanta fuerza.

#### LA VESTIMENTA Y LAS MODAS ENTRE LOS AZTECAS

La Naturaleza, que ha dado a los indios una barba escasa y poco espesa, les economizó los problemas y los inconvenientes que sufrieron los grecorromanos y que conocen hoy los europeos. No se afeitaban. Los ancianos acababan por adornar su mentón de una barba muy semejante a las que se ven en las esculturas y en las pinturas del Extremo Oriente cuando nos muestran a sabios chinos. Esta barba era también un signo de sabiduría.

Los cuidados de la belleza femenina se reducían en Méjico de un arsenal bastante semejante al de nuestro Viejo Mundo: espejos de obsidiana y de pirla cuidadosamente pulidas, ungüentos, pastas y perfumes. Las mujeres de un natural bronceado oscuro buscaban darse un tinte amarillo claro, con el cual se ven frecuentemente representadas en los manuscritos ilustrados, en oposición a los hombres. Utilizaban para ello un ungüento llamado axin o una tierra amarilla, tecozauitl, que era tan buscada que ciertas provincias la suministraban como tributo. La costumbre de teñirse los dientes de negro o de rojo estaba extendida entre algunos pueblos, y algunas mujeres de Méjico la hicieron suya. En cuanto a sus cabellos, la moda que prevalecía en la época de la conquista era la de levantarlos sobre la cabeza de manera que formaran por encima de la frente dos bultos semejantes a pequeños cuernos.

La moda femenina de Méjico tendía a reaccionar contra el gusto bárbaro por la ornamentación que reinaba en los pueblos vecinos. Las mujeres de la tribu otomí, no contentas con llenarse de afeites y teñirse los dientes, llegaban a cubrirse de tatuaje el pecho y los brazos, con una decoración azul muy fina que se pintaba en la carne con pequeños cuchillos. En Tenochtitlan, una mujer de la clase dirigente era ensalzada por no recurrir más que a la simple limpieza para hacer valer sus encantos. Por la mañana le dice un padre a su hija: «Lávate la cara, lávate las manos, lávate la boca... Escucha, hija mía, nunca llegues a ponerte colorete en el rostro o a pintarte la boca para parecer bella; los afeites y los colores son cosas que sólo sirven para las mujeres ligeras, para las mujeres desvergonzadas. Si quieres que tu marido te quiera, vístete bien, lávate y limpia tus vestidos.»

Eran las auitanime, es decir, las cortesanas asociadas a los jóvenes guerreros, las que recurrían a estas recetas de belleza. La cortesana «se cuida y se viste con tanto cuidado que parece una flor una vez que está enderezada. Y para prepararse se mira primero en su espejo, se baña, se lava y se refresca con el fin de complacer...»

#### LA COMIDA Y EL TABACO

El mejicano de otros tiempos era de una gran frugalidad, como lo es también el de hoy. Se contentaba la mayor parte de las veces con un alimento poco abundante y monótono, esencialmente compuesto de maíz. Cuando se levantaba, al alba, no había ninguna comida preparada ni previsto, es decir, no desayunaba. Era solamente después de algunas horas de trabajo, hacia las diez de la mañana, cuando tomaba la primera comida de la jornada, casi siempre un cazo de atollí, plato compuesto de maíz más o menos espeso y azucarado con miel y algunas veces acompañado de pimienta. Los ricos, los dignatarios, podían beber cacao, producto de lujo importado de las tierras cálidas, sazonado con miel, perfumada de vainilla, y también algunas veces mezclado con maíz verde.

Para todos, la gran comida era la de mediodía, durante las horas de más calor, y a la que se le hacía seguir una corta siesta. Para las gentes sencillas era un asunto raro. Un plato de maíz, algunas habichuelas, salsa de pimienta y tomate. En casos muy raros, carne. La familia, sentada



alrededor del hogar en esterillas, se engullía rápidamente esta frugal colación. Era muy corriente que los hombres, retenidos por su trabajo fuera de casa, sacasen de un pequeño saco la comida que le había preparado por la mañana su mujer.

Naturalmente, en casa de los grandes las comidas se enriquecían con numerosos y variados platos. Para Moctezuma se preparaban cada día más de trescientos platos, y un millar para las gentes de palacio. El emperador antes de comer recogía los manjares de la jornada: faisanes, peridices, pavos, liebres, conejos, etc., etc. Después comía solo en una mesa baja con mantel y servilletas blancas. Cuatro mujeres muy hermosas y muy limpias le daban agua. De vez en cuando el soberano se dignaba distinguir a uno de sus dignatarios y le ofrecía alguno de los platos que le agradaban. Cuando había terminado el primer y principal servicio, se le traían frutos de todas las especies que se producían en el país. Después bebía cacao y se lavaba las manos, como al principio de la comida.

La habilidad de los cocineros aztecas se manifiesta por una variedad enorme de platos. El cronista español Bernardino de Sahagún enumera enorme variedad de recetas referentes a los más diversos platos.

Se comía el perro, pero de una especie particular que no tenía pelo y al que se le cebaba para el consumo. Su carne era menos estimada que la del pavo, pues, según nos dice Sahagún, se colocaba esta carne en la parte baja de los platos y encima la de los pavos para «hacer bultos». A pesar de todo se criaba mucho estos animales, y el cronista Muñoz Camargo declara que él mismo tenía algunos después de la conquista. Este uso se perdió por la introducción del ganado europeo, y también porque el sacrificio de los perros estaba extrañamente mezclado con ciertas ceremonias paganas, en las que intervinieron las autoridades españolas para impedirlos.

El tabaco representaba también un gran papel por lo menos entre la clase dirigente y entre los comerciantes. Se distribuía tabaco entre todos los convidados al fin de las comidas dentro de unas pipas especialmente preparadas. Eran pipas cilíndricas, algunas veces de tierra cocida, sin cazolleta, ricamente decoradas y llenas por una mezcla de tabaco y otras sustancias. Se obtenía así una especie de gran cigarro aromático cuyo gusto debía ser muy distinto del que obtenemos hoy de nuestros cigarros. Se fumaba poco fuera de las comidas. Pasearse con una pipa en la mano era un signo de nobleza y de elegancia.

El tabaco era ampliamente utilizado en la medicina y en los ritos. Se le prestaba virtudes farmacéuticas y un valor religioso. Los sacerdotes en ciertas ceremonias llevaban sobre el dorso una calabaza repleta de tabaco. El uso profano de esta planta no parece muy extendido en la época anterior a la conquista entre las clases populares.

Había también otros narcóticos y tóxicos mucho más eficaces, con los que se buscaba alivio y también visiones proféticas. Los autores mencionan particularmente el peyotl, pequeño cactus originario del norte de México que provocaba alucinaciones coloreadas. «Los que le consumen—dice Sahagún—tienen visiones espantosas o cómicas, y esta embriaguez dura dos o tres días antes de disiparse. Esta planta servía de alimento a los chichimecas, y les daba apoyo y valor para no temer a los combates, para no tener ni sed ni hambre, hasta les hacía creer que les guardaba de todo peligro.

#### PESIMISMO DE LOS AZTECAS

El clima moral del México antiguo está impregnado de pesimismo. La angustia de la muerte y del anquilamiento penetra en sus poemas, y aun cuando otros poetas canten la belleza de la naturaleza tropical, se siente en ello esa angustia que les aprieta la garganta en medio de las flores. La religión, el arte que expresan la escultura y la sabiduría encerrada en los manuscritos, todo hace pesar sobre el hombre la severidad de un destino que escapa a su voluntad.

Los cometas y los temblores de tierra, cuidadosamente anotados cada año en los documentos jeroglíficos, estaban siempre considerados como presagios de desgracias. Cuando el rayo caía sobre un templo, cuando la laguna de México se agitaba sin que el viento soplar, lo que ocurría poco antes de la invasión, o cuando la voz de

una mujer se oía en los aires gimiendo o lamentándose, todo esto y otras muchas cosas más eran considerados como trágicos presagios.

En su conjunto, la visión mejicana del universo deja poco lugar para el hombre. Este está dominado por el sistema del destino; ni su vida, ni su supervivencia le pertenecen. Su breve aparición sobre la tierra está determinada en todas sus fases. El peso de los dioses y de los astros le aplasta, la omnipotencia de los signos le encadena. El mundo en el que él durante un poco tiempo combate no es más que una forma efímera, un ensayo de otros, precarios como el suyo y condenados al desastre. Lo horrible y lo monstruoso le asedia; los fantasmas y los prodigios le anuncian la desgracia.

#### EL RITMO DEL DÍA Y DE LA NOCHE

No disponiendo de relojes, ni de clepsidras, ni tampoco de cuadrantes solares, los mejicanos no podían dividir su jornada de una manera exacta. Sin embargo, una vida ritual y social intensa les hizo posible marcar su tiempo.

Según el cronista Muñoz Camargo, trompetas colocados en lo más alto de los templos resocaban seis veces cada veinticuatro horas: a la salida de Venus, en medio de la mañana, a mediodía, en medio de la tarde, a principios de la noche y a medianoche. Por otra parte, es cierto que los sacerdotes sabían observar el movimiento de los astros, el curso del sol y el desplazamiento de ciertas estrellas. Podían fijar con exactitud suficiente los puntos intermedios entre el Oriente y el Poniente.

Según Sahagún, los tambores de los templos marcaban nueve divisiones de la jornada, cuatro para el día y cinco para la noche. Algunas de estas divisiones debían ser bastante largas y equivalían a tres o cuatro horas. Otras eran más cortas.

La noción de un tiempo abstracto, divisible y calculable fué algo que no alcanzaron. Pero los días y las noches tenían su ritmo, y éste se regulaba desde lo alto de los templos, torres de los dioses, y su ritual dominaba el paisaje y ordenaba a la vida de los humanos. Por el día, por encima de los ruidos de la ciudad en movimiento, o en el silencio de la noche, repentinamente el grito ronco de los cuencos y el redoble de los tambores marcando las etapas del sol y de los astros. En cada una de estas etapas, los sacerdotes ofrecían incienso al sol o a los señores de las tinieblas. Y es muy probable que estos puntos de descanso debían ser utilizados para fijar las citas, para convocar los consejos, para abrir o cerrar las audiencias judiciales. Los instrumentos de los templos regulaban la jornada, como en una comunidad cristiana la llamada de las campanas.

Contrariamente a lo que se pudiera creer, tratándose de una civilización casi completamente desprovista de luz artificial, la noche no detenía la actividad. Sacerdotes que se levantaban varias veces para rezar y cantar; jóvenes de colegios de barrio que se iban a bañar en el agua helada del lago o de las fuentes; señores y comerciantes que banquetearan; mujeres y guerreros danzando a la luz de hogueras; negociantes furtivos que se deslizaban sobre la laguna con sus canoas cargadas de riquezas; hechiceros que buscaban siniestras citas; toda una vida nocturna que animaba la ciudad, sumida en la oscuridad, iluminada de vez en cuando en la lejanía por los hogares rojizos de los templos y la claridad de las antorchas resinosas. La noche, temida y atractiva a la vez, ofrecía sus horas sombrías a las visitas más importantes, a los ritos más sagrados, a secreto de los amores con las cortesanas. Frecuentemente el emperador, en las tinieblas, se levantaba para ofrecer su sangre y rezar. Un observador dotado de un sentido muy sutil, que hubiese podido dominar desde lo alto de los volcanes el conjunto del valle, hubiese visto palpitar lejanamente las llamas, habría distinguido la música de las fiestas, el deslizarse de las danzas, la voz de los cantantes, y después, por intervalos, el golpear de los teponaztlí y el aullido de los animales. Así pasaba la noche, sin que jamás una mirada humana cesase de fijarse en la bóveda celeste en la espera, siempre angustiosa, del día siguiente, que quizá no llegase. Después venía el alba. Por encima del rumor de la ciudad despertada, el sonido triunfal de los instrumentos sacerdotales se elevaba hacia el sol, «príncipe de turquesa, águila que sube». Una nueva jornada comenzaba.



Hay quien necesita para escribir—escribir a gusto—determinado papel: cuartillas de un especial tamaño, blancas, satinadas. Y necesitando tal clase de cuartillas puede darse el caso de un escritor que para realizar determinado trabajo, un trabajo fuera de la norma de los trabajos corrientes, apele a otra clase de papel, y necesite ese cambio de cuartillas para que el trabajo se produzca indefectiblemente. En realidad, lo que se busca con estos cambios es una especie de descanso cerebral. La diversidad de papel hace creer que se ha cesado de trabajar y se está—por esparcimiento—escribiendo cosas en que no se tiene gran interés. El cambio equivale a una tregua en la labor. El escritor se hace la ilusión de que descansa. Y, en realidad, con el nuevo modo de escribir, con el nuevo papel, hasta con la nueva letra, lo que se hace es seguir trabajando con el mismo ardor, con la misma inspiración, con la misma intensidad que antes.

AZORIN.



**nuestra civilización no  
sería posible sin papel**

**"MI IDEA DEL TEATRO ES HACER COSAS SENCILLAS, CON RISAS Y CON LAGRIMAS, PERO SIN ANGUSTIA NI TORTURA"**

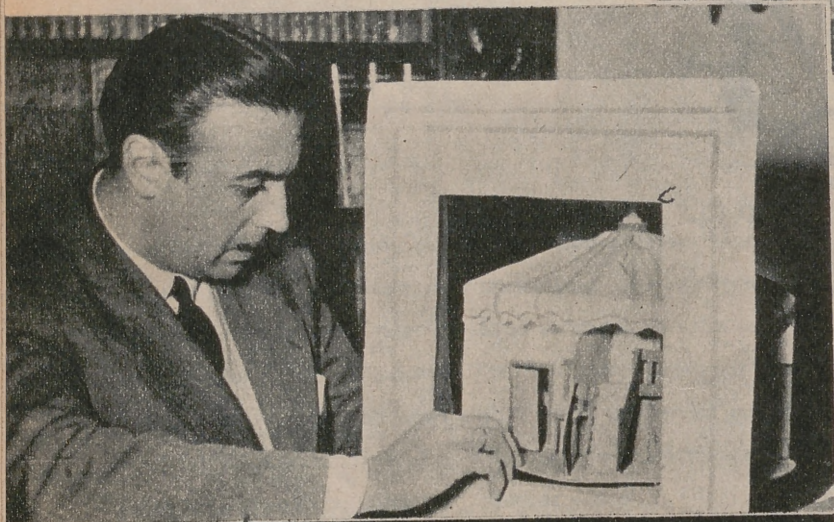
**JUAN ANTONIO DE LAIGLESIA, EL AUTOR NOVEL QUE TRIUNFA EN EL MARIA GUERRERO**

Planea una comedia sin personajes y una opereta, para la que hará la letra y la música, sin colaboradores

**UN LEMA: INTENTAR ES MEJOR QUE CONSEGUIR**



Juan Antonio de Laiglesia con sus tres hijos y «colaboradores». Juan Fernando, Juan Pablo y Juan Miguel. El cuarto Juan Ignacio, no «colabora» todavía porque está en su capacho bebiendo



El autor de «La Rueda», obra con la que obtuvo el Premio «Calderón de la Barca», ensaya en una maqueta los movimientos de su comedia

**E**STRENAR una obra de teatro viene a ser como lanzar una moneda al aire. Nadie, sea la moneda de oro o sea de cobre, puede predecir si saldrá «cara» o saldrá «cruz». El temor, los nervios, las dudas, poseen a todos, al autor, a los actores, al director y al empresario, hasta la caída del telón final. Hasta que, terminado el breve vuelo de la moneda, la cosa se resuelve por la cara del éxito o por la cruz del fracaso.

Y si esto ocurre siempre, si ocurre incluso en los estrenos de los autores veteranos, sobre cuyo historial podría fundarse, en alguna medida, un pronóstico, no es difícil imaginar lo que sucede cuando, como esta noche en el teatro María Guerrero, va a estrenarse una obra firmada por un autor novel: «La Rueda», de Juan Antonio de Laiglesia.

Sucede que, pese a tratarse de

una obra galardonada con el Premio «Calderón de la Barca», correspondiente a 1954, y pese a la garantía que suponen los nombres que rubrican la interpretación, la dirección y el montaje escénico, nadie las tiene todas consigo. Y ninguno de los habitantes de este pequeño gran mundo que bulle y se agita tras las candilejas se atreve a lanzar una profecía. Se limitan todos a desear con toda su alma que la cosa vaya bien, que salga «cara».

Por el pasillo que conduce a los camerinos avanza el primer actor, José María Rodero, acompañado de su mujer, Elvira Quintillá. Conoce, naturalmente, la obra. Pero...

—En el teatro no se puede predecir. Nadie sabe nada. Yo ya no me atrevo a adelantar nunca un resultado. A veces, obras que en los ensayos nos parecen lanzadas

al éxito, fracasan luego. Y al revés.

Después, en el de canso, el dramaturgo Buero Vallejo, que también sabe algo del asunto, completa la explicación de la incertidumbre de estos momentos:

—El público actúa como una incógnita en esta ecuación del teatro... Como una cantidad variable, como un valor cuya dimensión no conocemos. Al estrenar se multiplica lo bueno y lo malo por «x». Y no sabemos, hasta el final, cuánto vale «x». Ni siquiera si resultará una cantidad negativa o positiva.

Y en la sala de la dirección, en esa confortable «celda de castigo» que se ofrece a los autores en el María Guerrero para que pasen su «hora de prueba», Juan Antonio de Laiglesia tampoco sabe nada. A fuerza de pensar en el estreno ha llegado a una situación extraordinaria. A ésta:

—Ya ni sé qué obra voy a estrenar, ni siquiera si estreno yo.

Sentado frente a él, Fernando Fernández de Córdoba, secretario de dirección del teatro, se borea un puro y calla. Y el director, Claudio de la Torre, entra y sale sin decir palabra.

Todos están aparentemente muy serenos. Tanto que el más lardo descubriría al primer golpe de vista que gran esfuerzo para dominar los nervios revela esta calma en los gestos y las palabras.



La primera actriz Elvira Noriega es la primera en felicitar a Juan Antonio la noche del estreno de «La Rueda» en el María Guerrero

**«LA RUEDA», FARSA EN DOS ACTOS. LA IMPORTANCIA DE LOS EFECTOS**

Faltan aun unos momentos para que salte al aire la moneda, para que comience la obra. Y Juan Antonio de Laiglesia, alto y naturalmente tranquilo —hombre tranquilo—, aunque esta noche resulte forzada su natural tranquilidad, explica:

—La idea de «La rueda», concebida en un minuto y escrita hace seis años, se ajusta a una mecánica similar a la que regula el movimiento de una bola que, golpeando a la primera bola de una fila, transmite su impulso a la última... Resume un encadenamiento de acciones que, en cierto modo, luego «retroceden», andan su camino al revés.

No está concebida como obra encastillada, ya en el momento de su creación, en un género determinado. Escribí «La rueda» tal y como la sentía dentro de mí. Luego pregunté a un crítico teatral cómo la clasificaría. Me dijo que como «farsa». Y así la he bautizado...

Habla con voz llena y profunda, con el tono seguro de los que creen sinceramente en lo que dicen.

—No sé si se puede atribuir una tesis a obras de este género. Hasta cierto punto creo que toda obra encierra siempre una tesis. En «La rueda» se intenta reflejar la vitalidad, la fertilidad del

esfuerzo, del intento, de toda la acción que persigue un fin. Y un poco, la sensación de agotamiento que entraña conseguir lo «petecido». En otras palabras: intentar es mejor situación que conseguir. El intento abre horizontes, la consecución los cierra.

Para representar «La rueda» ha sido necesario instalar, en el escenario del María Guerrero, la mayor plataforma giratoria utilizada hasta hoy en un escenario español: treinta metros de perímetro y ocho de diámetro.

—La necesidad de servir al propósito de la obra con un artificio mecánico de tales dimensiones, hizo que algunos juzgaran poco menos que imposible representar «La rueda». Y aquí sería injusto silenciar la gran e inteligente labor desarrollada por Claudio de la Torre, por Burgos, por Redondela, por Guillermo Nieto, jefe de la tramoya...

En el teatro yo concedo gran importancia al ritmo de la acción, al montaje y a los efectos. Una obra no puede apoyarse solamente en el diálogo, por bueno que sea. Y mucho menos hoy, cuando el teatro tiene que renir todos los días una dura batalla con el cine. Por eso he procurado trazar una acción rápida, ágil... El teatro no es únicamente «oido». Es, también, «vista»...

Un voz que grita asomada a la puerta, interrumpe al autor:

—¡Tercera!

Juan Antonio de Laiglesia se



Tres personajes de «La Rueda»: Elvira Noriega, José María Rodero y González

santigua y queda silencioso. Su momento ha llegado. Va a alzarse el telón.

**EL VIAJE DEL ANILLO. UNA EVOCACION DEL PASADO. COMO SIEMPRE, TODO SALE BIEN**

En los bastidores reina el ordenado desorden de los últimos minutos. Los actores, vestidos y ma-

Entre bastidores, tramoyistas y actores esperan satisfechos el momento de intervenir en «La Rueda»



quillados, «a punto», andan de acá para allá con un cierto aire de sonámbulos. Como si buscaran algo que no han perdido. Como si les quedara aun algo por hacer que no recuerdan. Cruzan, entre ellos, los tramoyistas. Claudio de la Torre, erguido, rematada la amable y preocupada expresión del rostro por la blancura de sus canas, vigila atento los movimientos de todos. Fernández de Córdoba anda también pendiente de los últimos detalles. Un hombre vestido de negro enseña al director la hoja azul-grisácea de la censura. No hay pega.

Se cruzan órdenes, frases y consejos en esa especial voz baja, en ese tono susurrado con el que se habla en los templos, en los museos, en los monumentos declarados de interés nacional y en los bastidores durante la representación.

—¡Sujetad ahí!

—A ver cómo sale el comienzo.

—Tú, atenta a la música...

La plataforma giratoria invade todo el escenario. Está dividida, como una naranja en gajos, en seis ángulos, en seis esquinas, que corresponden a los seis decorados por los que girará veloz el juego de la farsa: la consulta de un médico, el gabinete de su mujer, un bar americano, la biblioteca de una Facultad de Medicina, el dormitorio de un estudiante y la casa de una viuda.

Margarita Espinosa se preocupa de un velito que adorna su sombrero. Angel Picazo aplasta cuidadosamente la punta de un pitillo. José María Roderero, arremangado un «suéter» estudiantil y un pañuelo de seda al cuello, se despide de su mujer. La besa y se encamina a su sitio en el escenario. Antes de llegar a él se ve por su gesto que va ya «metido en situación».

Todos están en sus puestos. Alguien mira la hora en un reloj de pulsera. Un trapunte lee por enésima vez una entrada. El silencio es denso. Suena una leve música. Se alza el telón y llega, apagada y distante, desde el ángulo de la plataforma giratoria que tienen ahora enfrente los es-

pectadores, desde el gajo correspondiente a la consulta del médico, la primera frase de la primera escena. «La rueda» ha comenzado a girar, y con su giro se acaba de iniciar el gracioso viaje de un anillo —la ruedecita clave de la rueda—, que irá enlazando todas las distintas situaciones de la obra: una viuda lo entregará enamorada a su médico, éste lo pasará a su mujer y ella lo regalará al ayudante de su marido, a su amigo.

Los actores, cumplida su escena, van saliendo de su esquina en la plataforma. Van llegando al lateral del escenario. Ahora se escuchan las claras y rotundas risas del público.

Sale de escena Elvira Noriega, con un ceñido traje rojo, con un sombrero pateado, como una brillante estrella de mar derramada sobre su pelo. Rutilan, tres a cada lado de la cabeza, las puntas de la extrella bajo el haz luminoso de un foco azulado. Brillan como un feliz augurio, como la buena estrella de la noche.

Mientras, arriba, en la sala del mal rato, el autor evoca sus primeros intentos:

—Siempre he tenido afición al teatro. Desde niño. A los doce años escribí mi primera obra «Amor, espada y muerte». Y la estrené «en familia». Ambiente y asunto de la época de los tercios de Flandes. La representábamos mi hermano mayor, Eduardo —ahora es diplomático—; un amigo, Fernando Escoriaza —también diplomático ahora—; algún otro amigo más y yo. Alvaro, no. Alvaro de Laiglesia era entonces muy pequeño... Yo tomaba todo muy en serio. Recuerdo que en una ocasión mi madre me predijo. «Algún día te reirás de todo esto.» Creo que me pareció casi una ofensa personal.

Cumplidas las tres primeras etapas, el anillo sigue su afortunado viaje. El ayudante del médico lo ha regalado a una joven estudiante de Medicina, y ésta a un compañero de estudios.

Siguen llegando al lateral los actores. Ahora, seca la boca, casi sin poder tragar, ha terminado su escena María Rivas, damita joven. Se arroja en los brazos de Luisita España. Y ríe nerviosa:

—Todo está saliendo milagrosamente bien... Siempre pasa igual.

Sí. Siempre pasa igual. Parece siempre que la primera noche van a paralizarse las lenguas, que se van a olvidar en el estreno las frases.

Llega de la escena Paco Hernández, que, ataviado con un pulcro uniforme gris, galoneado en verde, ribeteado en oro, hace el bedel más elegante y de mejor aire que uno haya visto jamás. ¡Con razón dicen que la fantasía es superior a la realidad! Trae un gesto abierto y prometedor. Su ofato, con la experiencia de tantos años de tablas, ha captado ya lo que se avecina. Claudio de la Torre le mira. Y se entienden los dos sin cruzar palabra.

El rostro del director se va serenando. Alguien sube a buscar al autor. Falta poco para que termine el primer acto.

El estudiante que recibió el anillo de su joven compañera, enamorado de una mujer a la que sólo conoce por su voz, por la que cree su voz, le envía el anillo. Y así, éste va a parar otra vez a las manos de su primera dueña, de la viuda que se lo dió al médico.

«La rueda» termina su primer giro. Los tramoyistas, motor exacto de su vuelta, respiran hondo y descansan. El autor, con la mirada clavada en el telón, aguarda. Cae el telón y llegan a los bastidores, en oleadas, las ovaciones que cierran el primer acto.

## LA CARRETA Y LA LLUVIA. EL TEATRO INFANTIL

Durante el descanso, aprovechando huecos entre las felicitaciones, Juan Antonio de Laiglesia reanuda su historia. El Premio «Calderón de la Barca» es para autores noveles, para los que nunca han estrenado con compañía profesionales. Y es oportuna esta especificación, porque, sin perder su condición de noveles, de nuevos, es natural que los escritores que han sentido desde siempre la llamada del teatro hayan tenido alguna experiencia en los escenarios.

—Tengo entusiasmo por el teatro. Por eso fundé «La Carreta» y me lancé con ella por toda la provincia de Santander.

La Carreta es una Compañía de aficionados que daba funciones populares de teatro en los pueblos y lugares de Santander. Actores, decorados, vestuario, director y autor, todo un teatro en suma, montado en un camión engalanado. Y a representar funciones escritas por su director, por Juan Antonio de Laiglesia, en los pueblos montañeses.

—Nuestra sede, nuestro centro era el valle de Reocin. De allí salimos para la campaña de junciones en los pueblos pescadores, marineros, de Santander, que nos valió un premio especial «Virgen del Carmén», porque no hay premio de esta denominación para el teatro... Íbamos cantando, sobre el camión, un himno compuesto por mí para La Carreta, carretera adelante. Lo peor era la lluvia. Cubríamos todo con una lona y seguíamos hacia el pueblo donde fuéramos a actuar. Y siempre recuerdo un día en Comillas montando los decorados bajo un aguacero, al llegar la hora de comenzar la obra se abrían las nubes y podíamos dar la junción. Yo siempre tenía fe, siempre estaba seguro de que la Virgen pararía en el momento preciso la lluvia.

Eran obras religiosas, de trama sencilla y popular, las obras que escribió Juan Antonio de Laiglesia para las representaciones de La Carreta. Con nombres de la mejor solera en la historia de nuestro teatro: «El retablo de San Ginés», «El retablo de San Juan Bautista», por el que un pueblo de la Montaña, El Bos-



Colaboradores anónimos del éxito de «La Rueda» son estos tramoyistas que tan hábilmente hacen girar el escenario

que, próximo a Solares, se llama hoy El Bosque de San Juan...

—Al fin de las representaciones los cómicos pasaban «el calcetín». Nunca cubrimos gastos.

Además de estas experiencias, las del teatro infantil. Juan Antonio de Laiglesia, padre de cuatro niños, de cuatro Juanes --Juan Fernando, Juan Pablo, Juan Miguel y Juan Ignacio— tiene gran interés por el teatro infantil. Es, y no resulta nada mal síntoma, un hombre amigo de los niños.

—He hecho mucho teatro infantil. Con gusto, con verdadera preocupación por lograr un espectáculo limpio, alegre y verdaderamente infantil para los niños. Así, me he acostumbrado a construir acciones rápidas, a dar agilidad a la trama, a manejar la sorpresa. Es difícil escribir para los niños. Es difícil mantener su interés... Quizá mi experiencia, en este género que no pienso abandonar, me sea muy provechosa para el teatro.

Suenan los timbres. La rueda está a punto de reanudar su giro. El anillo tiene que emprender su segundo y último viaje. Va a comenzar el segundo acto.

#### UN ACTOR EN EL ESTRENO.—EL EFECTO FINAL Y EL PRIMER EFECTO

Lo habíamos oído durante el descanso: «Bien, pero ahora queda lo más difícil, resolver el lío». Se referían al lío creado por los sucesivos traspasos del anillo. Porque el médico ¿cómo explicará a la viuda que lo regaló a su mujer? Y ésta ¿puede decirle, acaso, a su marido que lo entregó al amigo? Y así, uno tras otro, ¿cómo justificarse ante el donante anterior?

Vuelve a pasar de mano en mano el anillo. Vuelve a girar la rueda. Cada nueva etapa es una escena rápida, llena de color. La música subraya las mutaciones.

Una vuelta de la plataforma coge desprevenida a una actriz y ella, que no en balde estamos en noche de estreno, vacila. Pero es el único tropiezo de la noche. Sólo y mínimo.

Son también duras las noches de estreno para los actores. De ellos, de su buen hacer, depende mucho. Pero no todo, que a fin de cuentas es el autor quien les pone las palabras en la boca y quien les encierra en la psicología de un personaje.

Está ahora en escena José María Rodero. Afeitándose, con gesto perfecto, en su dormitorio de estudiante. ¿Reviendo los gestos de su época de estudiante, de los años en los que ingresó en la Escuela de Ingenieros Agrónomos? No. Representar no es una simple imitación de ademanes. Al menos, representar así. Está «viviendo» un tipo, recreando ante el público unos movimientos muy bien ensayados. Porque el teatro no es tampoco improvisación, para el autor, ni



La representación ha terminado. Los intérpretes, con Juan Antonio de Laiglesia y el director Claudio de la Torre, saludan desde el escenario

para el actor. Para éste, si es bueno, significa siempre muchas horas de estudio, de lectura. Para Rodero, muchas horas de trabajo solitario, sin público, sumadas noche a noche, desde que un día sorprendió a su familia, dedicándose al teatro: «Salí de casa con un traje azul, cinco duros en el bolsillo y cinco duros de sueldo en la compañía de Paco Melgares, que fué mi maestro».

Da la réplica a María Rivas. Discuten, en la escena, los dos estudiantes de la farsa. Y él lo hace con una voz llena de matices, que se ensancha cuando debe ganar profundidad, que se agudiza cuando el sentimiento bordea el grito. Con la voz humana, débil o fuerte, tímida o desafiadora, que requiere el teatro, tan distinta de las monótonas voces iguales, de las estériles voces «perfectas» que admite, con frecuencia, el cine.

Lo difícil era resolver el lío. Pero el lío se va resolviendo. El anillo danza de mano en mano. Completa otra vuelta y termina felizmente su viaje. ¿Y los personajes? Las figuras de la farsa quedan, en la rueda, siguiendo las vueltas y revueltas de su ficción existencia. La obra termina, con alegre música de organillo, al transformarse la plataforma giratoria en un rápido verbenero y multicolor tiyivo.

Este efecto final anticipa los aplausos del patio de butacas.

Entre bastidores, alegría, risas, felicitaciones de todos a todos.

—¡Vamos toda la Compañía a saludar!—ordena el director.

Y como él parece quedarse, el autor y los actores, le empujan hacia el escenario. Fernández de Córdoba resume, y repite:

—Perfecto, todo perfecto.

Ya en sus obras de niñez cuidaba mucho Juan Antonio de Laiglesia los efectos teatrales. Según cuenta, en una ocasión llegó a fabricar una pasta con esos fósforos que los niños raspan para verlos chisporrotear, y untó en ella la cara de una jovencita que debía representar en una de sus obras, en «La aparecida», a una difunta que se aparecía a su marido a las doce de la noche. El efecto fosfores-

cente era, por lo que dice, estupefaciente. Pero muy peligroso. Falto poco para que la actriz aficionada se quemara la piel.

#### EL PORVENIR Y EL MIEDO

Terminado el desfile de amigos, de autores, entre los que no falta, naturalmente, su hermano Alvaro de Laiglesia de actores, de gentes de la gran familia del teatro, Juan Antonio de Laiglesia, llenos aún los oídos de plácemes, se ofrece a las últimas preguntas de la entrevistista.

—¿Otras obras? Tengo planeadas algunas: una comedia dramática titulada «Tres chimeneas», de montaje complicado, en la que hago una defensa de la clase media. Otra. «Puf», sin personajes...

—¿Sin personajes?

—Ahora no es momento de explicar más... Tengo también proyectada una opereta, en la que haré la letra y la música.

Tiene, según parece, facilidad para la música. Y los suficientes conocimientos para abordar la empresa.

—Los autores de teatro no deben limitarse a cultivar solamente un género teatral. Pienso, si puedo, hacer cosas de géneros distintos. Luego, ya veremos las que salen mejor... Únicamente hay algo que no haré nunca: poner palabrotas en mis obras.

He empezado a preguntarle algo sobre el tremendismo y me ha cortado rápidamente:

—De eso, nada... En todo caso haría una cosa burlesca. Pero creo que ya no es necesario tampoco. Ya lo toma en broma todo el mundo. Mi idea del teatro es hacer cosas sencillas, con risas y con lágrimas, pero sin angustia ni tortura...

Y después de una pausa, y cerrando con ello la emoción de su afortunado ingreso en el teatro como autor nuevo, exclama:

—¡Qué miedo he pasado!

Gerardo HÓLGADO  
(Fotografías de Mora.)

# MUSICA EN EL TRABAJO

que la incorporación de instalaciones megafónicas a una fábrica, representa nada menos que un 18 por 100 de aumento en la producción, amén de que la «moral» del trabajador aumenta también notablemente.

Como dato curioso pero interesantísimo, diremos que este fenómeno de aumento en la productividad por medio de la música en el trabajo, ocurre única y exclusivamente con **MUSICA**, y, en cambio, se pierde en su totalidad, si se escuchan **CANTABLES**.

La razón es clara.

El obrero, envuelto durante su labor en agradables melodías, no se distrae lo más mínimo, y se anima de «dentro a fuera». Por el contrario, los cantables, provocan comentarios entre los trabajadores—sobre todo en las mujeres—y suscitan el afán de comprender y aprender las condiciones de memoria, con lo que pierden el tiempo de «fuera a dentro».

Sin que sepamos por qué, a nosotros esta moderna teoría de obtener más rendimiento de los trabajadores por medio de la música, nos recuerda el truco que usan los avicultores con los pollitos recién nacidos, a los que, para que crezcan cuanto antes con el fin de que se hagan «tomateros» en el más corto tiempo posible, no les apagan la luz por la noche. Los pollitos, al no dormir, se pasan la noche picoteando y bebiendo, desarrollándose así de un modo asombrosamente rápido.

Pero volviendo a la música en el trabajo, repetimos que la inmensa mayoría de los países evolucionados han adoptado íntegramente la teoría.

En España, siempre atentos a toda idea constructiva de cuanto nuevo sistema social surge en el mundo se están haciendo ya muchas instalaciones megafónicas en Madrid, Barcelona y Bilbao, principalmente.

Hay varias firmas dedicadas a las aludidas instalaciones de sonorización, pero, sin duda alguna es **TELEFUNKEN** la que realiza mayor cantidad, en virtud de que por su enorme experiencia en estas lides, ofrece garantías de buen funcionamiento, como ninguna otra.

Téngase en cuenta que la estadística de instalaciones megafónicas realizadas durante los últimos cinco años en Europa, arrojan una cifra muy ventajosa para la prestigiosa firma alemana, y que la fábrica **TELEFUNKEN** española, está dotada de los más modernos adelantos técnicos y científicos.

Es de esperar pues que, en un plazo corto de tiempo, la mayor parte de las grandes factorías españolas se preocupen de instalar equipos de megafonía en sus naves o talleres una vez demostrada su eficacia en el aumento de la producción, y también en beneficio espiritual que brinda a las heroicas clases trabajadoras.

Aun sobre el ruido normal de las máquinas los trabajadores agradecen el consuelo y la distracción de un fondo musical



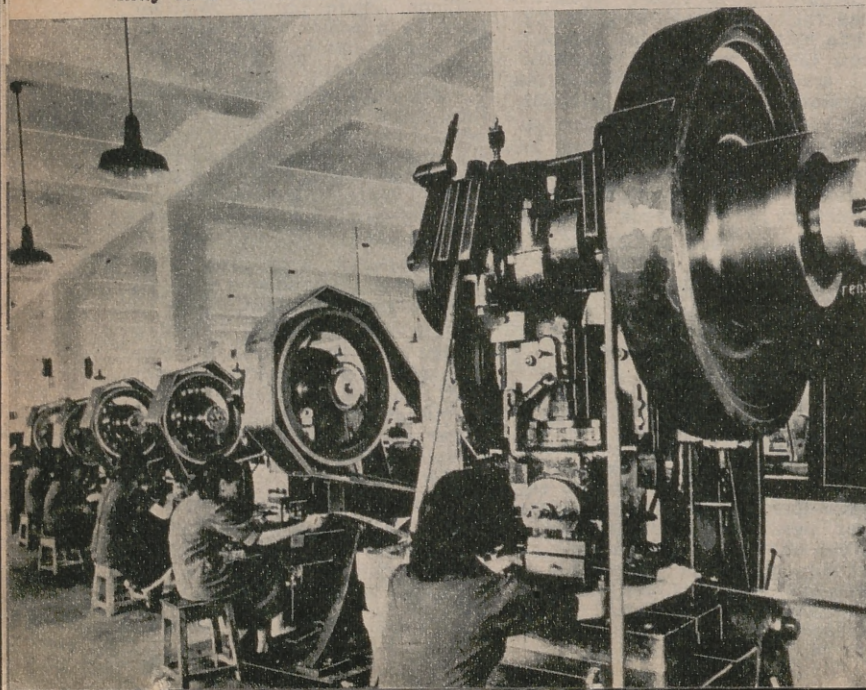
Durante las monótonas jornadas de trabajo la audición de tunes, pero continuas melodías, distrae y anima a los trabajadores

UNA de las modernas teorías sobre el trabajo que obtuvo más rápida difusión en la mayoría de los países del mundo, es la de ofrecer música a los trabajadores durante sus horas de labor.

Podemos asegurar que en Estados Unidos, Alemania, Suiza, Inglaterra, Francia, Suecia, Italia, Dinamarca, Bélgica, etc., etc., es muy rara la fábrica en donde,

bien por emisoras especiales de radio, o bien por medio de instalaciones privadas de megafonía, los obreros no tengan el consuelo o alivio de un fondo musical continuo que les haga más gratas y llevaderas las jornadas de trabajo.

Estados Unidos y Alemania, países en los que preocupan muy seriamente los problemas de la productividad, tienen demostrado



# CIEZA VA PARA ARRIBA



## UN GRAN PUEBLO ESPARTERO -AGRICOLA E INDUSTRIAL- CON REALIDAD Y ESPERANZA

**C**IEZA está sentada en un gran sillón de roca: la espaldera, los grandes picos de la Atalaya y del Castillo; los brazos, el amplio recodo del Segura que envuelve a la ciudad. Y por la espaldera y por los brazos, una riqueza natural y cierta: la huerta y el esparto.

Si hubo épocas que pudiéramos llamar «fiebres doradas» en España en los tiempos últimos, una de ellas fué la del esparto en Cieza.

El auge del esparto vino en aquellos años pasados como consecuencia de la necesidad de la gran utilización de las manufacturas del mismo en gran parte de nuestra industria y de nuestra agricultura. Y Cieza, ampliando sus tradicionales instalaciones fabriles, pudo, con voluntad y con empeño, elevarse y ganar un nombre y un prestigio.

Hoy, el nombre, el prestigio y la calidad perviven actuales y poderosos. Porque una tradición, mejorada y sostenida, es cosa que pocas entidades pueden presentar con justicia verdadera.

### EL RIO, PERSONAJE ANTIGUO Y PRINCIPAL

Rodeando a Cieza, el río Segura puede contemplarse, manso y quieto, desde el Balcón del Moro. Junto al terreno ocreso mate de las tierras de secano, el verde vivo de la huerta pone un contraste vigoroso y fresco. Va uno dando la vuelta en semicírculo por la espalda de Cieza, que mira a su espaldada roqueña, y se llega así hasta el puente de Alambre.

Si a los hombres se les puede reconocer a veces por un lunar, por una cicatriz, por una marca o por una característica especial, los pueblos son también factibles de reconocimiento por sus puentes. El puente de Alambre sin Cieza no se comprendería. Y Cieza sin él, tampoco.

El puente de Alambre es el singular testigo, sostenido como por una fuerza ingravida, una fuerza contraria a las leyes físicas, de las mil quinientas hectá-



Arriba: Vista general de Cieza.—Abajo: El paseo de los Mártires, estampa ciudadana del gran pueblo murciano

reas de regadío que posee el término.

Toda una gran riqueza agrícola, esparcida por la vega del río, puede contemplarse por la huerta. Coles, coliflores, espinacas, lechugas...; naranjas, limones, melocotoneros, almenunos...; patatas, cebollas, zanahorias... es el nombre común de una auténtica valoración labrada por la mano firme de los habitantes de Cieza.

Y luego, como ornamento, están los árboles, los árboles altos y enormes que se llaman álamos.

Veintiséis hectáreas, densas y apretadas, hacen la confirmación numérica. Cieza es el Municipio de Murcia que tiene mayor densidad de alameda. Álamos superiores, álamos gigantescos se alinean en grandes filas por el paisaje. Forman así un escenario natural, puesto allí para que el pintor de todo lugar pueda llevarse en su lienzo la impresión plástica de una singularidad temática.

El río Segura es, pues, ante to-

do, el personaje principal más antiguo de la vida de Cieza. Y, conforme a su presencia en los siglos, el río Segura sigue siendo fuente principal y logro común en el trabajar diario de los hombres que, caminando por el puente de Alambre, que vuela sobre el río, pasan y repasan por la vega en busca de la hortaliza, de la fruta o del cereal de regadío, que forman todos parte íntima de su vida diaria.

### DESEOS Y POSIBILIDADES ESPARTERAS

Pero el gran personaje, el legendario personaje de la vida de Cieza está en el esparto. Veinte mil hectáreas de espartizal, largadas por los montes, aparecen incrustadas como un tesoro eterno en las tierras ocres teñidas de verdeoscuro de Cieza. Y de esas tierras vino, cuando su época, la «fiebre dorada» del esparto.

Ahora, el campo del esparto está tal vez un poco más flojo. Se encuentra reducido, porque los





Arriba: Una fábrica de géneros de punto.—Abajo: Otra fábrica de sacos de esparto. Pujantes industrias ciezasas



tiempos y las cosas pasan y hay que acomodarse a nuevas facetas y a nuevas perspectivas.

Por ello, sobre Cieza hoy está presente una ocupación: la transformación de su actual situación espartera. Corre por las tierras de Cieza un deseo a solucionar en la posible manera: el libre comercio del esparto. Porque la calidad de los productos está, para las ocasiones justas, en el plano primero. Así, los capachos aceiteros de esparto han obtenido una gran victoria en Italia frente a los capachos de coco. El refinado del aceite necesita un capacho para cada prensado; de esta manera la aceituna proporciona inmejorable líquido. Y los capachos de coco, más resistentes y, también más caros, han de emplearse varias veces para que su amortización sea real y verdadera. A Italia llegaban capachos de coco de Bombay; a Italia llegaron capachos de esparto de Cieza: los segundos triunfaron rotundamente sobre los primeros; despejaron el campo y se apoderaron del mercado. Para dentro de España, pues, el éxito puede repetirse en la continuidad.

La pequeña industria tiene también, otra faceta: la de su agrupación en Cooperativas. De esta manera, la capacidad financiera de una persona quedaría reforzada si se la multiplica por diez o por veinte. La competencia estaría entonces adecuada entre todos los grupos de fabricación.

Las soluciones, a buen seguro, estarán en el mejor camino: en el camino que haga elevar el rendimiento físico y espiritual de unos hombres—empresarios y productores—que han vivido, vi-

ven y vivirán para el esparto, enmarcados en la honda y magnífica honradez de una especialidad trabajadora.

#### UNIRSE Y VENCER

Hacer cordelería del esparto es cosa no muy cara en el comenzar. Una rueda anticuada—movida a mano—, un poco de terreno para que el operario puede ir caminando hacia detrás, y ya está el principio. Con quinientas pesetas, a lo más, la instalación puede funcionar. Pero funciona bajo un signo: el de industria clandestina. En ella no hay Seguros sociales, ni protección, ni seguridad alguna; allí sólo hay un beneficiario: el dueño o la persona a quien éste represente. Perjudicado mayor, el obrero que trabaja en tales condiciones.

Por ello los operarios del esparto en Cieza se han reunido, han formado Cooperativas y han vencido.

El más moderno tipo de «carreras»—las largas calles por donde los obreros esparteros van hilando la fibra—reside en la Cooperativa Cieza Industrial.

La Cooperativa Cieza Industrial es un buen ejemplo para todos. Los cien obreros que trabajan en la confección de los hilados son sus únicos y exclusivos propietarios.

Su presidente—Ricardo Lozano Pérez—es por ello un hombre entusiasmado. Entusiasmado con la obra, entusiasmado con la fundación, entusiasmado con el rendimiento.

—Los beneficios que se obtienen en la Cooperativa son para los obreros. Estos beneficios se invierten en aumentar las reservas bancarias; en facilitar a cada operario una vivienda, que

será de su propiedad; en establecer economatos, en los cuales los productos alimenticios son siempre más baratos, puesto que no hay lucro; en abaratarles la vida, en suma, dándoles la posibilidad de comprar más barato mejores artículos de consumo con un jornal igual o mejor al de cualquier obrero de otra instalación similar. Y no digamos la victoria que estas cooperativas suponen frente a la industria clandestina. Victoria que comprende una seguridad moral y material, unida y fuerte, amplia y permanente.

Por las «carreras», cubiertas y espaciosas, van y vienen obreros de todas las edades.

—Aquí pueden verse muchachos que son oficiales a los catorce años. Hay que tener en cuenta que esto es un trabajo no de fuerza, sino de habilidad. Y un muchacho aplicado y trabajador puede muy bien disfrutar de la categoría de un hombre hecho y derecho.

La Cooperativa, instalada con arreglo a los mejores utensilios para el trabajo, dispone de ruedas mecánicas, de rastrillos a motor, de iluminación perfecta y de techado adecuado.

En los rincones se van enroscando las largas cuerdas hiladas—las cuerdas que luego servirán para el agavillado—, las cuerdas que tienen nombres—filásticas, filetes, piolas, betas y calabrotés—, cuya onomatopeya suena a vocablos de moderna poesía. Aunque su existencia cuente ya años agrupados en siglos.

#### CAPACHOS Y TELAS DE SACOS PARA TODA ESPAÑA

El capacho es, desde luego, otra de las actividades más importantes de la economía espartera. Los capachos o esportines se dedican al prensado de pastas oleaginosas y principalmente a la obtención de aceite. En cualquier almazara de España, uno de aquellos capachos puede provenir de Cieza.

Junto al capacho se encuentra el tejido de esparto: la tela que se destinará a sacos de cemento, a sacos para patatas, a sacos para leña a sacos para uso cualquiera.

En Cieza hay varias fábricas de este tejido. Una por ejemplo, es Manufacturas Mecánicas del Esparto. De allí salen, al año, cuarenta kilómetros de tela de saco, por un valor medio de cuatro o cinco millones de pesetas.

Doscientos cincuenta obreros—Antonio Segura Ros es su gerente—trabajan en la fábrica. Varios en número grande también, son mujeres. Sobre todo las de los telares. Y allí, por ejemplo, puede verse escrito el espíritu de la mujer. Porque la asignada en un telar puso su nombre en el mismo: «Amparín» se llama ahora la máquina.

Capachos y telas de sacos marchan desde Cieza para toda España. Ahora en el mercado de los segundos, existe, en opinión de sus fabricantes, una paralización. Mas a buen seguro las soluciones estarán próximas, porque capacidad, inteligencia, voluntad y recia intención la hay en todos.

Quizá sean estas cuatro cual-

dades antes que ninguna, el denominador común de los hombres de Cieza.

### EL RASTRILLO MECÁNICO, INVENTO DE CIEZA

Cieza ha dado al mundo del esparto, al mundo profesional que labora la fibra, hombres renovadores que han contribuido con su aportación técnica, al progreso, a la mejora y al rendimiento de sus compañeros de trabajo. Este es—un ejemplo tomado entre muchos— el caso de Vicente Martínez Piñera.

Vicente Martínez Piñera nació en Cieza hace ya más de medio siglo. Por entonces el hilado del esparto se hacía a mano—el hombre que mueve la rueda representaba, en aquel tiempo, el adelanto perenne—y el rastrillado del producto bajado del monte se realizaba en unos pinchos verticales semejantes a un cepillo de dientes con fijas púas de acero.

A los diez años, Vicente Martínez Piñera ya trabajaba en el oficio. Le han caído muchos soles quemantes del verano bajo los olivares de Cieza, trezando hilo, y le han sorprendido muchos inviernos helados y duros, rastrillando esparto en los clavos gigantes de hierro. Pero aquel niño se iba fijando continuamente en los aparatos; tendría grabada la imagen de los dedos sangrantes de los obreros «pillados» en el rastrillo y recordaría siempre las figuras delgadas y enfermas del pecho de los jóvenes que vencidos por el trabajo insano de la rueda movida a brazo, abandonaban eternamente el censo de obreros ciezanos del esparto.

El niño ha crecido, ha pasado la mayoría de edad, ha visto, ha pensado, se ha ingeniado y ha dado su triunfo: Vicente Martínez Piñera inventa—proyecta, diseña y construye—el primer rastrillo mecánico que utilizó y utiliza, la industria específica del esparto.

—Este rastrillo—dice el inventor con legítimo orgullo—triplica el rendimiento de los antiguos y, por tanto, repercute en la producción, no solamente en volumen, sino en calidad de la fibra rastrillada.

Cuatro rastrillos funcionan en su taller y más de cien ha vendido en toda España. Cieza, en su persona, puede ofrecer esta marca como una representación justa de la laboriosidad de sus hombres.

Vicente Martínez especialista destacado, no cesa en su trabajo. Además del rastrillo presenta, en la limpia historia de su vida trabajadora, otro aparato logrado: la mecanización de las ruedas de hilar a mano.

—Por aquí había mucha gente que decía que la sustitución de las ruedas movidas a brazo era empresa imposible.

El tiempo dió la razón a Vicente Martínez Piñera. Una razón en forma de rueda girada por otro brazo de otra fuerza humana también: la electricidad. Hoy todas las factorías importantes esparteras utilizan estas ruedas, que, aparte de evitar las enfermedades en los obreros—sobre todo cuando eran jóvenes—encar-

gados de su movimiento, eleva la capacidad y el rendimiento productor al trabajar a un ritmo constante e infinitamente mucho más veloz que el antiguo sistema manual.

La trilogía de este hombre consecutiva y tenaz puede completarse con la construcción de una cuerda que pesó dos mil quinientos kilogramos: dos toneladas y media, hablando en términos marineros. Porque la cuerda construida era un calabrote; es decir, una de esas maromas de 32 pulgadas de diámetro utilizadas para el atraque o amarre de los barcos en los muelles.

—Al principio hubo también los pesimistas. Decían: «Aquí, en Cieza, no podemos hacer eso». Yo dije: «Aquí, en Cieza, sí podemos hacer esos».

Y Vicente Martínez Piñera cumplió su palabra. En un enorme camión marchó cargada, como un carrete de hilo verde que fueran a utilizar gigantes de otros hemisferios, el calabrote de cien metros de largo. Hoy, un barco de quince mil de treinta mil o de cuarenta mil toneladas, está seguro amarrado en cualquier puerto del mundo, gracias a la voluntad de un hombre ciezano que abrió el camino.

Y los esparteros de Cieza—todos—se alegran del acontecimiento.

### EL TIEMPO PUEDE ESTROPEAR UNA COSECHA DE LADRILLOS

Pero Cieza no es, afortunadamente para ella, sólo esparto. Cieza es también otras muchas industrias, otras muchas fabricaciones, que van mostrando cómo es posible superar las dificultades si hay voluntad, resolución y visión de las causas.

En Cieza existe una buena industria de la construcción que, aprovechando las canteras de arcilla y de marga, sitas en el término municipal, fabrica ladrillos, mosaicos, azulejos, piedra artificial, tejas...; toda, en fin, la posible enumeración de la específica actividad fabril.

Ser constructor de ladrillos no es, aunque a primera vista lo pareciera, especialidad fácil y sencilla. Para ser constructor de ladrillos, constructor de los buenos, hay que ser—además de un conocedor de las materias primeras, de los procedimientos y de la calidad de los resultados—una especie de meteorólogo infalible, cuya agudeza en el predecir del tiempo ha de tener tanta precisión casi como el diseñar las líneas de temperaturas trazadas para la seguridad del vuelo de los aviones.

De las fábricas de Cieza he aquí, como ejemplo, una: la «Virgen del Carmen». Y, como ejemplo también, el hombre que la lleva: José Bermúdez Sánchez.

—Hay que mirar al tiempo, sobre todo en invierno. Si hay helada o si hay lluvia, la cosecha de ladrillos puede venirse abajo. Por ello, cuando el parecer del cielo, la forma de las nubes o el cambio de la temperatura hacen prever una adversidad meteorológica, debe de suspenderse la fabricación de las piezas. De esta manera podrán evitarse pérdidas cuantiosas.

Es cierto. Así no ocurrirá lo que a una industria recién instalada—de esto hace ya tiempo—que o por fallar o por no tener en cuenta las predicciones climatológicas perdió en una sola noche cuatrocientas mil piezas recién terminadas. Una verdadera fortuna suspendida por el hielo.

De Cieza salen para toda España diez millones anuales de ladrillos de mampostería, el doble de ladrillos sencillos y el triple de rasilla de bóvedas. Una buena producción que vale muchos millones de pesetas. Y que es elaborado íntegramente por hombres nacidos al pie de la Atalaya y del Castillo.

De Cieza sale, también todos los años, una gran alfombra, de metro y medio de ancho por ciento veinte kilómetros de largo, que tiene un destino: Madrid. Es cañizo para los cielos rasos de las casas, construido en los talleres de Cieza, fabricado con la calidad óptima de las cañas nacidas en la curva amplia de ese gran personaje que es el río Segura. Hacer cañizo con seguridad, con rapidez, con calidad en el producto, no es tampoco cosa sencilla. Hay que tener precisión en el telar, vista y tacto para saber, al momento, la dureza o fragilidad de una caña. Por ello en todos los operarios de cañizo de Cieza—como Antonio Guillamón Marín—se ha de presentar la calificación verdadera—una calificación sincera, sin elogio adulterado—de operarios excelentes.

Con lo que Cieza, en sus personas, puede ostentar legítimamente un prestigio en la materia.

### LAS BLUSAS QUE SE LLEVAN LOS TURISTAS SE FABRICAN EN CIEZA

Cuando un barco extranjero



El hilado del esparto para cordelería se hace en algunos casos por tradicionales procedimientos

llega a cualquiera de una de las islas Canarias, los turistas, los visitantes, los pasajeros o los que se quedan compran, con rara regularidad, una blusa colorida, de anchas rayas amarillas y blancas, o de punteadas listas azules sobre fondo claro, o de amplios caminos rosados sobre campo amarillo, para sus esposas o sus hijas, si van con ellos, o para hacer regalos a las mujeres cuando terminen la travesía.

Quince mil blusas de este tipo, cromáticas y definidas, se venden al año en las bellas islas Canarias. Quince mil blusas que proceden de esta localidad murciana, rodeada de montes de esparto, mirando por el Balcón del Moro al río, con hombres trabajadores en todas las ramas de la producción posible.

Industrias de Géneros de Punto, S. A., es la fábrica creadora de la riqueza en forma de tela para la mujer. Industrias de Géneros de Punto, S. A., es una de las fábricas textiles en el ramo del vestido, características y principales de esta industria no espartera radicada en la localidad murciana.

Quinientos obreros, la mayor parte mujeres, hay en la fábrica. Una fábrica completa que empieza por la operación primera y que termina por la última—en el completo proceso textil—, sin sacar de sus locales ninguna de las piezas que se van acabando.

Rafael Lorenzo Claramonte es el encargado: un hombre que lleva treinta años extensos en el oficio y que sabe de la técnica textil tanto como si de su propia vida se tratase.

—Aquí están estas máquinas, que van a ser sustituidas por otro modelo, ya que cada vez se usan menos. Son las máquinas de hacer chales, mantones y toquillas. El abrigo ha conquistado el terreno. Sólo por Extremadura y por alguna parte de Castilla el chal mantiene su presencia.

Rafael Lorenzo Claramonte es un hombre plenamente conquistado por todo aquello que suponga avance técnico, que suponga rendimiento y que represente esfuerzo mínimo en el operario. Y así habla entusiasmado de las nuevas técnicas de productividad recientemente implantadas.

—En la sección de acabado, las nuevas técnicas de productividad están funcionando con gran intensidad. La instalación de ellas supone un rendimiento de más del 60 por 100 en relación con el antiguo.

En 40 millones de pesetas al año puede estimarse la actual producción de los géneros de punto de Cieza. Con la productividad, esta renta puede llegar a los 100 anuales. Cieza tiene aquí también otra muestra del buen trabajar de sus hombres.

#### EL CIEZA C. F., UN EQUIPO QUE GANA TODOS LOS DOMINGOS

Jugar al fútbol se juega hoy

### POESIA ESPAÑOLA

Una gran revista literaria para todos los poetas hispánicos.

Un número cada mes, 10 pesetas.

en todas partes. Pero administrarse como el Cieza C. F. eso escasea más.

Porque el equipo de Cieza—un buen equipo de la Tercera División de la Liga—funciona en régimen de Cooperativa. Allí no hay cifras de contratos ni sueldos al mes, ni primas por partido ganado. Allí, cuando hay beneficios en taquilla, deducidos los gastos, se reparten proporcionalmente las ganancias entre los componentes del equipo. Y el equipo, con el sistema, va económicamente mucho más floreciente que con la compra y venta de jugadores de otros lugares. Y por ello gana, aunque pierda, todos los domingos.

Los jugadores son casi todos nacidos en Cieza. Y todos residentes en la localidad.

Cieza ha sido, en el tiempo, un buen vivero de jugadores de fútbol. Y ahora, manteniendo la tradición, aparecen los nombres prometedores de Guardiola—medio volante—y de Ortega—extremo derecha—, hombres con clase suficiente para figurar en cualquier equipo de Primera División, que por amor a su tierra y por amor a su equipo trabajan y juegan, administran y triunfan bajo el nombre genérico de su pueblo.

En el campo de fútbol que hay junto a la carretera de Murcia, allá en la prolongación de la avenida del Generalísimo, se celebra todos los años el partido entre jóvenes y viejos de la localidad. Un partido que va teniendo más jugadores dispuestos a formar en cada uno de los bandos porque el tiempo pasa, los años vienen y la nueva afición crece.

Lo mismo en la industria que en el deporte, Cieza tiene su personalidad propia: una personalidad labrada en el esfuerzo de cada día.

...

Cieza, pues, ciudad espartera, se nos ha presentado también como ciudad agrícola y como ciudad industrial. Todos los pueblos van para arriba cuando la intención recta de sus hombres así lo desean. Y si antes, en la época dorada del esparto, Cieza estuvo ya en lo alto, ahora, en la época cobriza de la fibra, Cieza volverá otra vez a ser lugar de oro en la faceta espartera. De eso pueden estar seguros los ciezanos.

Porque los hombres que han dado, por ejemplo, una Policía Municipal nueva—entre los guardias la presencia de Mariano Martínez Llorente prestigia al Cuerpo—, que han hecho un grupo escolar de modernísima y magnífica factura, que han conseguido la edificación de 192 viviendas correspondientes al Plan Sindical de la Vivienda—destinadas a trabajadores necesitados de ellas—, que han urbanizado y clarificado la bella perspectiva del buen pueblo murciano, pueden conseguir el objetivo.

Cieza queda así, en la perspectiva, como un gran pueblo con una realidad y con una esperanza. La realidad, el trabajo verdadero e ilusionado de sus habitantes; la esperanza, un cambio para mejor en aquello que le dio fama: en el esparto.

José María DELEYTO  
(Enviado especial.)

(Fotografías de Martínez.)



# MADRID

## A 147 AÑOS DEL

### 2 DE MAYO

SI se levanta la piel aparecerá siempre, donde hay sangre, la sangre. Creo que cada año ocurrirá lo mismo. Creo que siempre estará despierta, atrevida, osada, quizá pinturera, quizá pasmada y pasmosa, la mañana del 2 de mayo.

Se levantará la piel y se llenará, como de caliente vino, la memoria. Se andará la ciudad, la Villa, la Corte, el Campamento militar, y se estará siempre en el mismo sitio: en esa flecha que apunta a Goya y en ese tirar de la broma, picuda como un pájaro carpintero, del agua mansa y sietemesina del río de la risa: del río Manzanares. Que ya decía Guevara:

...que se llama río, porque se río de los que van a bañarse a él no teniendo agua.

Pero lo cierto es que Madrid, la ciudad más soñadora del agua



que ciudad ninguna, no necesita de ningún esfuerzo para calentar la memoria. Madrid tiene, en el invierno, el rescoldo de sus castañeras. En el verano, ese hondo y sólido achicharradero de agosto. Pero ese calor no tiene nada que ver con mayo. Mayo es un mes de claro cielo y tibia andadura. Los *manolos* y las *majas* muertas, perniquebradas, rotas de batalla, le conocerán en seguida; es un mes en el que todavía, con la florida mano, crece la puntiaguda espada de la sierra helada. Eso es; mayo madrileño es como un cuchillo. Fino y ligero el aliento, desde la Moncloa, camino de las madrigueras pardas de los conejos, la ciudad siente que madrega ya, sobre la hoja de la afilada navaja del invierno, navaja barbera, rumiadora de hielos, el caballo blanco del verano. Del asadero.

Pudo ser otro mes, pero fue precisamente este de mayo. Goya, que ya se miraba hacia adentro, que ya era sordo y resordo, de esos hombres de cabeza grande y mano en la oreja que son el pasmo de los niños zumbones, se asomaba a ese río *Manzanarillos* para contemplar mejor—asi dicen—, entre el puente de Toledo y el puente de Segovia, la más alta crecida. Hasta el Rey Carlos IV, queriendo inflar el río, hacia navegar sus góndolas.

#### LA HISTORIA CONTADA POR UN NIÑO

Toda la ciudad es ahora, en el 2 de mayo, como una naranja enorme, jugosa, a la que se desea extraer, en un solo día, todos los sabores. Desde el que sabe a vino-vino, a vino de negra bota, hasta aquel otro, bien prodigioso, que ha hecho posible que el cielo sea así: velazqueño. Transparente y cándido, hondo y ascético, como si advirtiera que todo lo que hay en él y bajo él se elabora a temperaturas especiales y únicas.

Seguir el itinerario del levantamiento de la Independencia es oír, primero, las palabras de Alcalá Galiano:

*Los que vivimos en Madrid supusimos el levantamiento antes que sucediese.*

Algo que estalló, pienso yo, sin que nadie llevara apuntada su hora en ninguna clave secreta, en ninguna hora «H». La fuente misteriosa donde prendió la cólera del pueblo fué esa vena oscura que nace en un bulto dolorido y batiente: el corazón. No hubo otra señal.

Pero la ciudad existe y está viva. Por la Corredera de San Pablo están ya tendidos, como en una feria de sol, los toldos madrugadores de la sombra. El mercado tiene ya sus primeras avispas amarillas. Una sensación enorme da vigor, de pulso constante, invade los ojos de quien cruza el mercado. Estos barrios, que eran casi barrico-limite cuando la Independencia, son un mantal, un surtidor humano.

Desde la calle de Velarde se adivina ya la sombra verde de la plaza del Dos de Mayo. Según nos vimos hacia ella, por entre su silencio, un hombre de anchos y venturosos bigotes de otros tiempos advierte a un amigo que va con él la siguiente y promete-



dora sentencia: «Ganará el mejor.» Esto demuestra, a mi modo de ver, que el hombre pertenece a la primera edad del fútbol. Ahora hubiera dicho: «Ganará el de casa.»

Es curioso pensar que esta pequeña plaza del Dos de Mayo, centro de gravitación de Daoiz, Velarde y Ruiz, es una especie de área separada del mundo. Nadie puede imaginarse, colocándose en su centro mismo, que a cien pasos escasos pueda estar la glorieta de Bilbao. La glorieta de Bilbao que ya es universal, centro de centros. Con gentes que proceden de todos los ejes de la rosa de los vientos.

La plaza del Dos de Mayo es, al revés, centro de un mundo populoso, sí, pero como íntimo y provinciano. Se tiene la impresión al entrar en ella de que debería ser necesario exhibir un permiso de entrada. Hay en ella, como en todos los barrios populares, decenas y decenas de niños. Secas palmas del Domingo de Ramos duermen en los balcones de hierro. Las paredes de la iglesia de Maravillas, que cierran uno de sus lados, dan a la plaza un saludable aire medieval, recoleto, artesano. Y, sin embargo, todo esto es alegre. No en balde el barrio iba en coplas:

*... y la flor de la Corte  
las Maravillas.*

En el centro de la plaza se levanta el arco de Monteleón. Es, si así puede decirse, la reliquia del viejo parque de Artillería de Monteleón. A piedra blanca y cuchillo desnudo, dos estatuas que miran lejos: Daoiz y Velarde: sus defensores.

En la iglesia tocan la misa de las doce y media. Una mujer de negro, de ancho y amplio velo, se asombra de mi pregunta:

—¿No lo sabe? Pues aquí vivimos en un barrio histórico...

Quiero apurar el trance, y por eso vuelvo a insistir:

—¿Por qué?

La mujer me mira descorazonadamente. Cruza no sé qué relámpago por sus ojos, y mientras entra en la iglesia, advierte:

—Por la Revolución de la Independencia; hace muchos años—añade, como si de verdad entendiera que era inútil enseñar a quien no sabe.

Hablo ahora con un chiquillo pelinegro, inteligente, chispeante, que habla con pasmosa seguridad de la Historia:

—Este es el sitio donde se hicieron fuertes Daoiz y Velarde y



El arco de Monteleón sirve hoy de fondo al monumento a Daoiz y Velarde

quedaron vencedores de los franceses.

—¿Quién te lo ha dicho?

El niño, que se llama, según me dice, José Luis Bolza Calle, pa servirle a usted, me contesta fulgurantemente:

—Yo voy a la escuela y lo he estudiado en el libro; pero, además, como vivimos por aquí, mis padres me lo han contado muchas veces.

Impresiona, verdaderamente, lo fresco e intactas que están en la memoria de las gentes las circunstancias de la guerra de la Independencia. Podrán existir, en algunos casos, pequeños errores históricos, pero la memoria popular transmite, con un orgullo enorme, esa levadura de la gesta. En ese día, dedicado entera y plenamente a seguir un itinerario del levantamiento, he oído en más de una ocasión, sorprendentemente, hablar de la Independencia con estas simples y sobrecogedoras palabras:

—Son cosas, ¿sabe usted?, de la guerra.

Por llegar a la medula espinal de sus pensamientos, he vuelto a preguntar:

—¿Qué guerra?

—La de cuando Napoleón.

#### LOS QUE IBAN A MORIR SALIAN DE SAN BERNARDO

Las calles en las que se hicieron fuertes los soldados y los voluntarios y voluntarias del barrio de Maravillas son, esencialmente, las actuales. La calle de Velarde se llamaba entonces de San José.

La actual del Dos de Mayo era, entonces, conocida como la de San Pedro la Nueva.

Frente a esta calle se emplazaron dos de las piezas de artillería; otras, disparaban para la de San José. Mujeres y hombres, arrebatándose las armas, a cuchillo de cocina en muchas ocasiones, resistieron durante horas y horas la presión de las tropas francesas que bajaban por Fuencarral y la de San Bernardo. Por detrás, por las Salesas Nuevas, termino también por instalarse la artillería napoleónica, Fuencarral, hacia la glorieta de Bilbao, que era descampado, constituía el último núcleo habitable. Las calles que giran, por tanto, en torno a la plaza del Dos de Mayo eran barrios bajos o populares.

El parque militar de Artillería, de Montealeón propiamente dicho, tenía unas cercas malas, que no podían servir, eficazmente, para ninguna defensa. La superioridad total del enemigo, que llegó a movilizar la división San Bernardino, obligaba, por otra parte, a defender los accesos a la plaza.

En el parque se encontraba el teniente Luis Daoiz que fué reforzado, antes de comenzar los combates, con la colaboración del capitán Pedro Velarde y el teniente de Infantería Jacinto Ruiz.

Pedro Velarde formaba parte de las oficinas militares que estaban en el número de la calle de San Bernardo. Al negarse el capitán Velarde a seguir en una actitud de dependencia a las órdenes que mandaban que las tropas españolas estuvieran acuarteladas, se reunió con el teniente Ruiz (cuyo cuartel de Voluntarios del Estado estaba en San Bernardo, 85), y de acuerdo con la compañía del capitán Goicoechea, se dirigieron al parque de Montealeón.

La flaca y escasa tropa que salió de la calle de San Bernardo cortó desde el primer momento sus amarras. Ninguno de los oficiales vivió para contarlo. Velarde, al pie del cañón, Daoiz, gravemente herido, murió en una casa de la calle de la Ternera. Ruiz, a consecuencia de las heridas. Entre los voluntarios que fueron muertos o rematados posteriormente figuraban hombres de todos los oficios y profesiones.

Mientras se deshacía la heroica defensa del parque de Montealeón, se recogían los cadáveres de la Puerta del Sol, que para entonces había sido el escenario de una de las más sangrientas batallas: la de la carga de los mamelucos.

#### LA HISTORIA COMENZO UN LUNES BIEN DE MARIANA

El pueblo decía que la Junta Suprema que había quedado encargada de gobernar durante la ausencia de Carlos IV y de Fernando VII, los dos en Bayona, eran unos viejos circamales.

Desde final de abril no existía de hecho otra autoridad que la impuesta por la espada. Era ese el momento en el que, si se pudiera enhebrar con una flecha el recorrido, cuatro lugares madrileños proporcionaban el ascua y la calentura a la mañana del lunes día 2 de mayo de 1808.

El primero podía comenzar en la plaza de la Cebaca, seguir



En el paseo del Prado la lucha fué cruel y encarnizada

hasta la plaza Mayor, parar por la Puerta del Sol y morir en el Palacio de Oriente.

Otra flecha cruzaría desde el parque de Montealeón, todo el barrio de Maravillas, hasta llegar a la calle de Alcalá.

Un inmenso gentío, sin que nadie pudiera predecirlo, se reunió, en las primeras horas del lunes, ante el Palacio de Oriente. Todavía cruzó alguna sección de Caballería francesa la calle Nueva—hoy Ballén—, sin que hubiera grandes alborotos. Pero alguien, las voces, el corazón, comenzó a gritar que se llevaban a Francia a los Infantes. A raíz de los primeros incidentes con unos oficiales franceses, la lucha se generalizó hasta que intervino, por sorpresa, la artillería francesa. El grito de «¡A las armas!» se convirtió en el toque de atención definitivo. «Cada cual—dice Galdós—cortió a su casa, a la ajena, o a la más cercana. En busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta.»

La mayor concentración del pueblo se verificó, en esos momentos, después de la dispersión del Palacio de Oriente, en la calle Mayor, plaza Mayor y Puerta del Sol.

La gente iba confluendo por todos los barrios límites desde las primeras horas de la mañana. Una cólera inmensa, embombada dentro de unos pechos incansables, comenzó a moverse, armada de cuchillos, navajas, algunas armas de fuego y el simple diente con diente, hacia la Puerta del Sol.

#### LA CARGA DE LOS MAMELUCOS

Es la Puerta del Sol, en la vida española, como una vena abierta, como una sangría que, de vez en vez, hace latir todas las arterias españolas. En agosto, cuando el sol siega las sombras de los muros, la Puerta del Sol parece el centro de todas las canículas. De todos y cada una de las explosiones nucleares. Es la Puerta del Sol como un pulso enorme que aprieta todos los latidos. Si a la Puerta del Sol se la pudiera por arriba un gigantesco ombreiro, si la Puerta del Sol se hiciera sombra, oasis, jardín, quizá los mamelucos egipcios, los cipayos napoleónicos, ni hubieran pesado, vivos, muertos y coleando, para Francisco Goya.

Lo que hoy es Gobernación reloj que se suela a las diez de todas las noches en el reloj de ca-

da familia, era cuando Dics quiso que en la Puerta del Sol se tocara el tambor el edificio de Postas y Correos. Donde hoy está el Hotel Paris estaba la iglesia de Buen Suceso. Tenía también la Puerta del Sol una fuente. Nada de eso importaba. La temperatura, era la que podía tener un pueblo a la desesperada. Un solo frío: el de los cuchillos y el de las navajas. Ese frío especial de las armas cortas, para cuyo manejo se necesita un valor especial, el valor de la aproximación, el temerario valor del cuerpo a cuerpo. Y en medio, los caballos.

La gente, ya lo saben ustedes, pensaba que los mamelucos tenían rabo. Dos que murieron arrastrados, dejaron detrás de ellos el rabo de su propia piel en tiras. La fantasía del mundo es siempre la misma: ahora se espera el asalto de unos hombrecillos marcanos.

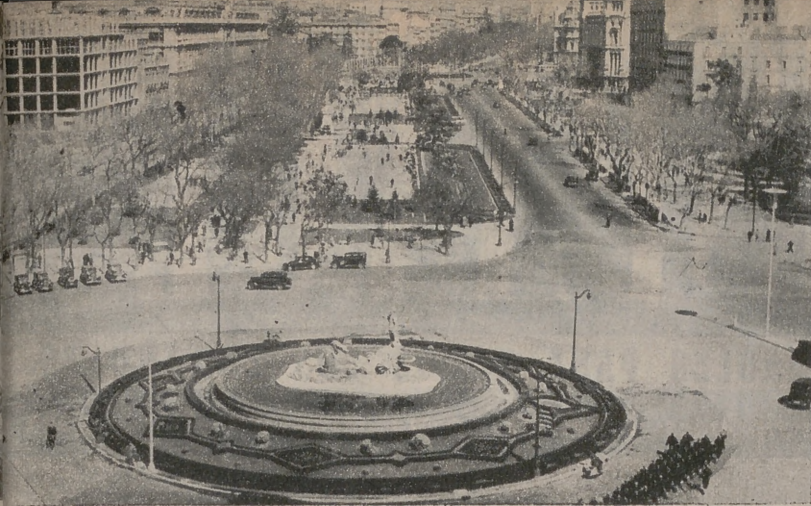
Pero la carga de los mamelucos, la Caballería entre los hombres de a pie, en el caso de la Puerta del Sol, hervidero, fué de piadada. Las mujeres se abrazaban—dice un testigo—a las cabezas de los caballos para detenerlos, mientras los hombres los derribaban para asaltar, a su vez, a los caballeros. Vestían éstos turbantes y calzón rojo. El alfanje cortaba el fino viento.

Así durante horas. Un Cuerpo de Ejército francés bajó por Carretas, llamada así porque, efectivamente, era una calle para las carretas; otro hacia redar sus trenes de artillería por Montes; otros más llegaban por la carretera de San Jerónimo.

Se combatió, al llegar esos últimos instantes, de casa en casa. Los mamelucos entraron en una de ellas y pasaron a cuchillo, mujeres, hombres y niños, a toda la casa.

Hacia las cuatro de la tarde se restableció al parecer la calma. Si es verdad que los muertos han de enterrar a sus muertos había que separar, primero, unos de otros.

La guerra de la Independencia había comenzado. El pueblo, que a pie, a salto y a cuchillo, a grito de mujer y a piedra de niño, había hecho frente a las águilas napoleónicas, no tenía en aquel momento, ni Rey, ni gobernantes, ni jefes. Solo él, a pie de hom-



El paseo del Prado es hoy una hermosa vía madrileña

bre, en la Puerta del Sol, corazón soleado, peleaba por algo que su instinto finísimo había comprendido: mucho antes que todos los pueblos: que al caballo hay que cogerle de las cinchas. Y luego eso, la música:

*A bailar el bolero  
y a asar castañas,  
apuesto a todo el orbe.*

Napoleón decía: es imposible que el populacho pueda hacer frente a mis soldados.

El populacho no, pero el pueblo español es fino como el cristal, duro como las rocas. Y la música:

*Con la más guapa  
dale que dale  
suenen las castañetas  
rabie quien rabie.*

#### POR EL PRADO, LA REPRESION

La noche del Dos de Mayo fue pavorosa. Ese fresco, imprevisto y helado viento que sobresalta el mayo florido de Madrid, llegó esa noche. Todo el mundo se preguntaba lo que iba a pasar.

Todo Madrid, el que iba desde la Puerta de Toledo hasta la Puerta de Alcalá estuvo en la refriega. La chamusquina es cosa que arde sola. Por la Cibeles, obra que, con Neptuno y la Puerta de Alcalá se debe al soberbio dibujo de Ventura Rodríguez, arquitecto de medula, también corrió la sangre. Esa sangre española que no se deja comer por la polilla.

La Cibeles no ocupaba como hoy, el centro de la actual y, ¿por qué no decirlo?, extraordinaria plaza, sino que escoraba hacia Recoletos.

Sin embargo, a la fuente de la Cibeles, al agua, se acercaban los belfos de las bestias que habían pasado horas, quizá, allá arriba.

En la Cibeles, diosa de mirada clara, murieron grupos de patriotas fusilados. Las tapias del Retiro venían a morir en el paseo del Prado y por allí, entre la fila de árboles comenzaba el famoso y popular paseo de Coches. El Retiro lo convirtieron los franceses en ciudadela militar, mientras destruían, de paso, igual que otros de nuestros aliados, la fábrica de porcelana del Retiro.

En las tapias del Reti-

ro quedó, sin vida, pero suelta el alma, alguna mujer de aquellas que llevaban el pelo a lo Niña, con pliegues de cintas de colores amarillos y violetas. Con plumas blancas. Aquellas del peinado a lo Niña.

Por eso se eligió el Prado para levantar, frente al hotel Ritz, el obelisco en memoria de los héroes. Alta la piedra y grandes los sarcófagos para la ceniza. No se pudo inaugurar, sin embargo, hasta 1840. Pero ahí está.

#### EN EL PRADO, EL MUSEO

Yo no comprendo un itinerario que siga, si se puede seguir, el pulso de la Independencia, sin pasar por el Museo del Prado. El Museo es un paquidermo dormido en la verde hierbecilla junto a los árboles, pero cargado, como un correo del zar, de fabulosas noticias.

Yo sé que Goya está puesto en el Museo mucho más que para estudiar la historia de la pintura o la inspiración de un pintor, para que el español pueda acercarse, dentro de una medida humana, a su propia naturaleza.

Cundo yo entré en la sala de Goya había tantos extranjeros, tantas rubias, asombradas y azules cabezas, que me llegó redonda e intacta la noticia de un españolito, moreno él, con sus tres hijos. Bebieron, como un chorro de fresca agua, el perfume de las estampas coleantes.

—De la Independencia—decía a los pequeños.

—Claro, papá—contestaba uno de ellos.

El padre se volvió a mirarle. Giró sobre los talones y volvió a apuntar: la carga de los mamalucos en la Puerta del Sol.

#### Y EN EL MANZANARES, UN SORDO

El sordo que era Goya, el hombre que pintaba por dentro de sí mismo las fantásticas cosas que no dejaban escapar, ni aún queriendo, sus oídos, se había dejado crecer el pelo de la sierra madrileña en el Manzanares.

En su tiempo, a lo largo de todo el río, quizá por barrios, estaban los lavaderos públicos. Centenares de piedras pulidas y repulidas por el jabón se incrustaban en el barril de las orillas. Los tendales parecían ventanales de colores, blancos de las sábanas, rojos de las faldas, a lo largo del Manzanaresillo.

A Goya le gustaba cazar, no sé

si algo más que conejos, pero existen pruebas de que alguna vez intentó convencer a los guardas de la Casa de Campo. El conejo era como la flor doméstica de los montes próximos. En el año 1805, en curioso documento que he visto en el magnífico Museo Municipal, se da el estallido de la caza de Su Majestad durante ese año: conejos—dice—, 2.000; lobos, que no es mala caza, siete; gamos, que son finos de olfato, 347.

El Rey mató también zorzales, pechos colorados y 18 zorras.

Pero desde la «Quinta del Sordo», que Goya parece que se fué a vivir allí sólo para eso, iba a pintarse la historia viva de la Independencia. «Desde esa ventana—dirá su viejo criado—vió los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pío, con un catalejo en la mano derecha y un trabuco naranjero cargado con un puñado de balas, en la izquierda. Si llegan a venir los franceses por aquí, mi amo y yo somos otros Daoiz y Velarde. Al acercarse la medianoche me dijo mi amo: «Isidro, toma tu trabuco y ven conmigo.» Le obedecí, y, ¿a dónde crearán ustedes que fuimos? Pues fuimos a la Moncloa, donde aun estaban insepultos los pobres fusilados. Los pelos se me pusieron de punta cuando vi que mi amo, con el trabuco en una mano y la cartera en la otra, guiaba hacia los muertos. Yo... se lo confieso a ustedes, temblaba como un azogado; pero mi amo seguía tan sereno y preparando medic a tientas su lápiz y su cartón... A la mañana siguiente me enseñó mi amo su primera estampa de la guerra, que yo contemplé horrorizado...»

Así era de honda, de peregrina y exacta la estampa, la pintura y la tierra. Todo calcamonías que se iba grabando bajo su frente. Como si recogiera, más que el retrato de la época, el tiempo mismo. La negra paletada del mundo.

Lo que fué monte, cordillera para el lobo, Montaña del Príncipe Pío o Parque del Oeste, es ahora jardín. La Universidad ocupa ahora esas tierras, más allá, camino del paseo de Rosales, frontera siempre recorrida de Independencias múltiples, el viejo Cuartel de la Montaña, muro también para la memoria. Todo es nuevo, y más que nuevo, renovado, como si la cara de España la hubieran lavado y fregoteado, con limpia pompa de jabón y agua del Manzanares, todas las lavanderas que fueron en sus orillas.

Todavía queda, sin embargo, pasadas las vías del ferrocarril, el viejo camposanto del Príncipe Pío, verja negra y romántico, paseo de corto seto donde reposan, ceniza, hueso y hierbecilla, los héroes a quienes sólo pudo ver la cara un hombre como Goya. Pero si se mira hacia arriba, sobre la tintineante primavera del Parque del Oeste sobresaltan las espaldas atléticas, arquitectura de la gracia y la sonrisa, de los Colegios Mayores. Que Dios ha querido que sobre el mismo paisaje se levantara dos veces esa nave, barco, carabela, que se llama España.

Enrique RUIZ GARCIA

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



**MADRID**  
A 147 AÑOS  
DEL 2 DE MAYO



La jornada sangrienta del 2 de Mayo de 1808 tuvo por escenario las plazas y las calles de Madrid. En estas fotografías y en las que publicamos en páginas interiores podemos ver el contraste de los 147 años que pasaron. Aquí tenemos en grabados antiguos y en fotografías recientes la Puerta del Sol y la calle de Bailén



*Vea pag. sesenta*